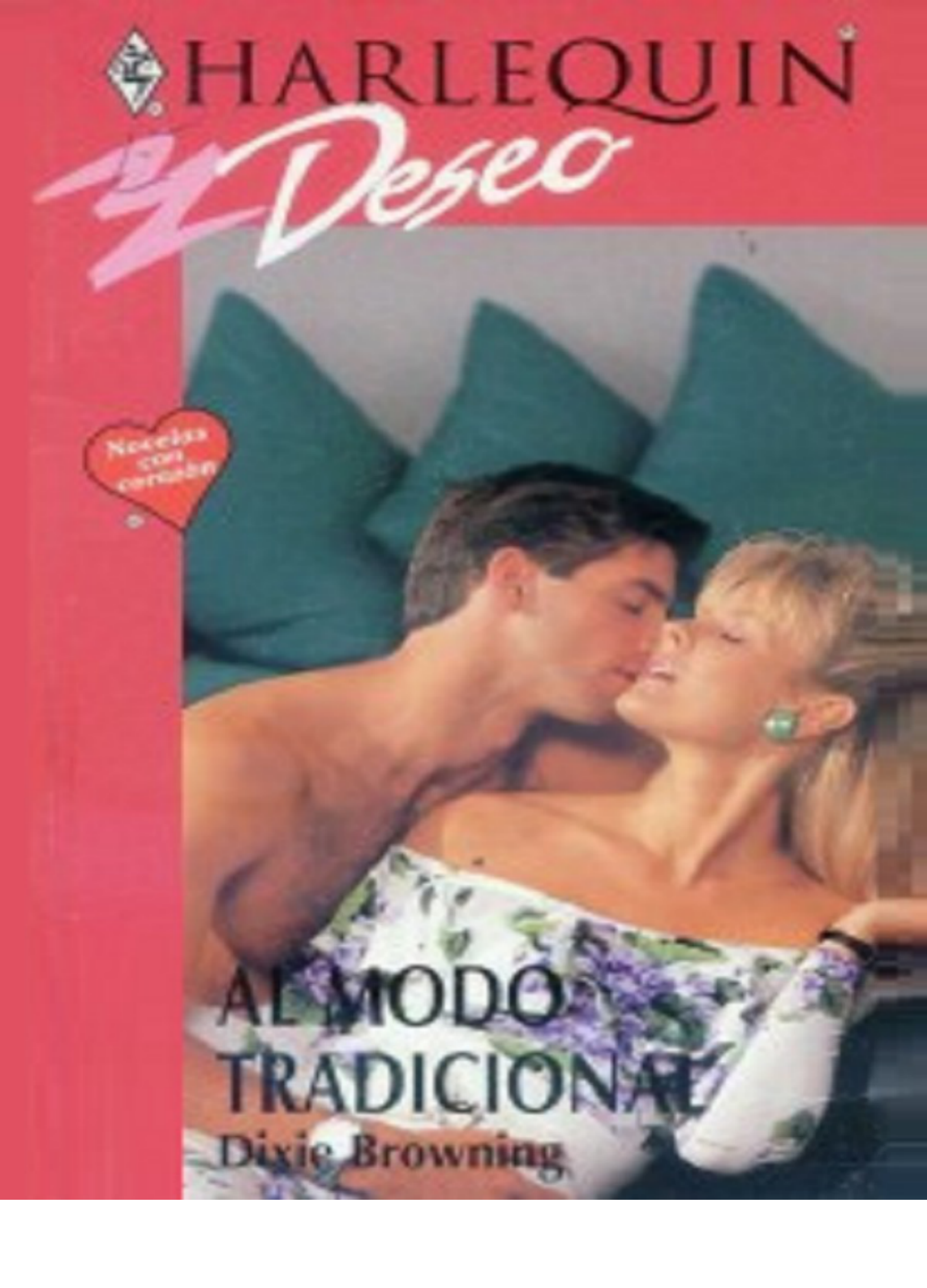

HARLEQUIN
Deseo
AL MODO TRADICIONAL
Dixie Browning

Al modo tradicional

Priscila Barrington haría cualquier cosa para tener un niño, por eso, cuando un soltero tan atractivo como Jake Spencer trató de prestarle su colaboración desinteresada, ella decidió poner en marcha un plan que incluía sábanas de seda, mucha seducción, y hacer que aquel hombre se quedara en su cama para siempre…

Capítulo 1

Jake salió se la peluquería con la sensación de estar desnudo, después de haberse cortado el pelo casi al rape. Se detuvo en la polvorienta acera, sacó un papel del bolsillo, donde tenía anotada una lista de cosas, y tachó una más. Había ido a la floristería, al banco, a la peluquería... Le quedaba ir a la ferretería, al supermercado ya...

-Hola, Jake.

Levantó la vista y sonrió.

_Hola, Trilla Dean.

_Vas a ir al baile del domingo?

-Cariño, ya sabes cómo nos llevamos el baile y yo.

Si fuera a ese baile, acabaría por lesionar a la mitad de las mujeres de New Hope.

-No exageres, no bailas tan mal.

-No, soy pésimo, y tú lo sabes tan bien como yo.

Trilla Dean soltó una risita.

-Te reservaré un baile dijo-, por si a última hora decides ir.

-De acuerdo dijo Jake sonriendo y sacudiendo la cabeza.

Trilla Dean Moyers era de su edad. Debía haber engordado unos veinte kilos desde que salía con ella y acababan todas las noches en la parte trasera de su camioneta, pero con aquellos ojos azules y su dulce sonrisa, no parecía tener más de veinte.

Jake sacó otra lista, la lista de la compra de Pete.

-Dos docenas de huevos -leyó con dificultad.

Pete tenía una letra muy enrevesada.

-Hola, Jake.

Jake volvió a levantar la vista para ver a una pelirroja con dos niños colgados de su falda. Pobre Connie, otra vez embarazada, pensó.

-Hola, Connie, ¿cómo está Mick?

-Está mejor, pero sigue muy enfadado por lo de la Harley. Te habrás enterado de que quedó hecha chatarra. Ven a vemos algún día, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -dijo Jake, con la sincera intención de hacerlo.

Connie era otra de sus antiguas compañeras de clase. También con ella había salido en alguna ocasión en los tiempos del instituto.

Jake se disponía a guardarse las dos listas en el bolsillo y a dirigirse a la ferretería cuando vio un Cadillac descapotable de color melocotón aparcar al otro lado de la calle. Se apoyó en la pared de ladrillos, calentada por el sol, para ver a la conductora. Ésta abrió la puerta, sacó las piernas Y salió del coche. Tenía un cuerpo diseñado para elevar la temperatura ambiente unos diez grados. Se inclinó para recoger el bolso, y Jake tuvo que quitarse el sombrero y limpiarse el

sudor de la frente. Alguien tendría que decirle a aquella chica, pensaba, que a las mujeres como ella no se les debía permitir llevar vaqueros ajustados. Y menos cuando llevaban sandalias rosas de tacón alto.

Pero, afortunadamente, nadie se lo había dicho.

Jake flexionó los hombros, disfrutando de la sensación de calor en sus doloridos músculos. No le gustaban las ciudades, y menos la ciudad de New Hope, Texas. Pero, a nadie le amarga un dulce, pensaba, y atisbar por un instante su fantasía favorita, hacía que el viaje mereciera la pena. Uno de aquellos días iba a perder los nervios y...

Vaya. La rubia se disponía a ir a una de las tiendas que había al otro lado de la calle.

«Bueno, ya que estoy aquí...»

Se apartó de la pared, se metió los papeles en el bolsillo, se ajustó el sombrero Stetson y cruzó la calle, sin apartar los ojos del encantador trasero de la rubia.

Jake solía olvidar los nombres con facilidad, incluso podía olvidar una cara. Qué demonios, hasta llegaba a olvidarse de la suya en alguna de sus infrecuentes juergas. Algo que jamás olvidaba, sin embargo, era un buen trasero. Y ya había visto aquél en particular en demasiadas ocasiones, sin haber visto la cara de su dueña.

La primera vez fue el día de la subasta de la horrible mansión del viejo Barringer, junto con todo su mobiliario y objetos. Habían asistido personas de todos los estados circundantes.

Normalmente, Jake no habría sentido interés por un acontecimiento semejante, pero aquel hombre tenía una yegua magnífica, así que le pareció buena idea probar suerte en la subasta y allí estaba ella, de pie, a un lado, de brazos cruzados y con la cabeza erguida, como si pensara que estaba por encima del resto de buitres que trataba de hacerse con las pertenencias del viejo zorro.

Jake consigui6 la yegua, pero cuando concluyó el papeleo, la mujer se había marchado. Desde entoncés, la había visto media docena de veces y siempre a distancia, en ocasiones andando, pero la mayoría de las veces, paseándose en aquel lujoso Cadillac descapotable. Imaginaba que lo había comprado en la subasta del viejo H. T. Barrington.

Jake prefería verla caminar, porque andaba de un modo que debía poner en marcha todos los sismógrafos al oeste del Mississippi.

A Jake siempre le habían gustado las mujeres un poco salvajes, ligeramente vulgares y estrictamente poco duraderas. Suponía que aquella podía responder a las dos primeras categorías, por el pelo, el

tipo de maquillaje, los pantalones ajustados y la media tonelada de chatarra que llevaba por joyas.

En cuanto a la duración, lo mismo le daba que fueran veinte minutos que un año. Demonios, ni siquiera su matrimonio había resistido un año, aunque sus efectos habían durado mucho más tiempo.

La mujer estaba hablando con el dueño de la tienda. Jake abrió la puerta y sonó una campanilla, anunciando su entrada. El cartel que había sobre la puerta decía Boutique infantil y las estanterías estaban llenas de ropa y adornos de colores pastel. Jake se sintió tan fuera de lugar como un elefante en una cacharrería.

Por otro lado, afuera hacía tanto calor como para derretir el asfalto, y el aire acondicionado de la tienda funcionaba a la perfección, de modo que pensó que lo mejor sería aguantar como fuera allí dentro.

Sintiéndose fuera de su elemento, Jake se metió en uno de los apartados, ocupado por cochecitos de niño y juguetes de plástico que colgaban del techo. Desde donde estaba, podía ver a la rubia de espaldas

y a la hija del viejo Harper, Faith, la dueña de la tienda, de frente. Se había topado con Faith una o dos veces y le parecía una buena chica.

Aunque a Jake no le interesaban mucho las buenas chicas.

Las dos mujeres estaban enfrascadas en una conversación y Jake no quería interrumpir sin antes hacerse una idea de la situación, de modo que esperó el momento oportuno de intervenir. No se sentía bien merodeando en una tienda de ropa de niño, pero una de las cosas que había aprendido en sus días de rodeos era que resolver una situación difícil era cuestión de tiempo. .

Otra cosa que había aprendido era que él no siempre tenía la paciencia suficiente el año pasado, o fue el año anterior cuando repartiste tanto dinero en Shacktown? -preguntaba Faith, mientras Jake escuchaba sin dejar de mirar los artículos de la tienda. Pensó en acercarse al mostrador como por casualidad e introducirse en la conversación. Lo único que necesitaba era una introducción, una excusa. A partir de ahí podría apañárselas.

-¿Y tú cómo lo sabes? -dijo la rubia-. Se suponía que era un secreto.

-Pero cariño, aquel día toda la ciudad se enteró antes de la horade cierre del banco. Decían que mandaste al viejo Joe Sakett a Shacktown y que le diste un montón de sobres llenos de dinero.

-Oh, por Dios, Faith, no estaban llenos de dinero.

Ése fue el año que cumplí veintisiete años y no podía mandarle veintisiete dólares a cada familia, quiero decir que es muy poco dinero, me gasto más en la manicura.

«Bonito vestido premamá», pensó Jake.

'-¿Y qué hiciste? ¿Regalar veintisiete dólares y cincuenta céntimos? Sólo a ti se te ocurriría algo así.

La rubia se encogió de hombros. Unos bonitos hombros, según comprobó Jake.

-Añadí un cero. Bueno, ahora... ¿podemos olvidarnos del tema para que pueda contarte...?

-Oh, Dios mío, Priss, no me digas. ¿Doscientos setenta dólares en todos los buzones de Shacktown?

A propósito, poner cosas en los buzones de la gente ¿no va contra una ley federal?

-No lo sé. De todas formas nadie se quejó.

"Priss, se llama Priss. Qué gracia, no tiene pinta de llamarse Priss», pensó Jake, tenía más aspecto de llamarse Dolly o Wynona.

-Pero, Faith, lo que quería decirte era... oh, a propósito, necesito una docena de esos ositos de peluche que cuelgan de una cuerda. Es para mi fiesta de cumpleaños. Y no pienso ponerlos en ningún buzón, así que no me mires así.

«¿Una docena de ositos de peluche?»

Así que iba a celebrar su fiesta de cumpleaños.

A Jake se le ocurrían varias formas de ayudarla a celebrarlo; en ninguna de ellas tenían cabida unos ositos de peluche.

-De todas formas -continuó Priss-, no sé si me van a dejar colgarlos. Supongo que tendrán el techo del hospital lleno de adornos.

«¿Hospital?»

Faith puso los brazos en jarras. Llevaba un vestido de verano corto. A Jake le había costado algunos minutos darse cuenta de que era una embarazada muy guapa.

-Priss -dijo Faith-, ese hospital funciona gracias a las donaciones de tu padre. Si hay alguien que pueda celebrar algo en él, ésa eres tú.

-Yo no contaría con ello. Nunca se me ha dado bien utilizar mis influencias.

Jake se aclaró la garganta. Tenía ganas de hacer notar su presencia, pero al mismo tiempo tenía la ligera sensación de comportarse como un caradura por ser testigo de aquella conversación. Pero antes de que pudiera pensar en marcharse, la hija de Harper lo vio, esbozó una sonrisa atenta y profesional y se dirigió a él.

Jake fingió hojear un libro.

-Señor Spencer, ¿puedo ayudarle en algo?

-¿A quién? ¿A mí? Pues... no, gracias. Sólo estoy mirando. Uno de mis empleados va a tener un niño, bueno, su mujer, claro, pero... -dijo Jake y se encogió de hombros, como diciendo «sólo soy un hombre, no puedo evitar sentirme estúpido en un lugar como éste».

Se dirigió a la puerta y en el camino, golpeó una pila de conejos de peluche. Evitó que tres cayeran al suelo y, con manos temblorosas trató de reponerlos todos en su lugar. La hija de Harper volvió al mostrador diciendo:

-Cuando se decida, dígamelo, ¿de acuerdo? -Sí, se lo diré.

Jake estaba a medio camino de la puerta, lleno de rubor, cuando oyó decir a la rubia en voz baja: _Quién es ése?

-¿No lo conoces? Yo creía que en esta ciudad todo el mundo conocía a Jake Spencer.

«Eso pensaba yo», pensó Jake algo sorprendido.

Hubo un tiempo en el que era conocido en todas partes

No hacía mucho tiempo que viviera en Shacktown con su madre, desempeñando trabajos extraños, jugando al billar y buscando problemas. En el colegio, estuvo varios cursos por delante de Faith, y, por supuesto, de la rubia, pero eso no debía suponer un impedimento para que ellas hubieran oído hablar del chico que era el sueño de todas las alumnas del instituto y la peor pesadilla de sus padres. Si la rubia no le recordaba era porque no era de la ciudad.

Cuando murió su madre, Jake se introdujo en el circuito de rodeos, para alivio de todos aquellos padres preocupados por sus hijas. Había terminado por casarse, pero su mujer había gastado hasta el último céntimo que él ganara y lo había abandonado yaciendo en la cama de un hospital en Tulsa, con las dos piernas escayoladas.

Jake estaba junto a la puerta de la tienda cuando cometió el error de echar un último vistazo a la rubia. La mujer estaba examinando unos muñecos de peluche que había en una estantería. La primera vez que oyó la expresión «poesía en movimiento», pensó en un caballo pura sangre, en aquellos momentos se dio cuenta de que tenía una aplicación mucho mejor.

La rubia llevaba un jersey de cuello alto rosa de punto ajustado a su cuerpo y dando forma a sus pechos redondeados. Jake maldijo en silencio, preguntándose por qué no podía acercarse a ella y pedirle que saliera con él. ¿y si le decía que sí? y allí mismo decidió que antes de que terminara el verano, de un modo o de otro se las arreglaría para quitarle aquellos pantalones ajustados y llevársela a la cama. Y, siendo un muchacho generoso como era, se aseguraría de que disfrutara tanto como él de cada minuto que pasaran juntos.

-Bueno -dijo la rubia con un inconfundible acento de Texas-, de todas formas, he decidido que lo que este año quiero para mi cumpleaños es un niño.

¿Un niño? ¿Decía en público, sin el menor rubor, que quería tener un niño? «¿Pero es que soy invisible o qué?», se preguntó Jake.

Faith quiso decir algo, pero Priss se lo impidió.

-Oh, ya sé lo que vas a decir, que lleva nueve meses, pero, Faith, piensa .un poco, tú vas a dar a luz en noviembre, si yo me doy prisa, podría tener en mío en abril. Nuestros niños pueden crecer juntos. ¿No sería maravilloso?

-Priss, ¿has... quién...?

-Nadie, tonta, y no, no lo he pensado, pero he pensado en ir al banco de esperma.

Con una mano en el picaporte, Jake se dio la vuelta, banco de qué?

-Priscilla Joan, ¡no! ¿Por qué quieres hacer una cosa así? -dijo Faith, y era, exactamente, lo que Jake se estaba preguntando. Había oído hablar del banco de esperma de New Hope hacía cinco años, sabía quién lo había donado a la ciudad para el bien de las generaciones futuras de habitantes de New Hope, y al oído se fue de juerga durante cinco días seguidos.

-…sola en el piso de Willow Creek -decía la rubia-, así que pensé, ¿por qué no? Es como si todas las mujeres de la ciudad se estuvieran quedando embarazadas. No había visto tantos modelos premamá en toda mi vida. Así que pensé, ¿por qué no yo? ¿Por qué no puedo tener un hijo si quiero uno?

Faith apretó el brazo de Priscilla Joan con más fuerza de la que Jake le hubiera supuesto y empujó a la rubia hasta una silla de color blanco.

-iSiéntate! Ahora me vas a escuchar a mí, Prissy. Que no se te ocurra hacer una tontería sólo porque Eddie se fue para casarse con Grace Hudgins.

Priss-Prissy-Priscilla se encogió de hombros otra vez. A Jake, que empezaba a estar tan fascinado por la mente de la rubia como por su cuerpo, se le ocurrió que podía haber dado lecciones de danza a una bailarina árabe.

-Oh, él. De todas formas no me gustaba tanto. Jake pensó que la expresión de Faith era de duda y de compasión al mismo tiempo, lo que le hizo preguntarse quién sería el tal Eddie.

Pero, fuera quien fuese, en aquellos momentos no tenía importancia.

Con estudiada indiferencia, y como por casualidad, Jake se dio la vuelta para examinar unos muñequitos que había cerca de la puerta.

Desde allí tenía una visión perfecta del perfil de la rubia, < <venga, decídete, imbécil. Acércate a ella y consigue que quede contigo», se decía.

La rubia tenía la frente amplia de la que nacía una cabellera rubia que a Jake lé recordaba un pajar donde no le importaría yacer con ella. Tenía los ojos marrones, tal vez demasiado oscuros para una rubia natural, pero, qué diablos. Tenía la nariz pequeña con algunas pecas, pero era una nariz preciosa, y eso que Jake nunca se había fijado en las narices de la gente.

En cuanto al resto de su cuerpo... Con la mirada siguió la ruta que descendía desde su boca. Los senos redondos, los vaqueros ajustados, que parecían haber encogido un par de tallas...

Le sorprendía estarse comportando como un chiquillo de quince años en lugar de como un viejo vaquero de treinta y cinco.

-Esta mañana he cometido el error de pararme a comprar algunos libros, pero me olvidaba de que los jueves está la señorita Agnes -dijo la rubia-. Sinceramente, Faith, esa mujer tiene la lengua muy larga. Parece muy dulce, con su pelo blanco y sus vestidos de seda pero ¿sabes lo que me ha dicho? Me ha dicho que yo no estaba hecha para ser madre.

Jake, fijándose una vez más en sus caderas, "estaba de acuerdo con aquella afirmación. Sería una pena que aquel cuerpo se estropeara. .

-Priss, tienes que haberla entendido mal. La señorita Agnes es una buena persona, sólo un poco...

-La he entendido perfectamente! Sus palabras exactas fueron que lo mejor que podía hacer era comprarme una muñeca, así, cuando me cansara de ella, podía dejarla tirada sin preocuparme por nada. ¿Qué te parece?

Faith volvió a mirar en dirección a Jake, y él, sonrojándose bajo una piel curtida y morena, fingió gran interés por un pañuelo con un estampado de mariposas. Aunque la tienda estuviera en llamas, no se habría ido.

-Oh, Priss, ya conoces a la señorita Agnes, ladra mucho pero no muerde.

-Le dije que era mi dinero y mi decisión, y lo que es más, mi cumpleaños, y si decido tener un niño, nadie me lo va a impedir, y mucho menos una cotilla que extenderá el rumor por toda la ciudad antes de que yo salga del banco de esperma.

-iPriss, no me digas que le has dicho eso!

-Bueno, la última parte no, pero me dieron ganas.

-Tengo que admitir que la señorita Agnes tiene razón en una cosa -dijo Faith con suavidad-. Tener un niño sin un marido no es un asunto

como para tomárselo a broma, y yo lo sé muy bien.

De repente, parte de la alegría que transmitían las dos amigas pareció desvanecerse. El propio Jake tenía sus propios recuerdos respecto a aquel comentario. El día que se enteró de la existencia del banco de esperma, decidió que Tex Baker, el rico bastardo que lo fundó, debía ser la persona más hipócrita del mundo.

-Oh, ya lo sé -dijo Priss-. Mira, Faith, sé que, probablemente no fuiste al banco de esperma... por lo menos eso es lo que se dice.

Faith se aclaró la garganta. «Cariño», pensó Jake, «tienes menos tacto que un cactus». La rubia prosiguió.

-Pero si alguna vez quieres decirle a alguien quién es el padre, sabes que yo seré más callada que una tumba, porque a mí no me gustan los cotilleos.

Jake cerró los ojos con incredulidad.

-y si te hace falta ayuda en la tienda cuando llegue momento, sabes que puedes contar conmigo.

-Gracias, me acordaré. Beth estará en el colegio, así que seguramente me hará falta.

Jake se sintió culpable. No había entrado en aquel lugar para espiar una conversación privada. Sólo quería ver bien a aquella rubia, eso era todo. Pero, por lo visto, sus botas no querían llevarle en dirección a la puerta.

-y, Prissy, no te lo tomes a mal, pero la señorita Agnes tiene razón. Hacer un curso de diseño de jardines es una cosa, y seguramente puedes hacerlo muy bien, pero tener un niño es algo muy distinto.

-Oh, por el amor de Dios, Faith, yo creía que al menos tú lo entenderías.

-Priss, lo entiendo, pero...

-¡No, no lo entiendes! Eres como todo el mundo en este pueblo apestoso! Crees que no soy capaz de hacer nada! Crees que sólo porque mi padre es el dueño de... .

En aquel momento, Priscilla, que llevaba, sentada todo aquel tiempo, se levantó, y Jake pudo verla bien por primera vez. Era una mujer g\iapísima. Tenía lágrimas en los ojos y estaba furiosa, pero al mismo tiempo daba la sensación de estar desamparada.

Jake quería, desesperadamente, estrecharla entre sus brazos y consolarla. Estaba sinceramente avergonzado de haber escuchado aquella conversación, sólo porque pPetendía encontrar el modo de abordar a aquella mujer. Tenía la sensación de que nunca había caído tan bajo, pero lo cierto era que nunca había pPetendido ser un caballero.

Con la precipitación de salir de allí sin que las mujeres se dieran

cuenta, le dio con una bota a un exhibidor moviéndolo lo justo para que Priss se tropezara con él en su precipitada salida.

Evitó que se diera de bruces contra el suelo, pero al hacerlo, chocó de frente contra ella y, allí mismo, entre una familia de osos polares de peluche, la estrechó entre sus brazos y contempló los ojos más grandes y profundos que nunca había visto.

-Le ruego me perdone, señora... señorita Prisa -dijo, tan avergonzado como si le hubieran sorprendido espiando por una ventana. Aspiró el olor de aquella mujer. Olía a algo parecido a maíz recién cortado, pero mucho más dulce. Se apretó contra ella involuntariamente, apreciando cada curva de su cuerpo, antes de considerar que estaban en un lugar público y a plena luz del día.

Faith se acercó a ellos precipitadamente.

-Priss, ¿estás bien?

-¿Hum?

-¿Que si... os conocéis? ¿Priss? Jake?

Una sonrisa cálida iluminó los ojos grises de Jake.

-Creo que se puede decir que nos hemos tropezado una vez o dos -dijo.

La señorita Priscilla Joan, que vivía en Willow Creek y estudiaba diseño de jardines, parpadeaba cuando Jake volvió a dirigirle su atención. y Jake perdió al instante el hilo de sus pensamientos, si es que alguna vez lo había tenido, al ver aquel rostro suave y hermoso.

-Creo que le he manchado el sombrero de maquillaje -dijo Priscilla disculpándose-. Espero que no sea muy caro. Si me dice su talla, le compraré uno.

O puedo darle el dinero.

Era el sombrero favorito de Jake. Lo había comprado después de su primer gran negocio con la venta de caballos, le había costado ciento cincuenta dólares y, después de llevarlo muchos años, estaba como nuevo.

.-¿Dinero por esto? Bah, no se preocupe -dijo-, sólo me lo pongo cuando tengo que ir al establo.

Priscilla dejó escapar un largo suspiro y Jake retrocedió, apartándose de ella lo justo para que no se diera cuenta de lo mucho que aquel contacto lo estaba afectando. Era muy embarazoso para un hombre de su edad no tener mayor control sobre su cuerpo.

-Bueno, si está tan seguro -dijo Priscill<!y pasó el dorso de una mano por los ojos, estropeando su maquillaje todavía más. Luego levantó la mano y raspó con la uña el ala del sombrero de Jake, que había cuidado de no doblar durante tantos años-. He oído que la tónica era buena para quitar las manchas... o puede que sea el alka-

seltzer... tónica? ¿Alka-seltzer?

A Jake le parecía que aquella mujer decía cosas que no tenían sentido, pero ¿a quién le importaba? Con la melena enredada en el cuello tenía un aspecto muy desarreglado, pero era un aspecto que a Jake le gustaba mucho. Le habría ofrecido cinco mil dólares por irse a su casa con él y permitir que celebrara con ella su cumpleaños, sólo que no sabía cómo introducir el tema sin brusquedad.

Trató de encontrar algo más inteligente que decir, algo que la impresionara, algo que le demostrara lo honorable y educado que era. Pero se limitó a permanecer en silencio y a acompañarla a su descapotable y sostener la puerta de su coche mientras se despedía de ella tocando el ala de su estropeado sombrero.

Priscilla sonrió. Tenía la clase de sonrisa que podría detener una locomotora, incluso a pesar de tener dos dientes manchados de carmín.

Un cliente se acercó y Faith, que había permanecido en la puerta de la tienda, se dio la vuelta, lanzó una última mirada de preocupación, y, de mala gana, volvió a entrar. Jake trató de pensar en algún modo de prolongar aquel momento y entonces decidió que tal vez lo mejor sería no hacerla. Priscilla parecía muy preocupada por tener niños y cosas así, y él era un hombre que valoraba la libertad por encima de todo.

Con pesar, observó cómo apoyaba su hermoso trasero en el asiento de cuero. Luego le saludó agitando la mano en el aire y se dio cuenta de que llevaba tres anillos, aunque ninguno en el anular de su mano izquierda.

y Eddie, fuera quien fuese, la había dejado para casarse con otra. Probablemente, pensó Jake, sería un imbécil, si no no era posible que abandonara a una mujer como aquélla.

Se quedó mirando cómo se alejaba el Cadillac y pensó en lo que había averiguado. Se llamaba Priscilla Joan. Tenía mucho dinero y estaba estudiando diseño de jardines, le gustaban los muñecos de peluche, pero no tenía niños.

¡y estaba pensando en acudir a un maldito banco de esperma!

Pues que fuera, se dijo. Era una mujer rara, aun que su rareza era muy especial. Tenía la impresión de que debía ser una de esas mujeres a las que cuesta mucho mantener. Ya había conocido a una de ellas y había tardado años. en recobrarse. Algunas lecciones se aprenden del modo más duro. Y otras no se aprenden nunca.

Frustrado y algo deprimido, fatal combinación, se dirigió al aparcamiento que había detrás de la ferPetería, donde había dejado su camioneta. Unos minutos después se dirigía hacia el norte, seguro de

tres cosas: uno, las mujeres están locas, y la rubia lo estaba algo más que la mayoría; dos, un hombre está fuera de su elemento en una boutique; y tres, por muy peligroso que fuera, tarde o temprano, la mujer de los vaqueros ajustados y el polo rosa iba a acabar en su cama, con maquillaje o sin él, eso poco importaba.

A los treinta y cinco años, Jake Spencer se conocía bien a sí mismo. No le quedaban ilusiones y muy pocos ideales. Lo que tenía era una buena y sólida reputación de ser un honesto tratante de caballos, un modesto rancho a unos kilómetros al norte de New Rope y una considerable alergia a la alta sociedad.

Tenía un objetivo a corto plazo y uno a largo plazo. El objetivo a corto plazo se refería a la rubia, y le daba la impresión de que el comienzo había sido bueno. Su objetivo a largo plazo era fácil. Cuando tuviera cuarenta años, la edad de su padre cuando le había echado de casa, iba a ser más rico y más duro de lo que el viejo había sido en su vida.

Para conseguir ambas cosas, disponía del tiempo necesario.

Era el mismo hombre. Priss se había cruzado con él varias veces, pero nunca lo bastante de cerca para. verlo bien. Era la clase de hombre en el que una mujer casi se veía obligada a fijarse. Delgado, larguirucho, ancho de hombros y con una mirada que despertaba toda clase de pensamientos maliciosos. Incluso antes de hablar con él, sentía cierta excitación cada vez que lo veía.

Pero sólo era un pendenciero. Su padre se revolvería en su tumba si supiera que tenía tales pensamientos sobre un hombre que no era más que un provocador. .

Pero había aprendido muchas cosas. Sabía, gracias a esa experiencia, por qué nunca se había excitado mucho con Eddie Turner, a pesar de que habían salido durante meses y le había dejado besarla y desabrocharle la blusa.

Tropezarse con aquel vaquero había sido el acontecimiento culminante en un, de otro modo, aburrido día de cumpleaños. Al menos, aquella vez, pensó con una sonrisa, nadie podría acusarla, como el año anterior, de tratar de hacer amigos por medio de la organización de una barbacoa en la que invitó a media ciudad. Nadie fue, sin embargo, exceptuando a Faith y a su madre, hasta que Sue Ellen apareció con un puñado de hombres que había recogido en un café. Algo realmente encantador por su parte, ya que aquello restaba clientes a su propio bar. .

Priss terminó regalando las tartas y parte de la comida al departamento de bomberos voluntarios, pero la carne llevaba tanto tiempo bajo el ardiente sol de julio que muchos bomberos se pusieron

enfermos. La noticia se publicó al día siguiente en los periódicos, con una fotografía suya luciendo aquel vestido blanco bastante estropeado que había estrenado el día de su puesta de largo en Dallas con dieciocho años.

Después de aquello, tardó semanas en volver a aparecer por la ciudad, muerta de vergüenza.

Pero ni siquiera 'la barbacoa fue tan desastrosa como la fiesta que dio su madre para celebrar su décimo segundo cumpleaños. Nora Barrington invitó a seis niños y seis niñas, hijos e hijas de los ciudadanos más prominentes de la ciudad. Acudieron cuatro. Las dos niñas se pasaron la tarde hablando entre ellas y cuchicheando, mientras los chicos tiraban comida y los sombreros de papel a la piscina sin dejar de hacer comentarios maliciosos sobre los senos de "las niñas, que comenzaban a crecer.

Pero lo peor fue escuchar el comentario de Rosalie, el ama de llaves, diciéndole a la cocinera que el precioso reloj Cartier que sus padres le habían regalado, lo había elegido y envuelto la secretaria de su madre.

-y la señora ni siquiera se ha molestado en verlo antes de dárselo a la niña -decía el ama de llaves-.

Te digo una cosa, Ethel, esa pobre niña me recuerda a los cachorros abandonados en las cunetas, esperando que llegue alguien y los adopte. Que Dios ayude a la criatura si algún hombre poco recomendable se acerca a ella y le da una palmadita en la cabeza, porque desde ese momento se le caerá la baba por él.

Furiosa y avergonzada, Priss tiró su reloj nuevo por el water, estropeando ambos, el reloj y el inodoro. Como castigo, sus padres la dejaron en casa cuando se fueron a Europa tres días después. No la habían llevado consigo en ninguno de sus anteriores viajes, pero aquella vez se lo habían prometido.

Pero tenía veintinueve años y no doce.

Rosalie seguía siendo su ama, de llaves, a pesar de que sus padres habían muerto. Ya que nunca había llegado a convivir con ellos, no llegó a guardarles un luto muy riguroso. Era adulta y debía dejar de soñar. Era quien era y si no le gustaba a la gente, mala suerte, aunque lo cierto era que ella intentaba ser amable con todo el mundo. Incluido el hombre con el que había tropezado en la tienda de Faith.

Le había parecido mucho más guapo de cerca.

Y además, la había mirado de un modo... como si fuera un gran helado de nata y fresa...

El cielo se cubrió de nubes negras y una tormenta se cernió sobre la parte oeste de la ciudad. Priss trató de recordar si en la terraza

había dejado algo que la lluvia pudiera estropear, pero no podía concentrarse, su mente estaba ocupada pensando en lo que había sentido al lado de Jake Spencer. Había sido tan caballeroso...

Bueno, en realidad no había sido caballeroso. Era demasiado duro como para ser caballeroso. Olía a caballo, heno, colonia y sudor. Sonrió mientras se dirigía a la tienda de cosméticos para comprar laca de uñas, preguntándose si Jake Spencer sabía lo atractivo que era el honesto olor a sudor frente a las rebuscadas colonias que utilizaban tantos hombres.

Pasó en la tienda de cosméticos casi quince minutos. La señorita Ethel buscaba un elixir bucal y Prisa la ayudó a comparar los precios. Finalmente, de vuelta en el coche y en dirección al sur, por Oak Street, puso la radio y sintonizó una emisora en la que sólo emitían música country, sú favorita. Clint Black cantaba la historia de un amor desolado y se le ocurrió pensar que el vaquero con quien se había tropezado en la tienda de Faith era una versión más alta, mayor 'y más dura de Clint Black. Tenía su misma sonrisa torcida y maliciosa.

Se preguntó si el vaquero sabría cantar Y se preguntó, también, si él sentiría la misma electricidad estática que ella sintió. Aunque probablemente sólo se debiera a la tormenta que se avecinaba sobre la ciudad.

Pero no le importaría conocerlo mejor, aunque lo cierto era que era poco probable que tuviera la oportunidad de hacerlo. Tenía el aspecto de ir al restaurante de Sue Ellen o al Little Joe's Café, que más parecía un saloon. Sue Ellen tenía mejor comida, excepto por el chile, pero Joe tenía mesa de billar.

Priss solía comer en Antonio' s cuando se quedaba a comer en la ciudad, lo que probablemente significaba que no volvería a toparse con el vaquero, por que los vaqueros no tenían por costumbre ir a Antonio's.

Antes de dirigirse a su casa, Priss se detuvo en el hospital para dejar los juguetes que había comprado en la boutique de Faith, porque si iba después de cenar, como solía hacer, para leer cuentos a los niños, se encontraría dormido a alguno Juguetes y cuentos, probablemente era demasiado para un sólo día, pensó. Había aprendido mucho sobre los niños en el año y medio que llevaba trabajando como voluntaria en el ala infantil del hospital.

Al abandonar el hospital se dirigió al supermercado para comprar comida congelada, su alimento durante los días que Rosalie se había tomado para visitar a su hermana.

Finalmente, llegó a Willow Creek Road. El aire olía como si alguien estuviera quemando rastrojos, probablemente, aprovechando la

inminente lluvia.

La tormenta estaba cada vez más cerca y ya veía los rayos y oía truenos. Era la culminación adecuada para 'Un día 8-e cumpleaños que había empezado mal desde el momento en que se había roto una uña buscando un tubo de dentífrico en una caja.

Se sentía un poco triste, un poco abatida, pero se dijo que su cumpleaños todavía no había terminado. Todavía le quedaba la noche y los niños. Tal vez al año siguiente le estuviera leyendo un cuento a su propio hijo, aunque no lo entendiera.

Vio que un coche de bomberos venía en dirección contraria y como el camino era estrecho se apartó hacia la cuneta, a pesar de que el camión no llevaba la sirena en funcionamiento. Tal vez la quema de rastrojos se le había ido a alguien de las manos y se estaba quemando algún campo.

Jake estaba a medio camino de su casa, pensando en un negocio que tenía que hacer en Dallas y en la rubia cuando oyó una voz por la radio que utilizaban los rancheros locales para comunicarse entre sí.

-El fuego de Willow Creek está bajo control –decía.

¿Willow Creek? .

-New Hope, diríjase a una casa ardiendo en la esquina de Matlock y Guntrum. Billy, diríg_te hacia allí con el camión cisterna. SouthFork va a mandar…

Hubo algunos comentarios más, pero Jake había dejado de escuchar. Giró en redondo y se dirigió de vuelta a la ciudad sin pensar en Petemoss y el resto del equipo, que esperaban el cemento y los alambres que él llevaba para ellos en la parte de atrás de la camioneta y que necesitaban para construir los cimientos de la extensión del establo.

Capítulo 2

Priss estaba hablando con un bombero cuando llegó Jake. Estaba despeinada y tenía las manos negras de hollín y hacía secos ademanes mientras se dirigía al aturdido bombero voluntario.

-Señora, ojalá pudiera, pero no puedo.

Un trueno retumbó sobre sus cabezas. El aire tenía un aspecto enrarecido y verdoso.

-Pero es seguro -argumentó Priscilla-. Usted mismo ha dicho que el tejado no se caería. La mayor parte del daño de mi casa se limita al humo y al agua.

-Señora, las reglas son las reglas y yo ya las he sobrepasado por mucho.

Jake se fyó en que Priscilla sostenía entre las manos un pequeño arcón de madera y junto a ella había una maleta de cuero y varias bolsas de plástico llenas de objetos.

-¿Dónde quiere que duerma? ¿En la acera?

-Si yo fuera usted, empezaría a llamar a mi familia.

O eso o trataría de conseguir una habitación en un hotel cercano lo antes posible. La mayoría de los afectados ya lo ha hecho.

-¡Pero si acabo de llegar! ¿Cómo iba a saber que...?

-dijo Priscilla y se interrumpió, al ver a Jake-. ¿Qué hace aquí? ¿Se ha quemado su casa? Jake negó con la cabeza, mirando a su alrededor.

La estructura del edificio no parecía muy dañada, pero iba a llevar mucho tiempo acondicionarlo para volver a hacerla habitable.

Incluso manchado por el humo tenía un aspecto muy lujoso.

-He oído el aviso de ayuda y venía a ver si podía hacer algo.

-Señorita Barrington -dijo el joven bombero presentándose-. No puedo dejarla pasar. Volver a entrar para recoger objetos de valor, medicinas o documentos es una cosa, pero no puedo sacar todas sus pertenencias. Si lo hiciera por usted, me vería obligado a hacerla por todo el mundo y el Jefe Clancy se echaría sobre mí como un enjambre.

Warrington? ¿Como el viejo Horace T. Barrington, rey de los estafadores? ¡Demonios! .

-Señora, creo que lo mejor que puede hacer es empezara buscar un lugar donde dormir esta noche, si no lo hace puede que se vea obligada a irse a dormir a Dallas. Como he dicho, la mayoría de los afectados ya lo 'han hecho, y en realidad no hay muchos sitios en New Hope-. Priss tragó saliva. Empezaba a sentir un nudo en la boca del estómago. -¿y el baño? ¿No podría entrar a utilizar el baño? -Le recomiendo que utilice el que está junto a la piscina. El fuego no ha llegado tan lejos.

Con una mirada lastimera hacia su casa, Priss se dirigió, a través de unos charcos de agua sucia, mangueras y muebles que alguien había sacado por una terraza.

Evidentemente, no fue la única que buscó refugio en el vestuario de la piscina. Los lavabos, blancos, estaban cubiertos de huellas oscuras y era imposible encontrar una toalla limpia.

Sin embargo, después de echarle agua en la cara y en el cuello Priscilla se sintió mucho mejor. Al menos, había dejado de temblar. Respiró profundamente, se miró al espejo y gruñó. No quedaba rastro de su pintura de labios y tenía la cara cubierta de manchas de hollín. Parecía un minero después de tres días seguidos de trabajo., y en cuanto a su cabello....

Gruñó de nuevo.. Nunca había sido vanidosa, gracias a su madre, que no. dejaba de decirle que debía haber salido. a la familia de su padre porque en su familia nadie tenía aquellas pecas tan poco favorecedoras y aquel tipo tan vulgar.

Nora Barrington, alta, esbelta, morena y con la piel de color magnolia, provenía de una de las familias .de más rancio abolengo de Virginia.

Priss había supuesto. una decepción para su padre, que quería un hijo varón, y para su madre porque no era guapa. Después de graduarse en la universidad, se unió a un grupo de country, algo que puso furiosos a sus padres.

Cuando salió del vestuario., Jake la estaba esperando.. Priscilla sintió como si alguien escarbara un hueco en su estómago.., Trató! y casi lo consiguió, de ignorar a aquel hombre. Lo único que quería era correr y esconderse Podría haber vuelto a meterse en el vestuario, pero eso no resolvería nada Lo mejor que podía hacer era asumir la actitud que su madre calificaba como presencia.

Lo intentó. Pero era demasiado difícil. Además, aunque quería encontrar un chivo expiatorio. para aquella situación, Jake Spencer no. era la persona adecuada.

Jake avanzó hacia ella y ella retrocedió. Si la tocaba en aquellos momentos se desharía,.y sabía muy bien que si eso sucedía nunca podría volver a recuperar el control de sí misma.

Lo que la recordaba algo más. Tenía que llamar al hospital para ver si una de sus voluntarias podía acudir a ver a los niños.

-¿y bien? ¿Qué hace aquí? -le espetó a Jake

Jake estaba allí de pie, con sus vaqueros desgastados, la camiseta ligeramente sudada y el sombrero con el ala ligeramente doblada y manchada de maquillaje. Parecía tranquilo y arrogante al mismo tiempo..

Era más de lo que una mujer podía resistir, al menos bajo ciertas circunstancias.

-¿No. tiene nada mejor que hacer?

La crudeza nunca había sido su estilo., pero a Priscilla le importaba todo muy poco..

-Nena, ¿seguro que está bien?

A Priscilla le tembló la barbilla, apretó los puños

y trató de mantener su actitud agresiva.

-No., maldita sea, no Esto y bien. Casi se quema mi casa, llego tarde a una cita y... y he olvidado el secador.

Jake miró unos paquetes que había sobre un sofá que había junto. a la piscina.

-¿Eso. qué es?

-Sea lo. que sea, no es asunto suyo..

En realidad se trataba de la segunda mejor vajilla de su madre; la primera, de veinticuatro piezas, se había vendido en una subasta hacía unos años Con los bomberos por todas partes, sólo había tenido tiempo de recoger su bolsa de maquillaje, una muda de ropa interior y un CD de Clint Black. Había olvidado el joyero y el secador.

-Oh, Cielo. santo., sólo necesito un par de cosas

-dijo-. Le he preguntado qué está haciendo aquí

-Ya le he dicho. -explicó Jake con paciencia-, que he oído la llamada de auxilio y pensé que podría echar una mano..

A Priss le hacía falta algo más, le hacía falta un sitio en el que dormir. Respiró profundamente y trató de recobrar la calma, aunque no era fácil. Miró a Jake, observando sus ojos grises y su mirada firme, y le dieron ganas de echarse en sus brazos y llorar desconsoladamente. Lo que no tenía sentido porque, en primer lugar, apenas lo conocía, y, en segundo lugar, nunca lloraba.

Bueno... casi nunca. Naturalmente, lloró cuando murió su madre, pero, excepto en esa ocasión, sólo recordaba haber llorado cuando tenía ocho años y se rompió una pierna al caerse de un árbol, enseñando a trepar al hijo del jardinero, que tenía diez años pero no era capaz ni de trepar a una banqueta.

En realidad, también había llorado en otra ocasión. Tenía diecisiete años cuando oyó a Mark Russo decide a un primo suyo que salir con Prissy Barrington era arriesgado, porque su padre había dicho que cualquiera que se atreviese acabaría cantando en la sección de sopranos del coro de la localidad.

Avergonzada y muy enfadada, lloró entonces y bebió media botella del vino francés más caro de su padre. Aquella fue la última vez que lloró.

-Mire, le agradezco mucho su preocupación -dijo recobrando la calma-. Estoy bien, gracias, no necesito su ayuda. Tenía muchas cosas que hacer, pero lo primero era organizarse, pero eso no podía hacerlo bajo la intensa mirada de aquellos ojos grises.

El bombero volvió, evitando los charcos que rodeaban la piscina.

-Señora, me voy, sólo quería decirle que tendremos su casa vigilada, no tiene que preocuparse por los robos. En cuanto todo se enfríe un poco podremos hacer la inspección y dentro de unos días sabremos cuando puede volver.

-Unos días...

-Tengo teléfono en la camioneta –intervino Jake-. ¿Por qué no empieza a llamar? Si el hotel está lleno, podemos intentarlo en el motel que hay al lado del aeropuerto.

¿Un motel? Los Barrington no dormían en motéeles.

-Gracias, pero me quedaré en casa de unos amigos.

La única amiga a la que podía recurrir era Faith Harper, pero su casa era demasiado pequeña para las dos.

-Muy bien, pues llame a su amiga y dígale que está en camino. No creo que , quiera quedarse rondando por aquí ni un minuto más. Dentro de nada va a empezar a llover.

Priss miró al cielo. Qué bien, justo lo que necesitaba, más agua sobre su empapada casa.

-Además, está temblando, tiene mal aspecto y...

-No puede hacerse idea de lo bien que me siento porque me diga eso -dijo Priss mirándolo fríamente-. Pero, bueno, si insiste, le dejaré que me ayude a llevar todo esto a mi coche.

-Gracias -dijo Jake con suavidad. Lo que tenía que hacer era echarse a la dama sobre el hombro, llevarla al hotel más cercano y dejarla allí. Empezaba a ver en ella la clase de mujer que siempre había querido evitar, una clase de mujer que se pavoneaba ante los demás como si estuviera hecha de oro.

Cargó con unas cuantas cajas y bolsas y la siguió por el aparcamiento, en el que sólo había una camioneta y un camión cisterna. El bombero tenía razón, Prissy se había puesto a buscar alojamiento demasiado tarde.

Detrás de la camioneta estaba el descapotable.

Priss se detuvo ante él y profirió una exclamación.

Jake dejó lo que llevaba en el suelo y corrió hacia ella, que acababa de desaparecer tras la camioneta.

Priss estaba de rodillas, examinando el guardabarros doblado de la rueda trasera izquierda. Desde luego, alguna gente se había dado demasiada prisa en huir del incendio.

-No es posible -dijo Priss-, no es posible. Éste es el peor cumpleaños de mi vida.

Jake sintió compasión por ella. Desde luego, y según podía ver, no había habido tarta ni limonada. Se acarició la barbilla y trató de parecer juicioso, mientras examinaba el resto del coche. Tenía la sensación de que hacerle siquiera un arañazo a una de aquellas joyas era un asunto de gravedad. Algo que él, de todas formas, no podía comprender, porque solía conducir una camioneta llena de golpes.

-No creo que sea nada importante, pero me parece que así no se lo puede llevar, aunque enderecemos el guardabarros.

-No sé a quién llamar primero, si al hotel o al taller.

-Creía que iba a dormir en casa de unos amigos. -No me moleste con detalles.

-De acuerdo. Muy bien, nena, si quiere quedarse aquí mientras se decide, creo que me voy -dijo Jake y echó una mirada a la tormenta que se avecinaba, otra al edificio dañado por el incendio y empezó a alejarse.

No pensaba dejar a Priss allí, pero Jake sabía cómo tratar con las mujeres.

-Espere... ¿Le importaría quedarse hasta que sepa dónde voy a pasar la noche?

-No se preocupe -dijo Jake con' calma. Suponía que podía darle cinco minutos antes de que las nubes que se acercaban empezaran a descargar.

El bombero se acercó a ellos. Sus botas resonaban sobre la acera con tanto' ruido como los truenos de la tormenta.

-Señora, no creo que le convenga quedarse aquí con lo que se avecina. Tengo entendido que está en estado y odio tener que decide a una mujer emb...

-¿Qué tiene entendido?

Mirando a Jake ya Priss, dijo:

-Creo que fue la señorita Ethella que dijo que... me la encontré en la oficina de correos esta mañana, yo había ido a mandar unos... Bueno, el caso es que dijo que la vio en la boutique infantil esta mañana y...

Priss profirió una palabra que Jake pensaba que las mujeres ni siquiera conocían, aunque se sonrojó.

Jake se acercó a ella y apoyó, con un gesto casual, el brazo sobre sus hombros. Como si lo hubiera estado haciendo toda la vida, Priss se arrebujó contra él.

Jake se aclaró la garganta.

-Hijo, no querrás que lo sepa toda la ciudad. Ya sabes, hay gente

que no tiene nada mejor que hacer que cotillear.

Priss se apretó contra su recién encontrado protector.

-La señorita Ethel nunca ha contado una historia cierta en toda su vida -declaró y el joven bombero asintió nerviosamente, retrocediendo hasta su camioneta.

Jake se figuraba que era hora de cambiar de tema.

-Creo que será mejor que hagas esas llamadas, Priss -dijo.

Pero la dama no quería que la distrajeran.

-Ya sé lo que ha pasado. La señorita Agnes le dijo a Minny que... bueno, le dijo algo que yo estaba pensando en hacer y la señorita Minny debe haber hablado con la señorita Ethel, Y Etehel, bueno, se lo habrá dicho a alguien más y todo se enredó.

El bombero antes de meterse en la camioneta, se fijó en el vientre, plano de Priss. AJake le pareció que las cosas habían llegado demasiado lejos.

-Será mejor que llames antes de que empiece a llover. Espero que tengas un buen par de zapatos.

_Zapatos? -repitió Priss, habiendo olvidado, aparentemente, que Jake seguía rodeándola con un brazo.

-Esas cosas que llevas son muy bonitas, pero...

-Mis sanDallas son muy cómodas, pero. Gracias por tu preocupación.

_SanDallas? Claro, sanDallas.

Priss sabía que Jake sólo pPetendía ser amable con ella y se lo agradecía mucho, pero quería aferrarse al poco orgullo que le quedaba y la amabilidad de Jake se lo impedía. Por otro lado, era plenamente consciente de su tacto, lo que, bajo aquellas circunstancias, no le parecía natural.

No podía ir a casa de Faith y el hotel, probablemente, estaría completo. Tendría que llamar a un taxi y dirigirse a Dallas, porque no estaba dispuesta a dormir en un motel oyendo aviones durante toda la noche.

Justo en el momento en que Jake se puso a recoger los paquetes, un rayo cruzó el cielo.

-Vamos, nena, necesitas un amigo y yo te estoy ofreciendo mis servicios.

-Tengo amigos de sobra, gracias.

Sus amigos eran Faith, Rosalie, que estaba en Dallas de visita, el pastor y su mujer, porque ella había pagado el exterminio de las cucarachas que invadían su casa. Y, por supuesto, los niños del hospital, porque iba a leerles un cuento dos veces por semana.

-Pero creo que he dicho una grosería, al fin Y al cabo sólo has

venido a ayudar.

Dos gotas de lluvia le golpearon en la cara con la fuerza de las balas. Jake abrió su camioneta.

-Entra -dijo, dejando los paquetes. en el amplio asiento-. Dame las llaves de tu coche.

Priss se las dio sin protestar y subió a la camioneta.

Jake desplegó la capota de su coche y lo cerró. Cuando subió a la camioneta estaba completamente empapado. Arrancó y salieron del aparcamiento.

Ya en la autopista, Jake miró a Priss de reojo. Tenía una mirada tan triste que se quedó muy preocupado. De hecho, todo aquel asunto empezaba a darle mala espina, como si supiera que se estaba metiendo en problemas pero no pudiera hacer nada para evitarlo.

Se debía en parte a su aspecto y en parte a su olor, limpio, dulce y femenino. Se debía en parte al modo en que se había apretado contra él, dejando que sü brazo descansara sobre sus hombros, y en parte a que ella era una mujer muy atractiva y él un hombre ardiente, una combinación muy peligrosa.

Considerándolo todo, Jake decidió que aquélla no había sido una de sus ideas más brillantes. Cuando descubrió que se excitaba al tocarla, debió ponerse el sombrero y marcharse.

Pero era demasiado tarde y tenía la impresión de que la señorita Barrington iba a resultar más difícil de lidiar de lo que esperaba. . .' Priss se encontraba inquieta, se dijo que se debía al fuego, al incendio, que se quemara tu casa podía afectar a cualquiera, pero eso no era completamente cierto. Parte de su inquietud se debía al hombre que tenía a su lado.

Con el sombrero calado hasta las cejas, tenía un aspecto serio y peligrosamente masculino, más cerca de Clint Eastwood que de Clint Black. No sabía cómo había aceptado dirigirse a su casa, a la casa de fin extraño, sólo porque el hotel y el motel estaban completos.

De repente se encontró muy cansada.

-¿Está muy lejos? -preguntó.

-A pocos kilómetros -respondió él, que ya había dicho lo mismo cuando dejaron la ciudad-. Supongo que los del taller ya habrán recogido tu coche –dijo Jake que había llamado desde, el motel.

-Dónde dijiste que estaba?

-¿Tu coche?

-Tú casa.

-Oh. En el Bar Nothing. Está a unos diez kilómetros.

- así como la llamas?

-¿Como llamo a qué?

-A tu casa, ¿El Bar Nothing? -dijo Priss.

Clint Black Eastwood le dirigió una mirada penetrante. .

-Eso pone en la puerta.

Priss se apretó las pulseras que lucía en el brazo izquierdo. Su madre habría dicho que eran muy llamativas, pero a su madre cualquier cosa que no fuera un vestido negro con un collar de perlas le parecía demasiado llamativo. Tal vez por eso su modo de vestir había adquirido tanto colorido después de la muerte de su madre.

Se quedó mirando el pie de Jake, enfundado en una gran bota y se preguntó si él pensaría que vestía de un modo demasiado llamativo, si pensaría que era atractiva. Ella intentaba serio con todas sus fuerzas, pero no sabía si lo lograba. Su padre había echado a perder todas sus posibilidades con la población masculina de New Hope, primero con amenazas Y luego con promesas.

De acuerdo a lo que decía su madre, orgullosa de su noble sangre de Virginia, la gente de New Hope, Texas, «sencillamente», no era de su clase.

Tras la muerte de su madre, su padre solía decirle, en las raras ocasiones que hablaban del tema, que si algún hombre se acercaba a ella sólo era por ser quien era.

Priss había llegado a odiar ser quien era.

Horace Taylor Barrington pensaba que todos los que se acercaban a ella lo hacían buscando su dinero. Cuando le llegara la hora de casarse, él le encontraría un marido entre la gente adecuada.

Jake aminoró la marcha al llegar a un camino largo y lleno de baches. Había pastos a ambos lados y, en la distancia, se divisaba un enorme granero y una cerca circular.

Sobre la entrada había un letrero que decía Bar Nothing.

-No es muy original, ¿no? -observó Priss, tratando de decir algo molesto por razones que no alcanzaba a comprender.

-No mucho. ¿Algún problema?-replicó Jake. Priss se sintió algo culpable.

-No debería haberlo dicho, es un nombre bonito.

Supongo que quería decir que la idea de ponerle nombre a las propiedades es un poco pPetenciosa, ¿no te parece?

-Supongo que yo soy un tipo pPetencioso.

Priss frunció el ceño al sentir que la grava golpeaba en los guardabarros jake conducía muy deprisa, aunque ella también.

-No creo que lo seas -dijo Priss sinceramente. Se desabrochó el cinturón de seguridad y dobló una pierna sobre el asiento PPetencioso quiero decir, creo que eres muy normal -dijo, pero tampoco le sonó bien-. Lo que quiero decir es que no tienes aspecto de estar siempre

pensando en la imagen que das a los demás, que...

-Por qué no te tranquilizas un poco, nena. En cuanto lleguemos querrás ver la casa y acomodarte, hacer, tal vez, unas cuantas llamadas para decide a tus amigos dónde estás.

-A estas horas la señorita Agnes me tendrá de visita en la Casa Blanca.

Jake sonrió. Priss suspiró y se quedó mirando por el parabrisas, preguntándose a quién llamaría.

A Faith, probablemente, Faith los había presentado... ¡Qué locura! Tan .sólo habían pasado unas horas desde entonces.

Faith era la única persona que entendía por qué Priss iba de compras a Dallas en vez de comprar en New Hope. Lo hacía, simplemente, porque allí era donde su madre la había llevado siempre. Después de la muerte de su madre, oyó a alguien decir que los Barrington siempre creyeron que su dinero era demasiado bueno para New Hope, así que no se sentía con fuerzas como para ir a las tiendas de la localidad, excepto a la de Faith.

Jake aparcó junto a una casa de madera sin pintar situada entre unos cuantos edificios que estaban en mejores condiciones que la propia casa. Priss se preguntó lo que dirían sus padres si la vieran en aquellos momentos, en una camioneta con los asientos raídos y una puerta abollada que conducía un vaquero en ropa de trabajo.

Dirían que aquel hombre no pertenecía a las personas de su clase y tendrían razón. Jake Spencer no pertenecía a ninguna clase de personas, era un ejemplar de una clase única. Una clase absolutamente extraña a una mujer como ella, a una mujer que hasta hacía bien poco había pensado que el Kama-Sutra era un libro de poesía y que nunca había visto ninguna película erótica.

-Bienvenida a Bar Nothing -dijo Jake con una sonrisa y una mirada maliciosa. Como si fuera una amenaza. O tal vez una promesa, pensó Priss, pero estaba reaccionando como una tonta, se dijo. El incendio había excitado en exceso su imaginación.

Trató de pensar en algo bonito. que decir de aquella casa tan fea, pero no podía ocurrírsele nada. Ni siquiera había flores, ni plantas para suavizar un poco la austeridad del lugar. .

-Hum, parece muy sólida -dijo.

-Sí -dijo Jake dejando las llaves en el bolsillo de la camisa. Probablemente, pensó Priss algo avergonzada, porque no tenía sitio en los vaqueros. Lo pensó y echó una mirada a sus rodillas, ascendió por el asiento y se fijó en...

«Oh, por Dios, Priscilla Joan, crece de una vez», se dijo.

-Quiero decir que me gusta, pero creo que algunas flores o plantas

no vendrían mal. Y algo de pintura también vendría bien, aunque, claro, no es que sea necesario, es más cuestión de decoración.

Al ver que Jake no respondía, Priss lo miró de reojo. ¿Estaba sonriendo o era su imaginación? Jake se inclinó sobre ella y abrió la puerta. Ante aquel movimiento, Priss tragó saliva.

-Sal y te buscaremos un sitio donde dormir. Yo tengo que salir un par de horas. ¿Te sientes todavía algo insegura?

Prisa descendió de la camioneta. Llena de sonrojo. -No sé por qué dices eso -dijo.

Llovía, y Jake se acercó a ella y trató de rodearla por los hombros de nuevo, diciéndose que lo hacía porque Priss tenía aspecto de necesitar apoyo. Pero ella lo detuvo.

-No me gusta que me toquen Jake se quedó perplejo.

-¿En serio? -dijo, pensando en que aquella tarde se había acurrucado contra él sin la menor timidez.

Priss subió las escaleras del porche y Jake se detuvo para admirar aquella acción. Aquellas malditas sanDallas deberían estar prohibidas, pensó, aunque se alegraba de que no lo estuvieran.

Pero Priss tenía razón. Era mejor no tocarse. Y se limitaría a, estar junto a ella sólo el tiempo necesario para que conociera la casa.

Y más le valía no tocada, pensó. Cada vez que lo hacía se sentía como una lata de cerveza que hubiera estado rodando bajo el sol en la parte trasera de la camioneta.

Efervescente. Si había algo de lo que Jake Spencer estaba seguro, era de que era demasiado mayor para sentir aquella efervescencia por una mujer.

Otra cosa de la que estaba seguro era que no sabía qué hacía él tonteando con una Barrington.

Capítulo 3

La tormenta había empezado en el sureste, descargó sobre el rancho y se alejó por el noreste antes de acabar. Pero luego siguió lloviendo, aunque suavemente. Priss no quería mojarse, de modo que llevó las bolsas de plástico con sus pertenencias corriendo de la camioneta a la casa. Jake la seguía con paso firme.

El aire olía a mojado. Ya en el porche, Priss sacudió las gotas de las bolsas mientraS miraba a su alrededor. En una esquina había un columpio que colgaba de una sola cadena enmohecida y una planta de tomate marchita. Las contraventanas estaban cerradas para evitar la alta temperatura de julio. La lluvia, por lo menos, había suavizado la temperatura, algo que Priss tenía que agradecer en un día lleno de desgracias.

Jake llegó al porche y abrió la puerta de entrada, una puerta nueva, pero no más bonita que el resto de la casa. Era una casa verdaderamente fea, pensó Priss, preguntándose el aspecto que tendría con una mano de pintura, tal vez amarilla, contraventanas verdes y algunas adelfas, y tal vez hibiscus y tulipanes amarillos y naranjas.

Su madre había insistido en poner arbustos de boj y rosales, pero el boj nunca se había dado bien. El jardinero le había preparado a Priss un jardín propio cuando tenía seis años, donde ella pudiera plantar muchas semillas, mezclando margaritas y cebollas, petunias y patatas. Y le encantaba hacerlo. -Gracias, aquí hace un frío de muerte.

Priss se quedó de pie en medio del vestíbulo de entrada, temblando de frío, y entró en una habitación sin puerta. Las paredes tenían una ligera capa de blanco y los suelos eran grises, aunque ya no tenían pintura. Se dirigió al salón, que parecía en completo desuso, Priss había visto puestos de mercado decorados con mejor gusto.

En la cocina había una mesa de madera, también pintada de gris, aunque sin pintura en el tablero, tres sillas y un nuevo y enorme frigorífico que le daba a la estancia un aspecto todavía más destartalado. La única decoración, por lo que ella podía ver, consistía en un termómetro, que no era más que un objeto publicitario de una tienda de aire acondicionado, y en un calendario que colgaba torcido de la pared.

Detrás de Priss, Jake contemplaba su hogar según los ojos de una extraña. Llevaba mucho tiempo sin fijarse en él. Como lugar donde dormir, comer y trabajar parecía suficiente. Tenía un despacho al lado de la cocina, donde tenía un ordenador y los libros de registro, un sillón de lectura y un revistero repleto de números atrasados de El agricultor moderno y Granjas y ranchos, y media docena de periódicos de la semana anterior que todavía no había leído.

Suponía que, incluso deteriorada por el humo y el agua, la casa de Priss en Willow Creek tenía mejor aspecto que aquélla. Aquella idea le hacía ponerse a la defensiva, y como era una sensación a la que no estaba acostumbrado, se enfureció consigo mismo.

-Dormirás en la habitación de invitados. Arriba, la última puerta a la izquierda. El baño lo tienes enfrente. Siéntete como en tu propia casa. Yo tengo que salir -dijo precipitadamente, mientras retrocedía, yéndose. Salió con ganas de dar un portazo, que apenas pudo contener.

-Bueno, qué bien, no pareces muy amable -murmuró Priss, sorprendida, pero no dolida.

Después de todo, no había sido ella la que le había obligado a llevarla a su casa, él había insistido. Ella estaba dispuesta a dormir en el hotel, aunque estuviera completo. Si algo había aprendido de su padre, era que a los Barrington no se les cerraba ninguna puerta si ellos querían abrirla, aunque lo cierto era que a ella siempre le había costado entrar donde quería.

Subió al piso de arriba para dirigirse a la habitación de invitados, con la esperanza de que fuera algo mejor de lo que había visto.

Pero no lo era. La cama era de hierro, la mesilla de chapa, había una cómoda fea y anticuada con cajones que se atrancaban y una silla como las de la cocina, sólo que ésta tenía una pata rota, unida con cinta adhesiva. El cabe cero estaba pintado de gris, seguramente con la pintura sobrante de la mesa y las sillas de la cocina. La cama estaba sin hacer y el colchón tenía un 'aspecto amarillento, así que decidió darle la vuelta antes de poner las sábanas.

La lluvia arreció golpeando con fuerza contra la ventana. Priss se dijo que, al fin y al cabo, tenía suerte de estar bajo techo. Si no hubiera sido por Jake, probablemente estaría todavía discutiendo con aquel pobre bombero al lado de la piscina.

Lo primero que hizo fue buscar una escoba y ponerse a barrer, con lo que consiguió, más que nada, levantar el polvo, pero al menos así se sintió mejor.

Ponerse en acción siempre conseguía que se sintiera mejor, aunque en su casa de la limpieza solía ocuparse Rosalie y cuando ella quería acción se iba a jugar al tenis, si encontraba a alguien con quien hacerlo.

Si no encontraba a nadie, se iba a nadar, o a revolver en el jardín, a pesar de que molestaba al jardinero.

Cuando nada de eso funcionaba y tenía verdadera necesidad de hacer algo, salía con el coche y conducía a toda velocidad con la capota bajada.

El armario donde estaba la ropa de cama no estaba en mejor condición que el resto de la casa. Olía a barniz de pino y a naftalina, en lugar de a perfume de gardenia, pero, al menos, las sábanas estaban limpias. La colcha también estaba limpia, pero después de años de lavado y secado al sol, estaba descolorida.

Limpió el polvo de los muebles con su pañuelo de seda y el resultado fue que se puso a estornudar y tuvo que dejarlo.

Se asomó al pasillo para asegurarse de que seguía sola y se dispuso a explorar. El baño, enfrente de la habitación, estaba vacío, y era tal como esperaba.

Antiguo, con cañerías de hierro algo oxidadas y un espejo bastante sucio. Había dos habitaciones más, con ropa de hombre sobre las sillas, las camas y el suelo, donde había varios pares de botas.

En el piso de abajo encontró una despensa con mucha comida enlatada, sobre todo salsa de tomate, judías y melocotones, algunas latas sin etiqueta, un cubo, una fregona y una aspiradora cubierta por una enorme tela de araña.

Se sentía como una intrusa, pero una vez en la cocina abrió otra puerta. Era, obviamente, una especie de despacho. No era más bonito que el resto de la casa y ni siquiera estaba tan ordenado. De las paredes colgaban fotografías enmarcadas de caballos y una fotografía de un grupo de hombres junto a un hipódromo. Uno de aquellos hombres llevaba un sombrero Stetson.

Le dieron ganas de mirar más detenidamente la fotografía para ver si el del sombrero era Jake, pero se sentía algo avergonzada. Jake le había dicho que se sintiera como en su propia casa, pero eso no significaba que pudiera hurgar en sus pertenencias personales.

Finalmente, encontró lo que debía ser un trastero.

Había un congelador, un calentador eléctrico y algo que parecía el motor de la calefacción.

En una esquina, debajo de una estantería donde había una caja de detergente de veinticinco kilos, y escondida bajo una pila de ropa sucia, estaba la lavadora. A su lado había una flamante secadora, tan nueva que todavía tenía las pegatinas publicitarias intactas.

Se alegró, porque estaba lloviendo mucho y, excepto la ropa interior, no había llevado nada para mudarse, ni siquiera un camisón.

Su ropa estaba empapada y manchada de hollín y si había algo que Priss no pudiera soportar era la suciedad.

Jake volvió algunas horas más tarde. Había estado en la cerca de entrenamiento, trabajando con un potro tan terco que parecía un asno, sobre todo bajo la tormenta que estaba cayendo.

Estaba cansado, sucio y empapado.

Se quitó la camisa y la dejó en el asiento de la camioneta. Estaba tan cansado que le costó una enormidad subir las escaleras. Lo que debería haber hecho era lavarse un poco en el cuarto de baño del granero, pero no lo hizo porque estaba deseando volver a casa.

En el establo, tras devolver al caballo, le dijo a Petemoss si no le importaría dormir en la habitación del establo aquella noche.

-Has venido con una mujer, ¿no? -dijo el antiguo clown de rodeo masticando tabaco.

-No es lo que tú piensas -protestó Jake.

-Cuando se trata de mujeres no sé ni lo que pienso.

-Sí, claro... ha habido un incendio en su casa. Es la amiga de una amiga, me sentí obligado a ofrecede un lugar donde dormir hasta que se recupere.

_¿Por qué? ¿No puede ayudarla ninguna amiga? -No se lo he preguntado.

_Has sido tú el que le ha quemado la casa?

-No, maldita sea. Ha sido un rayo, y no es una casa, es un edificio de pisos. Y, de todas formas, no ha sido el suyo _lque se ha quemado, pero está lleno del agua de las mangueras y no puede entrar hasta que los inspectores no den el visto bueno. Ahora, ¿me vas a ayudar o no?

-Claro, hijo, te prestaré toda la ayuda necesaria para que te metas en líos, pero no me vengas llorando cuando te tenga atado y bien atado. ¿y quién te va a hacer la comida? ¿Te va a llevar el desayuno a la cama?

-No, maldita sea, y no es así. Yo puedo cocinar, o podemos comer de latas. De todas formas no va a ser más que un día o dos, pero me parecía que se sentiría incómoda con dos extraños.

-Yo no soy extraño. Tengo alguna duda sobre ti, muchacho, pero yo soy tan natural como las flores de mayo.

Jake dejó escapar un gruñido e ignoró los subsiguientes comentarios de Pete. El viejo no tenía mucho de qué reírse, estaba tan roto después de pasarse la vida de rodeo en rodeo que lo único que podía hacer era cocinar y cuidar de la casa.

Jake volvió a la casa por un camino que parecía una pista de patinaje cada vez que llovía. Empezaba a sentirse algo culpable de haberse ido y dejado sola a Priss, pero al volver y ver ropa tendida bajo la lluvia se puso furioso. ¿Por qué diablos había hecho ella algo así? Maldita sea, los vaqueros que estaban en la cuerda eran suyos, y también estaba su camisa favorita, colgada del cuello, deformándose.

Pisó el acelerador y las ruedas resbalaron sobre el barro del camino. Empezaba a cansarse de aquella situación. Podía haber encontrado un lugar donde Priss pudiera dormir sin necesidad de

llevada a su casa. En la ciudad había un buen puñado de mujeres a las que no les importaría hacerle un favor.

¿Qué diablos esperaba conseguir?, se preguntó, pero lo cierto era que sabía qué esperaba conseguir.

Con lo que no contaba era con encontrarse con un caso de honor. Nunca había presumido de ser un caballero, pero tampoco era lo bastante canalla como para aprovecharse de una mujer que era invitada bajo su propio techo, no cuando se había visto forzada a aceptar su hospitalidad por una cuestión de mala fortuna.

Cruzó corriendo el césped, y un rayo cruzó el cielo en aquellos mismos instantes, iluminando la ropa colgada. jake pudo veda de nuevo y... No, no era posible aquélla no podía ser...

Pero lo era, era su camisa negra de seda, también colgada por el cuello y un par de pantalones de tergal, de un traje a medida que se había hecho en Dallas. Le dio la impresión de que habían encogido cinco tallas.

Recordaba muy bien que había dejado toda aquella ropa sobre una silla, con la intención de llevarla a una lavandería de la ciudad en cuanto pudiera.

Pero aquella mujer la había destrozado por completo. Igual que había estropeado su sombrero.

Estaba furioso, muy furioso. Aunque no era por el valor de la ropa, una ropa que en realidad sólo se ponía cuando iba a Kentucky.

La gente de Kentucky era distinta, tenían lo que podría llamarse un código de vestir. En Texas o en Oklahoma, por el contrario, todo el mundo llevaba ropa de trabajo y nadie distinguía a un vaquero de un terrateniente o de un tratante.

Pero, maldita sea, aquella mujer no tenía derecho a invadir su intimidad metiendo las narices en su habitación, dejándola, sin duda, llena de su perfume.

La ira de Jake se mezclaba con la energía sexual que había ido creciendo en su interior desde que viera a Priss en la boutique de Faith Harper. Se sacudió el agua en el porche, se limpió las botas de barro y apretó con fuerza el picaporte antes de entrar.-Mujer, ¿que diablos te crees que haces? -murmuró antes incluso de entrar en la casa.

Entró, pero se detuvo en cuanto la vio en el umbral de la cocina.

Se había olvidado de ponerse la camisa que había dejado en el asiento de la camioneta, pero al ver dónde se dirigía la mirada de Priss, le dieron ganas de ocultarse detrás de la puerta y pedirle perdón.

-Jake –dijo Priss con voz vacilante.

Jake se preguntó si era por sus cicatrices o por otra razón Jake se fijó en sus senos y se dio cuenta de que estaba en la misma condición que él, aunque, pensándolo bien, era imposible para una mujer estar en la misma condición en que él estaba en aquellos momentos. No necesitaba una camisa, sino un delantal.

-Yo, hum, no sabía a qué hora querías la cena, pero tenía hambre, así que he hecho salchichas y tortitas. ¿Te parece bien?

Priss se retorcía como una gatita, pensaba Jake.

-Sí, supongo que hace tiempo que ha pasado la hora de cenar, pero con la tormenta y todo eso no me he dado cuenta.

Los ojos de Priss eran del color de la miel, del buen whisky, del agua brillando al sol, escurriéndose por un lecho de piedras. Y sonreía, medio esperanzada y medio temerosa, como si estuviera esperando su aprobación, pero sabiendo, en el fondo, que no la obtendría.

-Sí, me parece muy bien -añadió Jake, y su furia se evaporó como el aire de una rueda pinchada. Odiaba las tortitas, odiaba los waffles y odiaba todo lo que tuviera que comerse con sirope-. Me gustan mucho las salchichas con huevo.

-¿Con huevo?

-Sí, ya sabes, con huevo revuelto.

Priss se quedó pensativa, dudando, luego volvió a sonreír y fue como si el sol se abriera paso en el cielo nublado. Jake tuvo la desesperada sensación de que se encontraba en peor estado del que suponía.

-Será mejor que me lave y me cambie –dijo Jake, y Priss volvió a quedarse pensativa.

-Oh. Hum, no estoy segura, pero creo que no te quedan más camisas. En cuanto acabe la lavadora, las colgaré en la cocina para que se sequen. He intentado poner la secadora, pero no funcionaba. Ah, y me he puesto algo de ropa prestada, espero que no te importe.

Priss lo dijo tan apresuradamente que Jake pensó que o estaba nerviosa o tenía mucho frío, pero llevaba una de sus camisas de franela y unos calzoncillos largos de Pete, así que no podía ser por el frío.

La verdad era que aquellas prendas le sentaban muy bien. Jake se preguntó qué haría si le pedía la camisa, si la empujaba suavemente contra la pared, empezaba a desabrochársela poco a poco y se la quitaba...

Oh, Dios, algo no marchaba bien.

Jake se acercó al termostato y bajó la temperatura un par de grados.

-Si me lo hubieras preguntado, te habría dicho que la secadora

todavía no está conectada -dijo, y se dirigió a las escaleras con la intención de subir a lavarse.

Pr'iss lo siguió, sin parar de hablar. Si pensaba seguido hasta el baño, pensó Jake, tal como se sentía en aquellos momentos, podían olvidarse de la cena y pasar directamente al postre.

A medio camino, en la escalera, a Jake le sonaron las tripas, iba a disculparse pero se mordió la lengua. Diablos, se dijo, aquélla era su casa, si aquella mujer se molestaba porque le sonaban las tripas, pues que se molestara. Trabajar en un rancho despertaba el apetito.

Lo peor era qué él tenía que saciar dos clases de apetito.

-Así que por eso no pude ponerla en marcha -decía Priss-. Yo creía que era yo. Nunca he sido muy buena con... ya sabes, con esas cosas. Ah, y miré en el congelador, pero todo estaba congelado, claro. Así que he hecho lo que he encontrado en la nevera. Las salchichas, quiero decir. Sólo había un huevo, por eso he hecho tortitas. Hay que mezclar el huevo con la harina, ¿verdad?

Jake empezaba a dudar de todo.

-De todas formas, ya esta hecha la cena, así que cámbiate tranquilamente y voy sirviendo el vino. Aunque no lo he encontrado, no sé dónde lo guardas.

-<El vino?

Priss ya se dirigía a la cocina, pero giró la cabeza para mirar a Jake. Con el cabello suelto y la camisa cayéndole sobre los muslos, bastaba con mirarla para tener una noche de insomnio y sudores fríos.

Jake se aclaró la garganta.

-En esta casa el único vino que hay es el que Pete toma para la artritis en lugar de medicina. . -Ah, creo que ya lo he abierto, y lo he olido. -Lo has olido, claro -dijo Jake, sin dejar de observar a Priss detenidamente. Tenía mejor aspecto con los calzoncillos de Pete que en vaqueros.

-Bueno, baja al salón en cuanto te cambies –dijo Priss.

Jake tenía la sensación de ser un invitado en su propia casa. ¿Qué era aquello de bajar al salón? Hacía años que nadie utilizaba el salón en aquella casa.

Priss había quitado los deshechos que había sobre la mesa de roble, había puesto un mantel, que había encontrado por casualidad y había puesto la mesa con una vajilla de flores que probablemente no utilizaban nunca porque era demasiado fea.

También había puesto velas. Velas, vino, el salón arreglado... Jake estaba pensando si no debería irse a buscar a Pete y volver con él.

-No he podido-- encontrar una jarrita adecuada para el sirope -dijo Priss-, así que he utilizado esto.

«Esto» era un jarrón de porcelana que estaba sobre el borde de la chimenea y que Pete había ganado en un concurso. También era muy feo.

Priss estaba sirviendo el vino cuando Jake entró en el salón. No era un gran bebedor de vino, al contrario que Pete que juraba que su médico se lo recomendaba para añadir años a su vida.

-No sé qué hora es -dijo Priss-, me están reparando el reloj y no he visto ninguno por aquí, pero, SI quieres sentarte, traeré la cena.

Jake tampoco sabía qué hora era. A no ser que tuviera una cita de negocios, nunca se preocupaba de saber la hora. Su estómago le decía cuándo había llegado la hora de comer, lo demás no tenía tanta importancia. .

En aquel momento no sabía si era hora de cenar, de irse a la cama o de ahogar sus penas en cerveza.

La verdad era que estaba cada vez más incómodo, si hubiera sido un caballo, habría buscado piedras en las herraduras, astillas en la silla o cardos en el pasto. .

Pero no era un caballo y no sabía dónde buscar su mal. O en realidad no se atrevía, por temor a averiguar dónde estaba.

Priss sirvió lo que llamaba tortitas y no eran más que unas masas de harina pequeñas y algo quemadas.

Jake sonrió como pudo.

Luego llegaron las salchichas, quemadas por fuera y crudas por dentro, y chorreando grasa.

-¿Quieres kétchup? -preguntó Priss.

-Sí, por favor. Tú siéntate, voy a por él.

Pero, ¿qué se proponía? ¿Que se contagiara de la peste porcina con aquella carne de cerdo cruda?

Priss estaba sentada frente a él, con las manos cruzadas sobre el regazo y una mirada expectante.

Jake se levantó para ir a buscar el kétchup, que, en realidad, no. arreglaría nada, ni la comida, ni su estómago ni el orgullo de Priss.

-Nena, dime una cosa, ¿habías cocinado antes? Priss negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

-Rosalie no me deja entrar en la cocina. Es mi asistenta y mi mejor amiga, pero tiene más de ochenta años. Cuando empezó a trabajar para mi madre pasaba de los cincuenta. Le gusta pensar que no puedo arreglármelas sin ella, lo que es más bien cierto, aunque nunca he tenido la oportunidad de comprobarlo -dijo, acabando con pesar.

-Hum. .

Jake empezaba a conocer mejor a la señorita Priscilla Barrington y no le gustaba lo que veía, porque lo que estaba aprendiendo le

confundía.

Le parecía que estaba loca, pero lo peor era que siendo tan endiabladamente atractiva podía ocasionar un cortocircuito sólo con cruzar la habitación.

Jake tenía la sensación de que, además, tenía un gran corazón, lo que la hacía más atractiva todavía, y eso era muy peligroso.

En aquel momento, maldita sea, pensó Jake, se veía obligado a morirse de hambre o herir sus sentimientos.

Priss le ofreció la fuente y Jake se sirvió algunas de las tortas, tan finas como un billete de banco.

Su sabor no podía ser tan malo como su aspecto.

-Toma, sirope y mantequilla. En casa teníamos una cocinera que muchas veces nos hacía tortitas y salchichas para desayunar, y hacía un pastel de hojaldre con salchichas al que añadía compota de manzana y pasas. Me gustaría tener. la receta, pero ya nunca tomo carne de cerdo. Rosalie dice que tengo que cuidar la línea.

Jake abrió la boca para decir algo, pero guardó silencio. Lo que se le había ocurrido decir no era muy apropiado.

-¿Habrías preferido miel? A lo mejor querías miel con las tortitas, pero he abierto el bote y me ha parecido que tenía un poco de moho, así que creo que es mejor el sirope.

Jake estaba pensando cómo comer las tortitas.

Finalmente decidió untarlas de mantequilla y espolvorearlas de canela y azúcar. Luego se llevó una a la boca y trató de masticar.

-Bueno -dijo después de tragar el primer bocado-, creo que voy a ponerles sirope.

Priss le dio el tarro de sirope y el plato de salchichas, y las cosas empezaron a ponerse realmente difíciles. A Jake no le importaba sufrir una indigestión por una buena causa, pero comer carne de cerdo cruda era otra cuestión. Aún más, tampoco podía dejar que Priss la comiera.

-Priss -dijo-. Nena, ¿has oído alguna vez lo peligroso que es comer carne de cerdo poco hecha? . .

Priss lo miró con los ojos como platos. Luego miró el trozo de salchicha que iba a morder, requemado por el exterior y crudo por dentro.

-Están crudas, ¿verdad? -susurró-. No sabía cuánto tiempo tenían que estar en el fuego, pero por fuera parecían hechas. Yo creía que las cosas se hacían de dentro hacia fuera.

-Eso es en el microondas, pero a Pete no le gustan los microondas. Dice que le roban a un hombre su... bueno, el caso es que por eso no tenemos Pete es así -dijo jake, y se dio cuenta de que estaba

parloteando igual que Priss cuando se ponía nerviosa

_Te he hablado de él, ¿no? Es el tipo que trabaja conmigo.

Priss no estaba interesada en Peter J. Moss, ni en nadie más Se acordaba de la barbacoa que hizo el año anterior para celebrar su cumpleaños, cuando le dio a los bomberos casi cincuenta kilos de carne de barbacoa, carne de cerdo.

No sabía si el joven bombero que no la dejaba entrar en su casa era uno de los que acabaron en el hospital por intoxicación. Tal vez, al no dejarla entrar en el piso, se había cobrado una justa y esperada venganza.

-Priss, nena, no te preocupes -dijo Jake con gestó de preocupación y levantándose para acercarse al lado de Priss-. ¿Estás bien? ..

Priss parpadeó para no dejar escapar ninguna lágrima y suspiró, aspirando una mezcla de olores a caballo, hombre y jabón. Se estremeció, pero no de frío. Incapaz de resistirlo giró la cabeza para mirar el cuerpo del hombre que le ofrecía consuelo. Apoyó la barbilla en la ancha, hebilla del cinturón de cuero de Jake.

-Bueno, encanto, ¿qué te parece si abro una lata de salchichas de Frankfurt, las freímos y nos las tomamos con tortitas y sirope. Incluso puedo hacer café, Pete siempre compra uno muy bueno, que sabe como chocolate mexicano.

Agarró su barbilla, que estaba a punto de volverle loco, y la separó de Su estómago, para poder mirar en aquellos ojos de color miel. Le acarició la nariz, cubierta de pecas y que le recordaba a alguna de aquellas constelaciones cuyos nombres no podía recordar: Orión, Centauro, Vidalia, o algo así.

-No te preocupes, nena. Lo Único que ha pasado es que no estás acostumbrada a cocinar, eso es todo.

Demonios, le podría pasar a cualquiera.

Priss suspiró, se echó para a atrás y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Se sentía mucho mejor.

-Hum...Jake, espero que no compraras ese cinturón pensando que la hebilla era de oro.

No lo había hecho. El cinturón era un trofeo.

Había ganado trofeos más valiosos, pero su ex mujer se había marchado con todo lo que tenía algún valor, Incluyendo sus trofeos al mejor jinete a caballo y a la doma de toros y todo lo que pudiera vender en alguna tienda de objetos de segunda mano.

-Porque, sin querer, lo he tocado con la lengua -dijo Priss-. Me parece que eso suena horrible, ¿no?

Su voz denotaba, todavía, cierto desconsuelo, pero ésa era la menor de las preocupaciones de Jake. No dejaba de tratar de no

pensar en lo que estaba pensando, y ella, mientras tanto, lamiendo la hebilla de su cinturón.

-Pero es muy bonito -dijo Priss-. El bronce es un metal muy bonito, sólo que no sabe bien. El oro no sabe a nada, pero el bronce sabe... -":Priscilla.

-Un poco salado y amargo.

-Priscilla –dijo Jake retrocediendo. Ojalá llevara el sombrero en aquellos momentos, pensó, porque necesitaba ajustarse algo y no podía , yustarse lo que en realidad necesitaba ,yustarse con Priss allí delante.

Si hubiera tenido un sombrero, podría haber bajado el ala lo suficiente como para que ella no pudiera ver sus ojos y adivinar lo que estaba pensando.

Estaba pensando en lo que sería pasar los próximos años explorando todas las maneras posibles en que un hombre y una mujer podían obtener placer el uno del otro, y luego inventando otras.

Además, más le valdría mantener la atención de Priss por encima de su cinturón. .

¿Años? ¿Estaba pensando en años? No, quería decir un fin de semana. Tal vez una semana entera, pero no más Jake se recordó que en lo que a mujeres se refería su interés nunca duraba mucho tiempo.

-Te gustaría... hum... jugar al póker? -dijo Jake.

Cualquier cosa valía con tal de interrumpir el curso que seguían sus pensamientos.

-Al póker? Pues... tal vez, pero antes será mejor que lave los platos. .

-Yo te ayudo -dijo Jake, y era una indicación de lo bajo que había caído.

Juntos lograron tirar la sal, romper un plato y mojarse. Jake, se notaba, estaba acostumbrado a hacer cosas en la cocina, Priss tenía tanta experiencia lavando los platos como cocinando.

-Qué bien huele tu pelo -dijo Jake, dándole un plato-. Me imagino que irás a muchas fiestas.

-Y eso?

Jake se encogió de hombros.

-Bailes, actos sociales, ya sabes, sitios donde la gente va a beber y conocerse.

Terminaron de fregar y secar los platos y los vasos y Priss buscó, con cierta ansiedad, algo más que hacer. Jake estaba pegado a ella y podía sentir la calidez de su cuerpo, oler su ropa, escuchar su aliento.

-Sí. Bueno, la verdades que no salgo mucho, podría si quisiera, pero...

Dio media vuelta, presa del pánico, y lo miró a los ojos.

-Priss -dijo .Jake, con voz profunda pero vacilante.

-Es muy tarde.

Jake se fijó en aquellos ojos marrones y cálidos y en aquella boca, una boca que rogaba ser besada. Se inclinó hacia delante, pero Priss retrocedió.

Jake se quedó como un poste, deseando tanto a Priss que casi sentía dolor.

-Buenas noches -dijo Priss saliendo de la cocina, su voz sonó dos octavas más aguda de su tono normal.

-Buenas noches. Gracias por la cena.

Antes del amanecer otra tormenta se avecinó desde el suroeste, trayendo más truenos, "rayos y más lluvia. Un trueno particularmente fuerte logró que Priss se sentara sobre la cama con sobresalto y desorientada, sabiendo que no estaba 'en su casa pero era incapaz, en los primeros momentos, de saber dónde estaba.

Cuando se dio cuenta, le resultó imposible volver a dormirse. Finalmente, b_ó a la planta baja y se dirigió al salón, sentándose en un sofá marrón que parecía más viejo que la propia casa, aunque no estaba muy estropeado.

Agarró un cojín y lo puso sobre su pecho, para protegerse del frío de la mañana, luego metió los pies debajo de otro. Allí, la-tormenta no se oía tanto, y al cabo de un rato se quedó dormida.

Un poco más tarde, Jake, que bajaba desperezándose todavía, la encontró.

Se quedó de pie asu lado, mirándola durante largo rato. Estaba echada de costado, con una rodilla doblada, lo que acentuaba el relieve de sus caderas y la delgadez de su cintura. Apoyaba la mejilla en una mano y tenía, así, un aspecto irresistible. Su cabello, aquél cabello del color del heno que olía también y que le tentaba tanto como su cuerpo, caía suelto sobre su cuello y su pecho Jake tuvo que hacer grandes esfuerzos por contener el impulso de recogerlo y...

Bueno, ¿qué podía hacer?

Retrocedió al recibidor de puntillas, buscó una colcha de un armario y fue a taparla, teniendo cuidado de no tocarla. Se quedó mirándola unos instantes y fue a la cocina.

Desayunó y se marchó a la cerca de entrenamiento.

Capítulo 4

-Mientras Priss dormía, Jake siguió trabajando con el potro con el que estuvo la noche anterior.

El caballo, un semental, había estado a punto de matar a un hombre en Nocona, pero Jake lo compró con la intención de domarlo y venderlo a la primavera siguiente en la feria de Dallas. Ya había pasado un año desde que lo comprara y en ese tiempo había llegado a conocerlo bien, de modo que pensó que se q!1edaría con él más tiempo del previsto.

En cuanto a Priss, no sabía qué pensar de ella. En cuanto hacía un movimiento de aproximación, ella retrocedía. El deseo, pensaba él, era .algo muy sencillo, era fácil comprenderlo, era fácil tratar con él.

Jake tenía una larga historia con las mujeres. Incluía, en la época en que era un muchacho tratando de ganarse una reputación de hombre indomable, cierto número de episodios en los asientos traseros de los coches y en la orilla de algunos ríos.

Pero, en realidad, su reputación no era asunto suyo. En primer lugar, se debía a su madre, Jaylene Spencer, hija del gerente de un supermercado en un pequeño pueblo de Arkansas. Su madre, a la que Jake tampoco había conocido, era profesora de una escuela dominical. Jaylene siempre fue muy lista y después de graduarse en el instituto, fue a Dallas a vivir con una prima y buscar trabajo.

En su primer día en el salón de belleza El Rancho, donde consiguió empleo como recepcionista, conoció a Rex Baker, un apuesto y duro magnate del petróleo de New Hope, que siempre se cortaba el pelo en El Rancho. Los rumores decían que Rex, en aquellos tiempos, era un auténtico conquistador.

De cualquier modo, después de' menos de una semana de salir juntos, Jaylene olvidó todos los consejos de su madre acerca de no silbar en público, llevar siempre falda y no acostarse con un hombre hasta no tener firmado el certificado de matrimonio.

Cuando a Jaylene empezaron a darle mareos al oler laca para el cabello, fue al médico, y supo que estaba embarazada. De modo que dejó el empleo, sobre todo porque no podía soportar el olor de la laca y se fue a vivir a New Hope, esperando, ingenuamente, que Rex Baker se casara con ella, a pesar de que no habían salido más de media docena de veces.

Fue hasta su casa y le comunicó su presencia, pero el portero .tenía instrucciones de no admitir., a nadie que no estuviera previamente invitado.

-Bueno, si él no sabe que estoy aquí, no puede invitarme, ¿verdad?

El portero no aceptó aquel argumento.

Finalmente, se acercó al millonario cuando éste estaba a punto. de subir a su limusina y se dirigió a él en el aparcamiento, con el chofer como testigo.

Baker fingió no acordarse de ella, y a ella se le rompió el corazón, cuando le dijo que no pasaba una semana sin que alguna mujerzuela tratara de aprovecharse de él. Mientras ella seguía allí, perpleja y deshecha, él sacó la cartera y le ofreció doscientos dólares diciéndole que ya sabía lo que tenía que hacer, y que si volvía a molestarlo haría que la arrestaran por acoso.

Jake supo toda la historia la semana anterior a la muerte de su madre. Bajo la influencia de los calmantes, su madre había hablado mucho y Jake nunca supo dónde separar la verdad de las alucinaciones de una mujer moribunda.

Después, sobre todo de boca de Big Earline, averiguó que su madre había vuelto 'a Arkansas para

tener a su hijo, pero sus padres la habían rechazado. Volvió entonces a New Hope, rogando a Dios que Rex hubiera cambiado de opinión, pero eso nunca sucedió. Embarazada de cuatro meses, había encontrado trabajo de camarera en el restaurante de Earline, que luego se convirtió en el Uttle Joe's Café.

Le dijo a Big Earline que estaba embarazada pero que no le importaba el trabajo duro, más bien lo agradecía, porque le impedía pensar en sus problemas, de modo que Earline la contrató y ella trabajóhasta el día mismo en que dio a luz.

No, su madre no había tenido una vida fácil. A Jake le dolía admitir que cuando era adolescente se avergonzaba de vivir en una caravana con su madre, en Shacktown, y de que ella pasara muchas noches fuera de casa.

Si tenía algún reproche que hacerse era que no había madurado a tiempo de hacer más por su madre. Ni siquiera le había dicho que la quería. Hasta que murió no se dio cuenta de que había sacrificado su vida por él. Nunca le levantaba la voz cuando se metía en alguna reyerta, tratando de probar su valor ante la ciudad entera, que no daba un céntimo por un bastardo de Shacktown.

Su madre, que le dio a luz con tan sólo dieciocho años, era muy guapa, como Jake vio en viejas fotografías. Tenía el pelo castaño rojizo con un mechón de canas que le nacían en la frente y una sonrisa que él jamás olvidaría. Jake sabía bien que podría haberse' casado, pero ningún hombre quería cargar con un muchacho con tendencia a meterse en problemas.

Cuando tenía doce años, Jake empezó a ayudar en casa, entre pelea y pelea y cuando no tenía que trabajar; porque a partir de los

doce buscaba toda clase de trabajos. Siempre había sido mayor para su edad, sin temor a aceptar cualquier tarea por un puñado de dólares. Mirando hacia atrás, le parecía un milagro que no se hubiera visto comprometido en problemas realmente serios, porque para un muchacho temerario siempre había dinero fácil, aunque a riesgo de la cárcel.

Gracias a Dios, nunca había cruzado la línea. Si le hubiera pasado algo, su madre lo habría pasado muy mal, porque, además, tenía la salud muy frágil después de años de trabajar diez horas diarias para mantenerlos. '

Sólo cuando ingresaron a su madre en el hospital, conoció Jake a su padre cara a cara. Jaylene llevaba enferma más de una semana antes de ingresarla, y decía que, sólo se sentía mal porque había comido algo en mal estado. Jake la cuidó aquellos días, hasta que, presa del temor, llamó a Earline. Llamaron a una ambulancia y se llevaron a Jaylene al hospital.

Después de esperar casi seis horas para que la viera un médico, la ingresaron en el ala reservada para casos de caridad, donde encontró a muchos amigos, tosiendo y gruñendo, escupiendo y sin dejar de quejarse. Luego, tragándose su orgullo, Jake fue a ver a Rex Baker, benefactor de la parte del hospital conocida como Ala Baker.

Jaylene nunca le había dicho a nadie quién era el padre de su hijo, pero guardar un secreto en un pueblo como New Hope era casi imposible. La señoritas Agnes, Minny y Ethel podían averiguar lo que se propusieran y lo que averiguaban sólo tardaba unas horas en ser conocido por el resto de la ciudad, de modo que Jake creció sabiendo aquel secreto cuando entró en la fábrica no dio su nombre, pero Baker, al oír el tumulto que se organizó, no tardó en presentarse. Jake le dijo que una vieja amiga suya llamada Jaylene Spencer llevaba seis horas esperando que la viera un médico y le exigió que fuera al hospital para solucionar el problema y la ingresara en una habitación individual.

Sin embargo, tuvo que ser Jake quien se hiciera cargo de todo: empeñó alguna de sus pertenencias y llenó de flores la habitación de su madre, para que todo el mundo supiera que Jaylene Spencer era alguien especial.

Cuando el médico le dijo que no se podía hacer nada excepto hacerle lo más agradable posible sus últimos días, Jake lloró como nunca había llorado hasta entonCes. Luego, cuando aprendió-a ponerle las inyecciones que necesitaba, sacó a su madre del hospital, la llevó a casa y permaneció con ella día y noche hasta que murió mientras dormía. .

Tras su muerte, vendió todos los muebles que tenían en la caravana, sabiendo que no volvería a necesitados. El día después de enterrada en el cementerio de Shady Grove, salió de la ciudad y condujo sin rumbo f_o, sin más objetivo que alejarse lo más posible de New Hope.

En aquellos momentos, sentado en la cerca del corral de entrenamiento, Jake se frotó la pierna izquierda, que siempre le dolía cuando se acercaba tormenta. En su vida de los rodeos se había roto muchos huesos y tenía cicatrices por caídas, coces y revo1cones. En una ocasión estuvo a punto de perder un riñón, cuando un enorme toro Brahma la tomó con él y le metió un cuerno entre el vientre' y el cinturón, lo levantó en el aire y lo sacudió como si fuera un plumero.

El día después de conseguir su primer trofeo se casó. Tammi era la mujer más atractiva en la que había puesto los ojos y parecía tener debilidad por los vaqueros. Se había acostado con ella la primera vez que salieron, lo que debería haberle dado una pista de cómo era realmente. Pero vivía demasiado deprisa y en aquellos días era difícil aprender lecciones porque su única intención era olvidar New Hope., Tammi vivió con él diez meses antes de marcharse, llevándose todo y dejándole un montón de facturas sin pagar, cuando todavía no había pagado las deudas que había dejado en New Hope. En aquellos días, estaba en un hospital, con las dos piernas rotas, como resultado de haber montado un caballo que nunca debió montar.

En cuanto pudo pagó las deudas de New Hope y se hizo cargo del resto. A lo largo del camino, fue aprendiendo algunas lecciones básicas de supervivencia. Lo primero que hizo fue dejar los rodeos y trabajar como vaquero, un trabajo más duro pero menos peligroso. Tampoco ganaba tanto dinero, pero lo que ganaba lo ganaba regularmente.

Finalmente pagó la última de 'las facturas del hospital y se vio inmerso en el negocio del ganado, en el que, para su sorpresa, las cosas empezaron a ir bien desde el principio. "

A pesar de los altibajos, un objetivo le hacía seguir adelante: ser más rico y poderoso que el hombre que había negado reconocerlo como hijo.

Luego había aprendido otra lección también muy valiosa: 'nunca había que atarse demasiado a las posesiones materiales. Cualquier cosa que un hombre pudiera poseer podía perderla en el momento menos pensado, y muy deprisa. Aquélla era una de las razones por las que Jake nunca se había molestado en arreglar su casa después de que su ex mujer desapareciera, la otra era que los establos le parecían más importantes. Todo su dinero lo empleaba en mejorar el negocio.

Sin embargo... se dijo viendo pasar otro grupo de nubes, una mano de pintura no le haría daño a nadie. y tal vez enmoquetar la casa, añadir algunos muebles... y un microondas, pensó sonriendo, recordando a la mujer que había dejado durmiendo en el sofá.

Se preguntaba si ella tenía idea de que estaba disfrutando de la hospitalidad de un hijo bastardo. Pero el mundo había dado muchas vueltas desde que nació. Una pequeñez como la ilegitimidad ya no tenía mucha importancia, ni siquiera en un pueblo como New Hope.

Sonrió y saltó de la cerca. Le parecía que había llegado la hora de volver y despertar a su huésped.

Luego tendría que ir a ver a Petemoss para instalar la nueva secadora antes de que aquella mujer se propusiera hacerlo ella misma.

Lo primero que Jake notó al cruzar la puerta fue que la casa olía de un modo distinto. Podría haber sido cualquier casa del mundo y él podría ir con los ojos cerrados, y aun así sabría que en ella había una mujer.

No era el perfume, aunque lo conocía desde que se tropezara con ella en la tienda. Era algo más.

-Priss -dijo y sonrió, porque era la primera vez que se daba cuenta de que su salón tenía eco.

Oyó pisadas y miró hacia las escaleras. De alguna manera, Priss se había apañado para secar su ropa y la llevaba puesta. .

Tengo que ir al pueblo -dijo Priss.

-¿Ahora?

-Ahora.

Cargada con su bolso y su colección de paquetes, iba a además maquillada y con el mismo peinado que lucía en la boutique infantil. Cuando se detuvo a tres pasos de él, Jake se tomó el tiempo necesario para admirar sus ojos, rodeados de sombra azul y el color rosa metálico de su lápiz de labios.

Aspiró profundamente, disfrutando de su suave olor a perfume, jabón y algo más que no sabía cómo definir.

-¿Te dije que se me olvidó traer mi secador? -dijo Priss-. Pensé que tú tendrías, pero he estado buscando y no he encontrado ninguno. Oh, y a propósito, casi no te queda desodorante.

Jake parpadeó.

-Me alegro de que te hayas dado cuenta. Supongo que será mejor que vaya a comprar más.

-No tienes por qué cambiar los planes por mí, puedes dejarme en mi casa y volverte.

-¿Ya puedes volver a tu casa?

Priss apartó la mirada, no podía mentir.

-Pues no sé por qué no me van a dejar, supongo que todo estará arreglado. Ah, he llamado al taller, me han dicho que ayer recogieron mi coche.

-Ya te dije que irían a por él -dijo Jake escuetamente, incómodo al pensar que ella podía volver a su casa aquel mismo día.

Sí, bueno, pero me han dicho que repararlo llevará una semana.

-Bueno, si te quedas aquí, puedo encontrarte un coche.

Priss irguió la barbilla. Tenía una barbilla pequeña y preciosa, según le parecía a Jake, con un pequeño hoyo.

-No, gracias -dijo Priss, con terquedad. Pero a Jake no le molestó, le pareció divertida, casi todo lo que hacía Priss empezaba a parecerle divertido, conmovedor e irritante por no decir excitante.

Lo mejor para él habría sido seguir observándola a distancia, dejando que su imaginación se desbocara de vez en cuando, pero sin perder de vista sus asuntos. En aquellos momentos, tenía la ligera sospecha de que a partir de entonces las cosas no iban a ser tan sencillas.

Jake alcanzó el cofre de madera que Priss había dejado sobre un banco del vestíbulo al mismo tiempo que ella. Chocaron y Priss retrocedió, con la misma actitud que si hubiera tocado una plancha encendida.

¿Qué podía hacer, se preguntó, si él la estrechaba entre sus brazos y la besaba, que era lo que había deseado desde que se tropezara con él en la tienda?

Gritar, probablemente. Gritar y echar a correr.

-Lo siento -dijo Jake, tratando de ocultar su frustración. En las últimas veinticuatro horas se había sentido muy frustrado.

-Es culpa mía. Siempre he sido muy torpe.

-Nena, afronta la realidad, no eres más torpe que yo, lo que pasa es que entre nosotros saltan chispas -dijo Jake. La expresión de Priss le decía que sabía muy bien a qué se refería, aunque no se atreviera a admitirlo.

Pero Priss le sorprendió con su réplica.

-Quieres decir que tú también lo sientes? Es una locura, ¿no te parece? Quiero decir, ni siquiera nos caemos bien -dijo sinceramente.

Jake cerró los ojos. ¿Esperaba ella que él lo negara? No era que ella no le cayera bien, sólo que la deseaba tanto que en su mente apenas quedaba sitio para nada más.

-No te sientas mal por eso -dijo Priss, con una pequeña y vacilante sonrisa-. No es culpa tuya. Yo nunca he sabido cómo ganarme a la gente.

Lo único que Jake podía hacer era mirarla a los ojos. Priss parecía

sincera, yeso le daba ganas de meter en su cabeza algo de sentido común.

-Vámonos, si es que nos vamos -murmuró-. Tengo que volver a tiempo de dar de comer a los animales.

Ya en la carPetera, ninguno de los dos habló mucho. Jake I1egó a la conclusión de que Priss era una mujer insegura, lo que le sorprendía, porque no imaginaba qué razones tenía para serlo. Era rica, hija legítima y muy guapa.

Al principio le pareció una mujer detestable y algo chiflada, a pesar de ser la mujer más atractiva que había visto en su vida, pero ya no estaba tan seguro.

Priss, por su parte, no sabía que temía más, si ver su casa destrozada por el humo y el agua ó pasar un minuto más en compañía de un hombre que la tenía tan obnubilada que no podía pasar un minuto en su compañía sin decir alguna estupidez. Le había dicho la verdad, excepto con los niños del hospital, Rosalie, Faith y Sue Ellen, nunca había sabido ganarse a la gente, y menos si eran hombres. Pero con Jake, no sabía qué hacer. Cuanto más intentaba causar una buena impresión en él, más melosa se ponía.

Priss sabía que no era estúpida. Se había graduado en la universidad con un diploma en Bel1as Artes, que no parecía tener mucho valor en una sociedad dominada por el mercado, pero no era estúpida.

El problema era que siempre que se ponía nerviosa, su lengua actuaba más deprisa que su cerebro.

En cuanto veía aproximarse a Jake Spencer con el sombrero calado y aquel cinturón de enorme hebilla, que concentraba su atención donde no debía, y empezaba a 'hablar como una cotorra.

Con el cofrecillo de su madre entre las manos decidió llamar a Rosalie y decide que era al piso.

Necesitaba .hablar con el1a urgentemente, y no por el desastroso estado en que se encontraba su apartamento.

Toda su vida, había sido Rosalie la que había enyugado sus lágrimas, aliviado sus penas y, cuando fue necesario, la había sacado de algunos problemas.

Cuando empezó a salir con chicos, no muchas veces, fue Rosalie quien le dijo que la mayor parte de los hombres eran como ardillas perezosas que no pPetendían nada bueno y que una mujer debía tener cuidado para que no la sedujeran con sus brillantes palabras y se aprovechasen de ella, lo único que les interesaba.

Sin duda, pensaba tristemente, aquellos consejos y las advertencias de su padre eran la causa de que para tener un hijo sólo se le hubiera

ocurrido ir a un banco de esperma.

Esa era otra cosa que iba a hacer en cuanto estuviera viviendo otra vez en su apartamento, averiguarlas horas libres de la señorita Agnes en el banco de esperma y terminar lo que había empezado. Y aquélla vez no dejaría que nadie la convenciera de lo Contrario.

Capítulo 5

-No lo olvides -dijo Priss minutos después al llegar al aparcamiento de Willow Creek Arms-, he lavado toda la ropa, pero sigue tendida, así que, si no encuentras algo, ya sabes dónde mirar.

Jake no dijo nada.

-No tienes por qué darme las gracias. No ha sido ningún problema, quiero decir que no iba a meter en la lavadora sólo mi ropa, lo malo ha sido que no pudiera poner la secadora así que tuve que tender la ropa fuera, aunque estaba lloviendo. Mi ropa la he secado en el horno, porque no iba a venir aquí con tu camisa y tus calzoncillos largos...

-Los calzoncillos no son míos, son de Petemoss.

-¿Qué? -dijo Priss, sobresaltándose hasta tal punto que el cinturón de seguridad le hizo daño en el cuello-. De todas formas, sabía muy bien que no podía secar tu camisa de seda en el horno. La seda es muy delicada, aunque sea seda lavada.

Jake permaneció en silencio, no sabía qué diablos era la seda lavada, lo que sí sabía era que en la etiqueta de su camisa ponía «lavar en seco».

Priss se apresuró a llenar el silencio.

-Yo lavo mi ropa interior, pero Rosalie insiste en lavar todo lo demás. Sé poner la lavadora. No tiene ningún misterio, sólo hay que meter la ropa, poner el jabón y apretar el botón, ¿no? Y cuando termina, sacas la Topa y la metes en la secadora. Como he dicho...

Jake tenía el mismo aspecto que si le doliera el estómago. Priss le dio un ligero codazo para llamar su atención.

-Jake, ¿te pasa algo?

-Cariño, ¿te acuerdas de lo que tu amiga y tú estabais hablando ayer en la tienda de niños antes de que tropezaras conmigo?

¿«Ayer»? ¿Cómo iba a recordar lo que pasó el día anterior cuando la estaba llamando cariño? Eddie la llamaba' «nenita», llamaba así a todas las mujeres entre catorce y cuarenta y cinco años. Pero «cariño» era otra cosa. La habían llamado «nena» Y «bonita» muchas veces, era una forma de llamar a las mujeres muy común en New Hope y no significaba nada.

Pero «cariño», dicha con aquella' suave voz de barítono, la estremecía.

-Qué... qué tengo que recordar?,

-Decías que quieres tener un niño.

Priss volvió a hacerse daño con el cinturón.

-Era una conversación privada dijo secamente.

-En un lugar público. Pero, nena, la señorita Agnes tiene razón, puede que no estés preparada para tener un hijo.

Jake vio a Priss tan dolida que pensó en retirar sus palabras, pero, maldita sea, aquélla era la verdad.

Era una inútil. Bonita como un cromo, pero completamente inútil.

-Mira, no te lo tomes a' mal, pero puede que antes de pensar en tener hijos tengas que buscar un marido.

Por lo menos, un marido se aseguraría de que no metiese al niño en la secadora después de bañarlo.

Que una mujer de su edad pudiera ser tan inepta no dejaba de asombrarlo. Con la edad de Priss, su madre tenía un empleo de diez horas diarias, cultivaba una huerta y educaba a un niño que era cualquier cosa menos fácil.

-Eso es una grosería. Sólo porque no haya secado tu ropa...

-Nena, sólo quiero hacerte un favor. Esa Rosalie tuya, ¿no crees que puede que no le haga gracia, a su edad, hacerse cargo de un bebé?

-¿No crees que yo puedo cuidar de él? Tú te crees que porque tengo una asistenta, que porque mis padres me mandaron a un colegio del este, que por eso no sirvo para nada y soy inútil y... -dijo Priss, y se le quebró la voz-. Tú crees que porque...

-Cálmate, nena. No es por las salchichas, y yo nunca he dicho que seas inútil. Lo único que he dicho es que...

-No digas nada. Crees que si me estuviera muriendo de sed ni siquiera sería capaz de servirme un vaso de agua. Eres igual que los demás, crees que porque mi padre tenía dinero, que porque siempre he tenido a Rosalie, no puedo hacer nada por mí misma. .

-Yo no creo tal cosa, ni he dicho que...

-Bueno, deja que te diga algo. Ya no tengo dinero, tengo que cuidar mis gastos como todo el mundo, estoy estudiando, y...

-¿Y cómo es que puedes gastar doscientos setenta dólares, multiplicado por no sé cuánto, sólo por un capricho?

-No era un capricho, era mi regalo de cumpleaños. Ahorré mucho para hacerlo, y no es asunto tuyo. ¿De qué estábamos hablando?

Con una sonrisa vacilante, Jake le dijo:

-Dinero, niños y Rosalie.

-Sí, bueno, ¿cómo crees que ese sentiría Rosalie si yo me pusiera a hacer su trabajo? Sería ella la que se sentiría como una inútil, ,y deja que te diga una cosa, no hay nada peor que sentirse inútil!

Su indignación habría tenido gracia si su mirada no fuera tan triste.

Entrando en el aparcamiento de Willow Creek

Jake trató de ignorar aquella mirada, aquellos ojos marrones tan atractivos.

Aparcó, apagó el motor y se giró para mirarla.

Le agarró ambas manos, tratando de ignorar el contraste entre las suyas, callosas, y las de Priss, suaves y delicadas.

-Ahora, escúchame, creo que lo mejor que puedes hacer es tranquilizarte.

-Me quedo en mi casa.

-Muy bien, pero por si acaso creo que... .

-Es mi casa, soy yo la que pago el alquiler. Si quiero quedarme, nadie me lo va a impedir.

Jake no sabía si Priss creía lo que decía o sólo estaba tratando de reunir el valor suficiente para atacar el fuerte. En aquel momento, no podría negar que era hija de su padre, a pesar de que no conoció a H. T. Barrington.

Pero conocía bien a aquel tipo de hombres, tenía que tratar con ellos continuamente, comprando o vendiendo sus caballos. Algunos de ellos eran buena gente, otros no valían nada, pero él se ocupaba de sus caballos porque se le daba bien y porque con las comisiones sacaba mucho más dinero del que obtenía como vaquero o en los rodeos.

Y con cada venta se acercaba un poco más a su objetivo.

Priss abrió la puerta y salió antes de que Jake pudiera detenerla. Jake, moviéndose torpemente, por el tiempo húmedo y porque aquel maldito caballo había vuelto a tirarle al suelo aquella mañana, se b,yó Y la alcanzó justo cuando un bombero se acercó a ellos. .

-Señorita Barrington, todavía no puede entrar.

Lo siento mucho, pero el jefe de bomberos me Cortaría la cabeza si la dejo pasar.

Priss señaló un piso, en la segunda planta.,A través de la puerta corredera de cristal, en el interior, había un hombre subido a una escalera.

-¿Y ese hombre que está hurgando en mi casa?

¿Cómo se atreve a decirme que no puedo subir cuando hay un hombre en mi casa?

Jake mantenía la calma y estaba alerta, para agarrar a Priss del brazo por si se le ocurría salir corriendo.

-Vamos, nena, sé razonable.

-¿Razonable? ¿Un hombre que ni siquiera conozco está en mi piso cuando yo no puedo entrar y tengo que ser razonable?

-Nena, tienes que entender...

-Se les ha permitido pasar, señorita Barrington

-dijo el bombero con nerviosismo.

-Me da igual. Quiero que salgan de mi casa, y quiero que... que...

Jake decidió que era hora de intervenir y se dirigió al bombero.

-Bueno, ¿por qué no le explica a la señora lo que está pasando,

amigo? .

Jake se acercó y le rodeó a Priss la cintura, para contenerla si se enfurecía. Le metió el pulgar bajo el cinturón. En ocasiones como aquélla era necesario tirar de las riendas.

El bombero empezó a dar explicaciones como un pavo tratando de huir de un coyote. Tenía más que decir de lo que Jake quería escuchar, no dejaba de dar explicaciones acerca de las goteras, techos, reparaciones y grietas llenas de agua que había que secar y rellenar y paredes que había que derribar para dar salida a los escombros.

Cuando empezó a explicarles el problema de las cañerías, Jake dejó de escuchar. Priss miraba al suelo, pero apretaba los dientes, como si estuviera dispuesta a lanzar cualquier improperio. Pero Jake no sabía si estaba a punto de explotar o de echarse a llorar y no sabía qué hacer. Lo único que sabía era que el infierno estaba a punto de echarse sobre ellos si no se daba prisa en enfriar las cosas.

-Supongo que podemos descargarlo de cualquier responsabilidad, amigo -dijo con amabilidad-. Tiene mi palabra de que no queremos causar ningún problema, pero la señora necesita algunos objetos personales y yo estoy aquí para que los consiga.

Cualquier protesta que el hombre estuviera a punto de hacer, murió en su boca al mirar a los ojos a Jake.

-Bueno... está bien, pero tienen que ponerse casco -dijo de mala gana.

-Muy bien, dénoslos -dijo Jake quitándose su Stetson, y volvió a la camioneta para dejarlo sobre el asiento, con mucho cuidado. .

Se puso el casco y miró a Priss, que todavía no se había puesto el suyo.

-Me parece que tu pelo se va a aplastar un poco -dijo.

A Pris aquel comentario le pareció el colmo, y se puso el casco sin preocuparse por el resultado.

-Vamos, no tengo todo el día.

Pasaron más de dos horas antes de ponerse en camino de vuelta. El espacio que había detrás del asiento estaba repleto con, bolsas, maletas y media docena de acuarelas, que Priss había insistido en llevar a una tienda para que repararan los marcos.

Mientras Priss estaba en la marquetería, Jake esperó, tamborileando con los dedos en el volante, preguntándose cuándo había empezado a derretírsele el cerebro

También fueron a un restaurador de muebles para arreglar una mecedora, y él se encargó de llevarla, a pesar de que Priss no dejó de insistir en que ella podía hacerlo.

Priss llamó a su agente de seguros y discutió el alcance de los

daños causados por el agua en los muebles, las paredes y las moquetas. A propósito de aquella llamada, Jake quiso compartir con ella su f1losofía de que era mejor no poseer demasiadas cosas. .

-Nunca he tenido mucho interés en los buenos muebles y esa clase de cosas. Mira, tal como yo lo veo, no tiene mucho sentido cargarse con muchas cosas que no son esenciales. Todo lo que se puede llegar a poseer se puede perder con facilidad, así que, si no tienes demasiado, no puedes perder demasiado.

Si Priss apreciaba sus sabias palabras, no se lo dijo.

Jake se encogió de hombros.

Bueno, no quiero parecer poco hospitalario, pero ¿crees que vas a estar en mi casa el tiempo suficiente para llegar a usar tres maletas de ropa?

-También llevo la ropa de Rosalie. Pero si no quieres que me quede, sólo tienes que decírmelo y me iré al hotel.

Otra vez aquella actitud tajante, debida" probablemente, a su educación. Iba y venía, dependiendo de lo cómoda que se sintiera.

-Estoy segura de que habrá habitaciones libres.

-¿Estás segura? ¿Sabes qué día es hoy?

Priss parpadeó, y una vez más, Jake se dio cuenta de que aquellos maravillosos ojos marrones, se ensombrecían, perdiendo todo su encanto.

-¿Viernes?

-Sí, pero ¿qué fecha?

-Viernes... ¿dos de julio?

-Lo que quiere decir que mañana es tres y el domingo...

-¡Sé contar, por amor de Dios!

-De acuerdo, entonces, ¿qué pasa todos los cuatro de julio?

-Hay desfile, barbacoa y baile.

Priss tenía pensado marcharse del pueblo aquel día, porque siempre lloraba en los desfiles y echaba a perder su maquillaje, siempre que oía una marcha se echaba a llorar. Pensar en la barbacoa le hizo recordar el desastre que se había ocasionado el día de su cumpleaños en el año anterior. En cuanto al baile, cada vez que un hombre quería sacarla a bailar, y, sorprendentemente, muchos se lo pedían, se preguntaba si sólo estaría interesado en el dinero que ya no tenía o si sería uno de los muchachos a los que su padre había atemorizado años atrás y, muerto su padre, quería seducirla.

Considerándolo todo, a Priss nunca le había interesado la celebración del cuatro de julio en New Rope. Al menos en Dallas, cuando un hombre le prestaba atención, estaba razonablemente segura de que no estaba pensando en quién era y en el supuesto dinero que

H. T. había escondido para no verse afectado por las leyes de Hacienda.

Dejó escapar un suspiro. Qué desastre más enorme. Tal vez debería irse de la ciudad y empezar una nueva vida, donde nadie hubiera oído hablar de Rorace Barrington y su negocio de minas canadiense, o de sus inversiones millonarias, o de sus problemas con hacienda.

-El arco iris -dijo Jake, interrumpiendo los pensamientos de Priss.

-Dónde?

Jake se paró en el arcén y bajó la ventanilla. Le agarró un brazo y tiró de ella hasta rozar su cabello con el ala del sombrero, y señaló el arco iris.

-Allí, ¿lo ves? Un extremo está sobre aquel granero y el otro cerca de Denton County.

Priss lo vio y respiró suavemente, contemplando aquella maravilla, sintiendo un agradable estremecimiento, debido tal vez a la belleza del arco iris o al olor de Jake. Olor a desodorante, jabón y caballo.

Si usaba colonia, su aroma era muy sutil.

Aunque, tal vez, no sintiera la necesidad de asearse para ella.

-¿Quién es Eddie? -preguntó Jake. Priss observó cómo se desvanecía el arco iris y otro grupo de nubes empezaba a cernirse desde el horizonte-. ¿Es el Eddie que se casó con Grace... Grace lo que sea?

¿Es amigo tuyo?

New Hope era la clase de ciudad donde, aunque fuera de vista, todo el mundo se conocía, pero lo suficientemente grande como para que algunos nunca llegaran a conocerse.

-Oh, por el amor del cielo -dijo Priss, mirándolo a los ojos. Estaba demasiado cerca de él para sentirse cómoda y se incorporó en su asiento, volviendo a abrocharse el cinturón de seguridad.

-¿Estabais prometidos?

No, no estábamos prometidos! Si quieres saber lo, salí con él algunas veces... bueno, bastantes veces, pero no llegó a ser nada serio.

Sólo que ella siempre esperó que lo fuera.

-Hum Priss suspiró y Jake volvió a la carPetera.

-Trabaja en el banco de su padre, pero desde abajo. Su padre quería que pasara por todos los puestos antes de llegar a la dirección y era, además, se dijo Priss, un seductor, aunque no era ni muy atractivo ni especialmente inteligente.

A ella la había seducido. Fue uno de los dos chicos que acudieron a la fiesta de cumpleaños que había dado hacía ya tantos años, llenando el filtro de la piscina con velas de cumpleaños y servilletas de papel y burlándose de sus pechos sin piedad, diciéndole que más le valía

ponerse unas vendas que el sujetador que llevaba. .

Y años después volvió a la carga con la intención de llevársela a la cama en la primera cita. Afortunadamente, recobró el sentido común en el último minuto.

Al menos, pensó que había sido afortunada, pero con la carrera que llevaba, ya no estaba tan segura.

-La lluvia ha despejado el ambiente -dijo Jake-.

¿Quieres que paremos en Buck's y compremos unas hamburguesas y nos las llevemos a casa para cenar?

-Tú eres el anfitrión -dijo Priss, que no tenía apetito.

-Tú eres mi invitada.

Priss suspiró pesadamente.

-A lo mejor podemos comprar algún libro de cocina. Leer, por lo menos, sí sé.

Jake le dirigió una rápida mirada, que ella respondió con una media sonrisa.

-Lo siento, creo que no he tenido mucho tacto -dijo Jake-. He oído lo que pasó con la carne de la barbacoa hace dos años.

Priss frunció el ceño, suponía que todo el condado conocía la historia de la barbacoa.

-Al menos, he aprendido de mis errores. El año pasado cometí una ofensa contra las leyes federales por meter objetos en los buzones.

-Y este año has planeado celebrar tu cumpleaños con una donación personal.

-Oh, Dios. ¿Cuánto oíste?

-Casi todo, supongo.

-Sí, bueno... algunas veces hablo demasiado.

Jake sonrió.

-Es que eres muy comunicativa -dijo-. No te preocupes por la comida, nena, seguro que Petemoss ha preparado algo.

Así era. El viejo salió a recibirlos 'con el delantal puesto. .

-Así que te la has vuelto a traer. Ha sido ella la que ha tendido la ropa en plena lluvia, ¿no?

Jake empezó a llevar el equipaje al porche, mientras Priscilla hizo lo que pudo para no morirse de vergüenza.

-Te dije que tenías que instalar la secadora antes de que se nos acabara la ropa limpia. A lo mejor ahora lo haces -dijo Jake.

-¡Puf! ¿Has traído huevos?

-No, no he traído huevos.

-Te dije que nos hacían falta. y tampoco tenemos salchichas -dijo Pete mirando acusadoramente a Priss, que empezaba a ponerse nerviosa.

-Yo usé los huevos y las salchichas -dijo-. Si me dices lo que os debo, os pago ahora mismo -concluyó, y abrió el bolso, buscando su billetera de piel de cocodrilo repujada en oro.

-¿Quieres volver al circuito de rodeos? -le preguntó Jake a Petecon una frialdad letal.

-No más que tú -replicó el viejo-. y no pienso ir. Si no quieres que siga cocinando ni ocupándome de la casa, será mejor que me busques una cama en el asilo. y, por favor, mándame allí el correo.

Jake se quitó el sombrero y se mesó el cabello, suspirando.

-Priss, éste es el señor Peter J. Moss, de Montana.

Como clown de rodeo es de primera clase, como cocinero de tercera, y tiene peores modales que un oso.

Priss no sabía si estrecharle la mano o salir corriendo.

-Pete, ésta dama es Priscilla Barrington –dijo Jake, y Pete enarcó las cejas con un gesto de sorpresa-. Va a pasar en esta casa algunos días más, hasta que su casa esté habitable. Si te va a resultar muy desagradable demostrar buenos modales, puedes volver a dormir en el establo.

-No, por favor... -dijo Priss dando un paso adelante y apoyando una mano sobre el brazo de Pete.

Los tres miraron la mano de Priss, sus dedos delicados con las uñas pintadas de rosa sobre la manga descolorida de la camisa de Pete-. Señor Moss, quiero darle las gracias por haber usado su ropa interior.

-¿Hum?

-Oh, demonios -dijo Jake.

-Pero puedo irme ahora mismo –prosiguió Priss-. No quiero causar más molestias. Jake insistió... bueno, en realidad no insistió, pero yo... bueno, los dos..Mire, no tema ropa, y...

-Priss -dijo Jake, a punto de perder la paciencia-.

Haz el favor de callarte y vamos a llevar el equipaje a tu habitación mientras Pete sigue haciendo la cena.

¿Te parece bien, Pete?

El viejo metió los pulgares en la cintura del delantal. El gesto, sin embargo, no resultaba tan amenazador como él pretendía.

-He hecho judías con chile.

-Bien -dijo Jake secamente, luego miró a Priss Es un plato que no se le da mal del todo.

-Seguro que es mejor que lo que yo hice anoche -dijo Priss, y su sonrisa causó un efecto considerable en ambos hombres'-. A lo mejor antes de que me vaya, Pete, podrías enseñarme algunos platos para que no me envenene a mí misma si alguna vez tengo que volver a cocinar para mí.

Ante aquella sugerencia en viejo se hinchó de orgullo hasta que los botones de la camisa estuvieron a punto de saltarle del pecho.

Jake sacudió la cabeza sin poder creer lo que oía. Otro hombre atrapado en sus encantos. ¿Sería ella consciente de su poder?

«Que Dios nos ayude,» se dijo mientras la veía recoger dos bolsas para llevarlas a su habitación.

Capítulo 6

Sábado. Priss había faltado dos noches a las lecturas del hospital. Aquella noche esperaba poder ir, pero no sabía si le sería posible ir a la ciudad. Todavía tardarían una semana en reparar su coche y el que le había prometido su casa de seguros aún no estaba disponible. Se le ocurrieron muchas cosas desagradables sobre una ciudad como New Hope, con una única agencia de alquiler de coches.

Sus desgracias tenían que haber ocurrido aquel fin de semana. En New Hope, cuando el cuatro de julio caía en fin de semana, la fiesta se alargaba durante tres días llegaba gente de los alrededores y cada vehículo disponible se transformaba en una carroza para el desfile.

Jake le comentó que le buscaría un coche, pero, si lo hacía, se sentiría más dependiente de él de lo

que ya estaba. Aquella idea la puso nerviosa por razones que no se atrevía a considerar.

-¿Avispas en el trasero? -le preguntó Pete, que la estaba enseñando a hacer café, y ella asintió, por que era una buena descripción de cómo se sentía.

Jake había salido hacia Forth Worth a primera hora de la mañana, para ver a unos caballos. Luego, tenía que contratar a un transportista para que los llevase a Bar Nothing.

No le echaba de menos, por supuesto que no le echaba de menos, se decía. Sorprendentemente, Pete era una gran compañía. una vez que los dos se pusieron de acuerdo en que ella era un completo desastre en la cocina y que Pete podía darle mil vueltas a cualquier cocinero de New Hope, desde el famoso chef de Autobús a Sue Ellen, experta en cocina casera.

-Pero no hay quien supere la tarta de limón de Sue Ellen -opinó Priss, leal a una mujer a la que admiraba más que a ninguna otra persona con excepción de Rosalie: su amiga se quedó huérfana a los siete años, empezó a trabajar a los nueve y se mantuvo a sí misma desde entonces sin perder su fe en Dios, la Iglesia y ella misma.

-Eso es que no has probado mi pudding --dijo Pete. Priss sólo pudo responder que no, efectivamente, no.

-Coco, pasas y compota de manzana. Es deliciosa. Mañana haré una comida especial. Supongo que Jake llegará a tiempo.

Priss no le había preguntado, pero esperaba que Jake volviera aquel mismo día. Aunque la verdad era que no sabía cuánto tiempo podría llevar un negocio como aquél. Lo que sí pensó fue que podría tener otros asuntos de qué ocuparse, como una amante en Forth Worth. Podría tener una docena de amantes, porque era soltero y la clase de hombre ante el que cualquier mujer con las hormonas

razonable mente saludables no podría resistirse. El cielo sabía que ella tenía que hacer verdaderos esfuerzos por mantenerse bajo control cuando estaba cerca de ella.

Aquélla era otra razón por la que necesitaba encontrar un vehículo cuanto antes y buscar, lo antes posible, otro techo bajo el que dormir.

-¿Por qué pones una cáscara de huevo en el café? -preguntó.

-Sirve para asentar el grano -dijo Pete sirviéndole una taza-. Así se hace el buen café, no como lo hacen esas cafeteras eléctricas modernas.

Priss dio un sorbo y frunció el ceño, luego añadió dos cucharillas de azúcar y echó leche.

-Interesante -dijo.

Cuando el sol secó la mayor parte de la lluvia del día anterior, dejando sólo unos cuantos charcos en los baches más profundos, Priss sentía ciertos dolores que nunca había sentido. Le dolían las manos de tanto barrer y más de una vez le dieron calambres en las piernas. Hizo varios viajes para subir al piso de arriba la colada del día anterior, cambió las sábanas, barrió el piso y, después de tanto andar, tuvo que quitarse las botas de piel.

Pete, debido a sus deberes culinarios, desapareció después de darle a Priss una lista de cosas que quedaban por hacer. Hasta que no se dirigió, agotada, a la cocina, no descubrió que lo que Pete llamaba «una comida digna de una reina» no era. más que unas patatas cocidas, y que desde el mediodía estaba tumbado en el sofá del cuarto de estar, viendo la televisión. .

Comieron, lo que Pete llamaba comida, con el fregadero lleno de platos sucios y entre una pila de ropa para planchar. Pete le había prometido enseñada a hacer las tareas de la casa. Si lograba, sobre vivir, Priss suponía que acabaría por aprender cómo no hacer las tareas de la casa.

-El cocinero nunca lava los platos -declaró Pete, levantándose de la mesa y abrochándose el cinturón. .

-Ah, ¿y quién tiene que hacerlo?

-Tú.

-Oh, bueno... está bien. ¿Dónde está el lavavajillas?

-Ahí -dijo Pete señalando la pila.

Aquella tarde,Priss aprendió a planchar la funda de una almohada y que quedara tan lisa como la frente de un viejo. También aprendió a planchar camisas, después de algunos consejos, aunque una de ellas acabó con la marca marrón de la plancha en la espalda. En cuanto a la camisa de seda negra... bueno, de todas formas, había encogido después de lavarla, así que tampoco importaba mucho que al planchar

le hubiera hecho un agujero.

Entre las ruidosas celebraciones del cuatro de julio, que se prolongarían durante todo el fin de semana, Jake salió de Forth Worth con un contrato firmado en el bolsillo que acabaría por transformarse 1en una sabrosa comisión, dependiendo del número de compradores interesados en los caballos de Trow bridge. Eran caballos de primera calidad, pero su precio dependía del mercado.

Antes de volver intentó prolongar su estancia, hacer unas CUantas llamadas, quedar con una viuda a la que no había visto hacía ya dos meses y, tal vez, colaborar en la fiesta con algunos fuegos artificiales por su parte.

En vez de eso, se encontró en la autopista en dirección al norte, sabiendo que sólo estaba yendo 'en dirección a más problemas y diciéndose que su estupidez no conocía límites. Durante tres horas estuvo sentado a la mesa con Ben Trowbridge, compartiendo charla, cigarros y copa, mientras Ben hablaba de sus caballos y Jake concentraba toda su atención en estar un paso por delante de aquel viejo zorro.

Entonces, justo en mitad de una discusión sobre proyectos, precios y pedigrís, se sorprendió a sí mismo mirando al vacío, imaginando a una mujer con vaqueros ajustados y un rostro redondo y hermoso, con los ojos color miel y una boca sensual... y preguntándose a qué sabrían aquellos labios.

Trowbridge no era tonto, tal vez no tuviera aspectode ser muy avispado, pero su mirada era profunda penetrante, de modo que aprovechó aquel momento para volver sobre los puntos concretos del contrato.

Jake se vio obligado a concentrarse en la conversación.

Maldita mujer, se dijo.

Se recordó que lo único que quería era acostarse con ella, sin más, disfrutar con eUa del sexo, pero sólo temporalmente, lo que le parecía una aspiración' perfectamente1ícita.para un hombre adulto.

Pero eso era antes de averiguar que era la clase de mujer que había evitado como una enfermedad contagiosa durante toda su vida.

Jake sabía muy bien dónde se había equivocado.

Su primer error fue seguirla, entrar en aqueUa boutique infantil y conseguir que se tropezara para poder ponerle la mano encima. El segundo había sido llevarIa a su casa. En cuanto al tercero...

No estaba dispuesto a cometer más errores. De ningún modo. Estaba dispuesto a echarla de su casa, aunque tuviera que llevarla a Dallas y pagarle una suite en el mejor hotel de la ciudad. Le habría gustado pensar que era una cuestión de honor, pero tenía, la sensación

de que se había convertido en una cuestión de supervivencia.

Un estallido de fuegos artificiales iluminó el cielo nocturno, sirviendo de marco a su irritación. Jake se dijo que a la avanzada edad de treinta y cinco años, con su vida finalmente encauzada, lo último que necesitaba era liarse con una mujer caprichosa y acostumbrada a un alto nivel de vida. Por muy atractiva que fuera.

El sexo, se dijo, era una necesidad legítima, como las vitaminas y él siempre trataba de cuidar su salud.

Comía bien, dormía ocho horas, bebía sólo una cerveza todas las noches y, siempre que podía, evitaba las bebidas más fuertes. En cuanto al sexo, ya no era tan frecuente como antes, pero, a medida que un hombre crece, se decía, discrimina mucho más.

El problema venía cuando empezaba a pensar en algo más que el sexo, a pensar, por ejemplo, en la sonrisa de una mtger en vez de en cómo acostarse con ella.

Mientras seguían los fuegos artificiales, Jake juró en silencio y se desvió de la autopista para dirigirse hacia el este por una carPetera secundaria. ¿Cuándo se había vuelto _u vida tan endiabladamente complicada?

Priss había decidido olvidarse de Jake. Lo último que necesitaba era mezclarse con un vaquero que ni siquiera tenía lavavajillas ni microondas y que tenía tanta fineza como un toro. Un hombre cuyo ligero contacto la estremecía de la cabeza a los pies. Que Dios la ayudase, se dijo, no era la mujer más lista de Texas, pero sabía muy bien que su vida pendía de un hilo.

Por esa razón se había negado a hacer más preguntas, a escuchar de labios de Pete más historias sobre Jake, como la de que le había rescatado de las calles y le había dado casa y comida.

El problema era que a Pete le encantaba tener público. Mientras Priss lavaba los platos, Pete le contó la primera vez que Jake ganó dinero en los rodeos.

Era un rodeo pequeño, una competición llena de muchachos que deseaban probar su hombría.

Jake ganó y se sintió tan orgulloso como un pavo real. Para celebrarlo, se mantuvo en pie un par de vueltas y, enfebrecido por la gloria, reservó habitación en el hotel más caro de la ciudad, para ducharse Y cambiarse de ropa.

Pero bajó al salón del hotel, bramando y preguntando _quién había estado revolviendo su habitación mientras él no estaba allí.

Pete sacudió la cabeza al recordar el suceso, pero Priss imaginó sin dificultad a un joven Jake Spencer, inexperto hasta el punto de no conocer el funcionamiento del servicio de habitaciones de un hotel de

lujo, que se había limitado a ordenar su equipé!:ie y cambiar las sábanas.

No lo esperaban hasta la mañana siguiente, razón por la cual Priss no se había molestado en recogerse el pelo aquella tarde, y se pusieron a bailar. Por lo menos, Priss bailaba y Pete marcaba el ritmo de la canción que sonaba en la radio golpeando con dos cucharillas sobre la mesa. Decía que había tocado la batería con un grupo de country cuando trabajaba en el circuito de rodeos del este.

-¿Os estáis divirtiendo? -dijo Jake desde el umbral de la puerta, contemplando el cabello suelto de Priss.

Priss se quedó helada, inmóvil, con las manos sobre la cabeza.

-No te esperábamos hasta mañana -dijo Priss sin aliento, mientras Pete se metía las cucharillas en los bolsillos de la camisa sin dejar de tararear la canción que sonaba en la radio.

-¿Qué tal te ha ido? -preguntó el viejo, dándole a Priss tiempo de tranquilizarse.

-Bastante bien.

-Así que has conseguido algunas cabelleras.

-Sí.

-He oído decir que esos caballos son muy buenos -dijo Pete.

Priss miró a ambos hombres. Se sentía como una extraña, una sensación demasiado familiar para ella.

-¿Hay algo de cenar? -preguntó Jake, quitándose el sombrero y mesándose los cabellos. Parecía cansado.

-P. J. puede prepararte unas judías. Y queda mucho café -dijo Pete.

-¿P. J.? -dijo Jake con una sonrisa.

-Vamos, chica, hazle esas judías. En un cazo mediano, y nO olvides remover.

-No iniporta -dijo Jake-: He comido carne, Con eso me basta.

Seguía en el umbral, mirándola fríamente.

-¿Quieres que te caliente las judías de todas formas? -preguntó Priss. .

-No, Jake odia las judías verdes. Su madre no le daba otra cosa. Muchacho, tendrías que ver cómo baila esta chica. Baila mejor que aquella belleza por la qúe acabaste rompiéndote las dos piernas en Tulsa. Tienes que bailar con ella, Doc Bender dice que un hombre que no hace ejercicio acaba por no poder moverse.

-¿El ejercicio de lengua y mandíbulas también cuenta? –dijo Jake con sequedad.

Sonriendo, el viejo salió de la habitación, deteniéndose para volver a encender la radio, que había apagado al entrar Jake. Priss lo miró. Ojalá se hubiera ido a dormir después de la cena, se dijo. Cuando

terminaron de cenar estaba tan cansada que apenas podía moverse, pero Pete puso una cara muy larga y a decir lo que solitaria que era la existencia para un viejo sin familia como él.

En la radio, Hal Ketchum estaba cantando una balada triste y amarga. Se escuchaba el ruido de los truenos en la lejanía. Era como el rq.ido de los cañones, pensó Priss, aunque nunca había oído cómo sonaban los cañones.

-¿Quieres... bailar? -dijo, preguntándose dé dónde había sacado el valor para pedírselo. E imaginó lo que sería estrecharse contra sus brazos, apoyar la mejilla contra su hombro, moverse en suave armonía...

-Gracias, pero no me gusta bailar.

-Oh -dijo Priss, y se Sonrojó.

-No lo hago bien, no puedo. Si supiera, me gustaría bailar contigo, pero me temo que si bailamos, voy a pisar esos bonitos zapatos rosas que llevas.

Los dos miraron los pies de Priss, descalzos, con las uñas pintadas de rosa. Priss trató de pensar en algo inteligente que decir, pero no se le ocurrió nada.

-Salgamos -dijo Jake-. Quiero enseñarte algo.

Lo primero q_e pensó Priss fue que Jake había encontrado un vehículo para ella. Ni siquiera se detuvo a pensar cómo podía haber llegado con dos vehículos a la vez.

Jake le agarró del brazo y la llevó hasta la barandilla del porche.

-Mira allí -dijo Jake, y ella miró:

-¿Dónde? -dijo Priss, que sólo veía la camioneta y el remolque de ganado vacío.

-Mira el cielo sobre la ciudad.

-¿El cielo? ¿Te refieres a aquel resplandor rosado?

-dijo Priss, mirando con atención.

El aire de la noche era fresco, cargado con el olor de la hierba, el polvo y los caballos. No había ninguna señal de tormenta, a pesar de los truenos que ella había oído.

Y, entonces, de pronto, hubo una explosión, y luego otra.

-iFuegos artificiales!

Jake, sonriendo, la miró con tanto orgullo como si fuera él el organizador de todo aquel despliegue.

-Bonito, ¿eh? Aunque a ti no te gusten mucho las celebraciones del cuatro de julio –bromeó Jake.

Su voz resonaba sobre el silencio de la noche, uniéndose al canto de los grillos y a los distantes estallidos.

-Lo que no me gustan son los desfiles. Los fuegos artificiales

siempre me han gustado. Los veía desde la ventana de mi habitación cuando era pequeña.

-Yo los veía desde el tejado de mi casa.

Y desde los billares, y desde el garaje donde se reunían los peores individuos del barrio para emborracharse. Una vez desde la habitación de una prostituta, la mujer con la que se había iniciado, aunque aquel día los fuegos fueron un anticlímax.

Le rodeó los hombros con el brazo. Comenzaba a ser un hábito. Se dijo que no significaba nada, que tan sólo era un gesto amistoso, habitual en las gentes de aquel lugar.

Recordó que ella le había dicho que no le gustaba que la tocaran, pero también el modo en que se estrechaba contra él cada vez que le apoyaba el brazo sobre los hombros. Como una gata mojada retorciéndose en unas cálidas manos.

-Mira allí -dijo con voz grave, señalando hacia delante e inclinándose para alinear la vista con Priss.

Olió su perfume, aunque, sobre todo, olía a jabón, champú y algodón.

Priss se cruzó de brazos y trató de concentrarse en los fuegos artificiales en lugar de en el hombre que tenía a su lado, demasiado cerca de ella. Una explosión de luz, circular y verde, apareció en la oscuridad, como si fuera una araña de cristal. Contuvo el aliento al ver cómo se extendía la luz sobre Denton County y se desvanecía suavemente.

Momentos más tarde oyó el distante estallido que antes confundiera con un trueno. Se le-hizo un nudo en la garganta y apretó los brazos contra sí. «No, ahora, no, tonta.» y volvió a oír' la voz de su madre: «Oh, por el amor del cielo, Priscilla" Joan, ¿por qué tienes que reaccionar así? Es tan vulgar.» Pero, vulgar o no, Priss nunca había sido capaz de ocultar sus sentimientos. y siempre afloraban en los momentos más embarazosos. ¿Cómo iba a explicar por qué lloraba cuando veía un desfile si ni siquiera ella podía entender la razón? ¿O por qué lloraba al ver despegar a un avión y desaparecer entre las nubes?

En ciertos días del mes, podía llorar al ver a un autobús saliendo de la- estación rumbo a un viaje desconocido.

Priss suspiró sonoramente y Jake se puso tenso Sin saber cómo, estaba entre sus brazos.

-Me decías algo? -murmuró.

Priss respiró profundamente, tratando de calmar su respiración. Le ardían los ojos y tenía la nariz húmeda. Buscó un pañuelo en el bolsillo trasero del pantalón, y rozó, por esa razón, el sexo de Jake.

Profirió un pequeño quejido y en el cielo hubo otro estallido de luz, seguido por la misma explosión distante.

-Lo siento, no quería... -dijo Priss, y suspiró. Jake le dio su propio pañuelo.

-Suénate -dijo, y Priss lo hizo.

-Lo siento. No sé por qué me pasa esto.

Jake tampoco lo sabía. Lo único que sabía era que las mujeres eran tan predecibles como un tornado. Y casi tan peligrosas.

-Una vez conocí a un hombre que solía llorar Cada vez que veía un vagabundo -dijo Jake, que en realidad no lo conocía, sino sólo había oído hablar de él, pero pensó que tal vez al oído, Priss se sentiría mejor.

-Ya te lavaré el pañuelo. La secadora ya funciona.

¿Quieres que te lo planche? He aprendido esta mañana.

-No te preocupes -le dijo Jake, preguntándose por qué no ponía los pies en polvo rosa antes de que fuera demasiado tarde.

Probablemente por el modo en que sus cabellos le acariciaban la barbilla, y del modo en que sus pequeñas y firmes nalgas se apretaban contra él.

-Son como bombas estallando en un campo de batalla, ¿verdad?

--Cómo?

-Los fuegos. ¿No te parece que son como bombas?

-Ahora que lo mencionas, supongo que sí.

Si se fijaba en ellos, probablemente le habrían recordado a los fuegos que solía haber en los rodeos importantes. Igual que aquella vez, cuando tenía trece años, y acabó borracho como una cuba despertándose a la mañana siguiente en el coro de una iglesia baptista con el peor dolor de cabeza de su vida y un amigo comiendo patatas fritas a su lado.

Priss se encogió de hombros y el cuerpo de Jake registró cada uno de sus perezosos movimientos. Cuando la estrechó imperceptiblemente entre los brazos, ella se apretó contra él. Jake estaba a punto de estallar. Lo único que necesitaba era encontrar el modo de mantener su entusiasmo bajo control. Priss suspiró, y Jake se preguntó si estaría pensando lo que él estaba pensando.

-Sabes, cuando era pequeña -dijo Priss suavemente-, mi madre me habló de su bisabuelo, que se llamaba Walter Raleigh Gilbert Ambrose, que estuvo en la guerra civil, y de su tatarabuelo, que luchó contra los ingleses en Virginia y murió como un héroe. ¿Crees que será por eso por lo que la música de los desfiles me hace llorar? Pensando en hombres como ellos, que se van a la guerra. Pero eso no explica lo de los aviones y los autocares, ¿verdad?

-Los aviones y los autocares, sí -<dijo Jake, tratando de comprender lo que estaba oyendo, pero su mente prefería concentrarse en asuntos más importantes, como darle la vuelta entre sus brazos y besarla hasta que se le doblaran las rodillas y entonces irse a la cama.

«Irse a la cama. Qué bien. El bastardo de Baker acostándose con la pequeña princesa de los Barrington.»

Y entonces, Priss se dio, la vuelta y se puso de frente a él, pero protegiéndose con los brazos cruzados, y dijo:

-¿Sabes? Algunas veces tengo esas sensaciones.

A mi madre le sacaba de quicio que...

-Sé lo que quieres decir, cariño. Yo también siento lo mismo.

Qué diablos, se dijo Jake, y la besó.

Los fuegos artificiales eran un buen símil para describir lo que pasó. Y las arenas movedizas. Jake se dio cuenta de que se había metido en problemas en el instante en que rozó con los labios la boca de Priss. Era tan suave como una nube, pero cálida y dulce, como el whisky y la miel.

Priss le echó los brazos al cuello, y se apretó contra él como una planta trepadora.

Le besó con la boca cerrada, lo que para Jake fue, para su sorpresa, excitante. Pero tampoco se empeñó en mantenerla cerrada, porque Jake consiguió que la abriera sin esfuerzo. Y los fuegos artificiales se hicieron mayores. y más luminosos. Jake se sentía como un cohete a punto de despegar.

Mucho tiempo después, Priss se separó de él para tomar aire. Jake apoyó la barbilla sobre su cabeza y trató de encontrar un sentido a lo que había ocurrido. -Prissy, nena.

-Oh, Dios mío -dijo Priss suavemente-. No quería hacerlo.

Besar no era una nueva experiencia para ella. Ya la habían besado antes, muchas veces. Bueno, tal vez no muchas, pero las bastantes para que pudiera llamarlas besos, porque eran besos.

Pero aquellas otras veces no se parecían en nada a aquélla. Aquella vez fue presa de una sensación intensa, eléctrica, como si la oscuridad se iluminara

-Creo que será mejor que me vaya a. la cama -susurró.

-Sí, creo que es lo., mejor.

Priss se sintió algo decepcionada de que Jake renunciara tan rápido, pero probablemente era por el bien de los dos. Con todo lo que le había ocurrido desde el día de ayer, apenas se reconocía a sí misma.

Minutos después se masajeaba la cara con una crema hidratante, preguntándose por qué un hombre de la edad de Jake no sabía bailar.

Todo el mundo sabía bailar. Ella había recibido lecciones de baile antes de abandonar el colegio.

Luego se preguntó qué pensaría acerca de los niños. ¿Qué había dicho de él Faith Harper? ¿Qué había estado casado?

Priss se cepilló el pelo lentamente, tratando de imaginar la clase de mujer con que se había casado Jake. Y si había estado casado, ¿dónde estaba su mujer? Porque, por mucho que lo intentara, no podía imaginara ninguna mujer que tuviera bastante suerte para capturar a un hombre como Jake Spencer y luego dejarlo escapar. No se parecía en nada a los chicos que había conocido en la universidad, o a los hombres con los que había salido desde entonces.

No era educado, de hecho, a su modo, era tan ajeno a la sociedad como ella, aunque por razones completamente distintos.

¿Cual sería su razón?, se preguntaba. Recordando el aspecto que tenía en la boutique infantil, rodeado de peluches y de mobiliario para niños, se preguntó si alguna vez había pensado en tener una familia.

Niños que lo siguieran allí donde fuera mientras él hacía... lo que hiciera.

Niñas con vaqueros que pudieran ponerse perdidas y dar gritos y subirse a los árboles y tener muñecas.

Capítulo 7

El sol de la mañana le golpeó en la .cara, por primera vez en muchos días. Pero no mejoró su humor.

Bajó y se sentó a la mesa de la cocina, cubierta con un mantel por primera vez desde .que le comprara la casa, ya amueblada, al viejo Holloman, hacía ya seis años.

Lo que debería haber hecho era otro viye a la ciudad. Había permanecido despierto la mitad de la noche, tratando de decidir qué decide a Priss después de portarse como un estúpido la noche anterior. Oliendo su cabello, sintiendo sus nalgas. Priss no podía ser y era a lo que él estaba sintiendo. Una caricia y se habría puesto tan ardiente como un hierro candente.

Maldita sea, debería haber sabido que le ocasionaría problemas la primera vez que la vio en aquella subasta de los bienes del viejo Barrington. Pero en vez de eso, se había parado a mirada cada vez que la veía cuando lo mejor habría sido fantasear pensando en ella tumbado en la cama después de la cerveza que tomaba todos los días después de cenar.

Pero había hablado con ella y... Refunfuñando, se concentró en el plato de huevos revueltos por no mirar a la mujer sentada enfrente de él. No debió seguida a aquella maldita boutique, no debía haber hablado con ella, no debía haberse fijado nunca en aquellos ojos color de miel.

No era como ninguna otra mujer a la que hubiera conocido, y no sólo porque observase el mundo a través de una mirada incomprensible. Era amiga de Faith Harper y Faith era una gran chica, pero a él no le gustaban las grandes chicas. A él le gustaban las mujeres más duras, las mujeres con las que sólo se pasa un fin de semana. Esas mujeres no querían familia. Demonios algunas de ellas ni siquiera tenían apellido. '

Priss había tenido un bisabuelo que había luchado en la Guerra de la Independencia. Pero Jake no quería saber nada de ella. Cuanto más sabía más real se hada, más cercana.

Jake nunca conoció a sus abuelos, ni siquiera había visto ninguna fotografía de ellos. Todo lo que sabía del padre de su madre era que debía ser un modélico ciudadano en alguna ciudad de Arkansas, pero le había dado la espalda a su única hija. Lo que no decía mucho en favor de los ciudadanos modélicos.

En cuanto a su familia paterna, para Jake, Baker ng era más que alguien que había aparecido en la vida de su madre una noche de lluvia, como alguna clase de humo.

Lo cierto era que Priscilla Joan Barrington y Jake Spencer no

tenían mucho en común. Aunque aquello poco importaba.

- Demonios, el día anterior estaba tan absorbido por la imagen de Prlss en el porche, que incluso había olvidado beber la última cerveza del día y se había ido a la cama para seguir pensando en ella, imaginando que se acostaban juntos. .

. Priss se aclaró la garganta, devolviéndole a la realidad.

-Siento lo de tu camisa -dijo Priss.

-Jake tomó el salero y se concentró en echar sal a los huevos.

-Fue lo primero que planché, antes de que Pete me dijera que hay que mirar las etiquetas. Creo que... puedo comprarte otra...

Eso y un sombrero nuevo. Con la carrera que llevaba, pensó Jake, le iba a deber un montón de cosas. Le apetecía comprobar si pagaba sus deudas.

No, no le apetecía. Tal vez no fuera un caballero de rancio abolengo, ni siquiera tenía estudios universitarios, pero tenía sus principios y aprovecharse de una mujer que estaba bajo su protección no entraba dentro de ellos.

Pero maldita sea, no quería saber nada de la familia de PriS!!, IÚ de cómo la afectaba la música de los desfiles. No quería oír hablar de su asistenta, que debería jubilarse, pero que seguía trabajando porque una rubia de gran corazón quería que siguiera sintiéndose útil.

Se suponía que todo lo que tenía que importarle de ella era lo atractiva que estaba con los vaqueros ajustados.

O sin ellos.

La oyó respirar profundamente y la miró. Prisa empujó el plato y se irguió, y Jake pensó, no por primera vez, que los hombros eran una de las partes más atractivas del cuerpo de una mujer.

-En cuanto a lo que pasó anoche -dijo Priss, apartando unas migas del mantel.

-Olvídalo -gruñó Jake, y observó que Priss lo miraba con perplejidad. Si hubiera sido una caballo, habría echado las orejas hacia atrás, como no lo era, Jake no sabía si retractarse o seguir adelante.

-Lo olvidaré en cuanto quedemos en paz en todo -dijo Priss-. He estropeado tu mejor sombrero, y no me digas que era un sombrero viejo que te pones para trabajar porque Petemoss me ha dicho cuánto pagaste por él y lo mucho que lo cuidas.

-Pete puede irse a...

-Y tus camisas. Después de estropear la primera, apagué la plancha, pero estaba demasiado caliente para la camisa de seda, así que le hizo un agujero, pero si quieres saber mi opinión, la camisa ya estaba mal antes de plancharla. Hoy en día se vende mucha seda

barata, tu camisa casi se deshace en mis manos cuando la saqué de la secadora.

Jake se atragantó con un trozo de bacon. Cuando se recobró, Priss estaba a su lado, lista para darle unas palmadas en la espalda. Con la suerte que estaba teniendo, Jake seguramente se ahogaría si Priss le hubiera ayudado.

-Y también rompí dos platos el otro día. Si tuvieras lavavajillas no ocurrirían esas cosas. Oh, y a Pete le gustaría mucho tener una televisión en el salón y no esa televisioncita que hay en tu despacho. Y podrías...

-Vale, para un poco, ¿quieres? -dijo Jake levantándose y empujando la silla bajo la mesa.

Cuando se dio la vuelta, Priss estaba tan cerca que retrocedió dándose un golpe en las piernas con la puerta del horno, que estaba abierta para que se enfriara después de que Pete hiciera unas galletas.

-Maldita sea, mujer -gruñó-. Tenemos que hablar de unas cuantas cosas.

-Estoy de acuerdo -dijo Priss cruzándose de brazos.

-Lo primero, me gustaba mi casa tal como estaba.

Me gusta que la mesa de la cocina esté como estaba, pegada a la pared, para que el sol no me dé en las narices al levantarme. Me gusta que las camisas de algodón se sequen en la secadora y no me gusta que las planches -dijo Jake. La verdad era que le importaba bien poco cómo se secaran las camisas o si estaban planchadas o no, sólo quería que estuvieran limpias. La ropa nunca le había importado mucho, pero Priss no tenía por qué saberlo-. Me gusta que las camisas de seda se limpien en seco, como Dios manda, y...

-Pero es que...

-Me gusta que los pantalones de lana de mi traje

-su único traje- se limpien en seco y que no se tiendan, para que no pierdan la forma. Me gustan las salchichas bien hechas, las tortitas con azúcar y canela, los...

-yo creía que eran acrí1icos.

-¿El qué?

Priss no se había molestado en maquillarse y Jake estaba fascinado por el color claro de sus pestañas y el modo en que se cerraban cuando parpadeaba y parpadeaba mucho.

-Pero bueno, ¿no irás a llorar otra vez? Priss se encogió de hombros otra vez.

-Yo nunca lloro -dijo Priss.

-No, Y tampoco te gusta que te toquen.

Tácticamente, era una frase equivocada. Jake lo supo nada más

pronunciarla. Usando el tono de voz que utilizaba para hablar con muchos caballos asustados, le dijo: -Mira, ¿por qué no hablamos claro? Un par de camisas estropeadas,' ¿qué importa? Lo que sí me importa es lo que me ha dicho Pete, que te has pasado el día trabajando en la casa, y no me parece bien que trabajes tanto. ¿Vas a dejar de hacer cosas?

Priss negó con la cabeza.

-Los Barrington siempre pagan sus deudas –dijo

Jake hizo una mueca de sorpresa. Por lo que había oído, el viejo Barrington había muerto debiendo dinero a la hacienda pública y a otros acreedores.

Priss debió darse cuenta de su escepticismo, por que aunque era muy ingenua, era inteligente. Jake se dio cuenta de que notaba lo que él estaba, pensando lo mismo que toda la ciudad, si no todo el estado de Texas, también pensó cuando el viejo Horacio T., murió. Se le dio mucha publicidad al asunto.

A Jake no le gustaba- retractarse, pero, por otro lado, se habría cortado la lengua antes de herir los sentimientos de Priss, de modo que, frenéticamente buscó alguna salida a la situación.

Oye, ¿te he dicho que estoy pensando en aprender a bailar?

La expresión de Priss no era de interés, pero tampoco de rechazo, de modo que Jake insistió.

-El caso es que siempre he tenido dos pies izquierdos, por eso anoche no quise bailar. Pero estoy pensando que --si alguien me da unas lecciones básicas, puede que lo intente.

La miró, preguntándose si tragaría el anzuelo. Una gota de sudor discurrió por su cuello hasta la base de su garganta.

-¿Quieres que te enseñe a bailar?

-Bueno, a lo mejor tanto como a bailar no, pero al menos sí cómo andar por una pista dé baile sin tropezarme con nadie.

Contra todo pronóstico, a Priss le brillaron los ojos y sonrió. Jake iba a decir que no veía nada divertido en el asunto cuando recordó cómo se conocieron y sonrió él también. y los dos se echaron a reír a carcajadas.

-Es que la tienda estaba tan llena de trastos... -Ni siquiera te había visto hasta que...

-Te ibas como una exhalación...

Priss dio un respingo, se enjugó las lágrimas y levantó la vista para mirar a aquel hombre tan masculino con vaqueros raídos, botas camperas, cinturón de cuero y camisa remangada. Desde luego, no era ágil más de su clase, pero deseaba con todo su corazón que lo fuera, o, más bien, que ella fuera de la de Jake.

O, tal vez, lo único que quería era ser suya, pensó no sin cierto temor.

-Yo sí sé bailar -dijo-. Puede que hayas notado que hay algunas cosas que no hago muy bien, porque nunca las había hecho, pero me dieron clases de baile prácticamente antes de que me salieran los dientes definitivos.

-A mí no –dijo Jake.

-A ti no te salieron dientes definitivos?

-A mí no me dieron clases de baile. No te hagas la lista, jovencita -dijo Jake bromeando, y Priss se estremeció.

-Pues podemos empezar ahora mismo -dijo.

Jake negó con la cabeza.

-Termina de desayunar, tengo trab_o. Después de la cena podemos intentarlo -dijo y le dirigió la clase

de sonrisa que la dejaba completamente. Indefensa Temerosa de hablar, por miedo a decir alguna tontería, Priss siguió a Jake a la puerta de entrada y le observó cruzar el césped con aquel andar descuidado que, sin embargo, no podía ocultar una pequeña cojera.

Se preguntó cuál sería la causa de la misma.

Se preguntó si sería como todos los hombres contra los que su padre la había prevenido cuando tenía

trece años, los que iban detrás de su virtud o de su dinero.

Lo que podía ser un problema, porque tenía mucho de la primera y muy poco del segundo.

Se dispuso a entrar, pero vio de reojo la tomatera marchita en la maceta de plástico y frunció el ceño.

Falta de interés en la decoración era una cosa. Prisa podía entender que dos hombres que vivían solos, probablemente, .sin ganar mucho dinero, descuidaran la decoración de la casa, pero no tirar una planta marchita era demasiado.

Al mediodía había barrido y fregado el porche, convencido a Pete de que arreglara el columpio y encontrado una horrible mesa de madera en una habitación que no se utilizaba y la había llevado al porche. Con un puñado de margaritas Y algunos tallos decorativos hizo un bonito ramo que puso en un tarro vacío y colocó sobre la mesa.

Retrocedió para admirar su trabajo y se dijo que, después de todo, tal vez tenía algún talento oculto.

Durante toda su vida le habían dicho que había gente a la que se contrataba para decorar casas Y jardines, para diseñar y hacer vestidos, o para decorar una tarta, y luego estaban los que los contrataban, y que ella debía considerarse afortunada de pertenecer a

los últimos.

En vez de eso, se consideró inútil y frustrada.

Recibir clases de horticultura en la universidad local, que era lo que realmente quería hacer, estaba, fuera de toda discusión. Obedientemente, se había graduado en Historia del Arte, en la Universidad de Virginia, la misma donde estudiara su madre. Su mayor acto de rebeldía en los cuatro años de carrera fue asistir a una clase de literatura francesa sin un permiso escrito.

La mayor parte de aquella clase fue en francés, que ella no hablaba, y le resultó aburrida, pero como se suponía que no debería estar allí, le pareció una experiencia excitante.

Su primera rebelión seria fue después de licenciarse, cuando les comunicó a sus padres su intención de irse a trabajar a Dallas. Sus padres reaccionaron como si hubiera amenazado. con irse a trabajar de camarera a un top-less.

De nodo que tuvo que aguantar y esperar, mientras conquistaba una pequeña parcela en la inmensa propiedad de su padre y la convertía en un jardín japonés, al estilo de Texas, con grava, setas, un banco y una gran variedad de cactus.

Poco a poco empezó a vestirse a su modo y nO al modo como quería su madre, que insistía en comprarla una ropa demasiado clásica. Cuanto más protestaban sus padres, más los contrariaba ella. Aquella actitud, por primera vez en su vida, le dio una sensación de poder.

Cuando a su madre le diagnosticaron una extraña e inoperable variedad de cáncer, su padre ya estaba inmerso en graves problemas económicos, como indicaba la creciente cantidad de whisky que consumía y e interminable desfile de sombríos contables que acudían a casa.

Priss pasó el siguiente periodo de. su vida como un fantasma en su propia, casa, temerosa de hablar, sintiéndose ignorada por su padre he inoportuna e incómoda para la legión de enfermeras que trataba a su madre.

Fue en aquel tiempo horrible cuando renovó su antigua amistad con Faith Harper y Sue Ellen Rainey. Sue Ellen era algunos años mayor qúe Priss y se había divorciado tres veces. Era una de las mujeres más sabias y cariñosas de la ciudad.

Sue Ellen era la responsable del trabajo voluntario que Priss ejercía en el hospital cuidando niños. Cuando la hija demna de sus amigas se contagió con una grave infección, Sue Ellen, tan cariñosa como siempre, se desvivía por la niña cuando su madre no podía ocuparse de ella. Para ayudarla, de modo que Sue Ellen no acabara arruinando

su negocio, Priss se ofreció a visitar a la pequeña Callie Ann. y así descubrió un mundo nuevo donde las pocas , cosas que hacía tenían verdadero valor.

-Jake permaneció en la cerca de entrenamiento algo más de lo que era necesario. Evidentemente, Pete les había dicho a los otros dos vaqueros que trabajaban en el rancho que había una mujer en la casa, una información que se podía haber ahorrado, y no podía volver a casa porque pensarían que entre la mujer y él había algo.

A las doce y media, Rico y Joe, los otros dos vaqueros, se marcharon a comer. Ambos estaban casados y tenían tres hijos cada uno. Los dos eran ex convictos que llegaron al rancho muertos de hambre y sin ninguna pertenencia, pidiendo trabajo poco después de que Jake empezara con el negocio de la compra-venta de caballos. Después de charlar con ellos, los admitió; trabajó con ellos para construir un par de casitas al otro lado del arroyo y nunca se arrepintió de haberlos contratado.

Como no estaba preparado para volver a casa y enfrentarse a la situación, Jake estuvo fuera todo el día. A última hora de la tarde haáa calor, estaba cansado y tenía hambre. Miró a los caballos de Trowbridge y se ocupó de un potro que no conseguía adaptarse a su nuevo establo. Un par de yeguas pasaban de la edad de cría, pero Jake pensaba que podría venderlas a uno de los ranchos a los que solía abastecer.

Luego, como el día no le ofrecía nada más que hacer, ensilló al potro rebelde y dio unas cuantas vueltas a la cerca.

-Tú y yo, muchacho, seguimos con nuestras viejas batallas -murmuró, acariciando el cuello del caballo y llevándolo al establo.

Jake no conocía el pasado del caballo, aparte de que había tenido más dueños que Jake trofeos, y que había intentado matar al menos a uno de ellos.

Pero sí conocía su propio pasado. Hacía mucho tiempo que había decidido que sus oportunidades de volver a casarse eran tantas como las de volver a los rodeos. Su futuro estaba bien planificado y no incluía una relación permanente con ninguna mujer.

En cuanto aparcó, se dio cuenta de que Priss había vuelto a hacer algunos cambios. El columpio ya no colgaba de 'una sola cadena y había una mesa en el porche sobre la que había puesto unas flores. Demonios, la verdad era que estaba mucho mejor que antes.

De la pequeña huerta \que Pete tenía en el porche no quedaba nada. El viejo zorro había leído un artículo en el periódico acerca de cómo montar una huerta casera y pensó que podía intentarlo a pequeña escala. Jake supo desde el principio que no iba a funcionar.

Pete y Priss estaban en el salón, Evidentemente, la cena iba a ser un gran acontecimiento, Jake sólo esperaba que la hiciera Pete; y si no la hacía él, que no fueran salchichas.

-Ven P. J., he hecho todo lo que me has dicho.

Era la voz de Pete. Jake se dirigió al piso de arriba para quitarse la ropa de trabajo y asearse un poco.

-No pongas así el cuchillo o te vas a cortar, y el...

Jake sacudió la cabeza, sonriendo. Lo siguiente que supo fue que Priss le obligó a ponerse corbata para cenar. Estaba seguro de que acabaría por echarse salsa encima, y que ella la metería en la lavadora y la quemaría al plancharla.

Veinte minutos después, volvió a bajar las escaleras, con el cabello todavía húmedo de la ducha y con un par de arañazos en la barbilla, que se había hecho al afeitarse.

Se puso una camisa y pantalones limpios y sus mejores botas, lo que ya le parecía suficiente concesión.

Cenaron filetes de pollo, puré de patatas con salsa y guisantes, que era la comida favorita de Jake, Lástima que tuvieran que poner también judías con chile.

De mantel, temía, habían puesto una sábana. La fea vajilla de Pete relucía como la mejor porcelana, pero Priss había puesto su propia vajilla en lugar de la de acero inoxidable que tenían en la casa.

Pero a Jake fue la propia mujer la que le dejó boquiabierto. No llevaba vaqueros sino un vestido suave que flotaba en el aire y le recordaba a la puesta de sol en un día polvoriento. Tenía muchos colores, rosas, anaranjados y una sombra de marrón que iba perfecta con sus ojos.

No dejaba ver la forma de su cuerpo, pero Jake nunca había estado más pendiente de lo que Ocultaba aquel vestido que cuando Priss entró por la puerta y se inclinó hacia delante para encender una vela.

Llevaba el cabello recogido en un "moño, corno de Costumbre, Pero con mechones cayendo sobre las orejas. Era un peinado que lo volvía loco, y tenía que hacer un gran esfuerzo' por no estirar la mano y acariciarlo allí mismo.

Con gran seguridad, Priss le sirvits unas cositas cuadradas que parecian muestras de un pastel de hojaldre al que habían dejado demasiado tiempo al sol.

-Petit fours -dijo Priss-. Estaban congelados. Pete y yo hemos ido a Winn-Dixie.

-Es un plato francés -apostilló Pete, muy orgulloso.

-Ya sé que es un plato francés, maldita sea-gruñó Jake.

-Claro, claro, no te enfades.

-No me enfado, maldita sea. -¿Más café? -intervino Priss.

Le dijo que era café expreso. Sabía más como el café aguado de Pete, sólo que como si lo tomaras al tercer día de estar hecho, pero Jake le tendió su vaso. Cualquier cosa valía para apartarlo de lo que se temía acabaría por suceder.

Que era bailar. Mientras cenaban, Priss puso en el cassette música de Vince Gill Y Allison Kraus. Jake pensó que él no tenía radiocassette.

Seguramente aquélla' era una de las cosas que obtuvieron en la expedición de compras.

Menos la mesa y las sillas, habían apartado todos los demás muebles hacia la pared. Una voz suave pero profunda sonó desde el cassette.

Pero en qué diablos había estado pensando, se preguntó Jake. ¿Por qué le había dicho que le enseñara a bailar cuando bailaba perfectamente? .

Al menos, sabía como rodear la cintura de una mujer y apretada contra él mientras sonaba la música.

Había aprendido a bailar de aquel modo antes de abandonar New Hope por primera vez.

Si Priss tenía intención de sacado a bailar el twist y a menearse y agitar los brazos en el aire, mala suerte.

Inevitablemente, llegó el momento. Priss se levantó y señaló con la cabeza el cassette mientras Jake se preguntaba si debía enseñarle sus cicatrices y solicitar una dispensa por discapacidad.

-Pete, ¿quieres apagar la cinta mientras yo quito la mesa? '

Jake notaba una gota de sudor que descendía por la espalda y llegaba a la cintura.

-Priss... no quites la música -dijo Pete-. Déjala y enseña a bailar al muchacho. Yo quito la mesa.

Pero sólo esta noche. No te olvides, el cocinero nunca... '

-Lo sé. El cocinero nunca lava los platos.

-Ya vas aprendiendo.

-Lo intento -dijo Priss con una sonrisa que podría derretir un yunque.

En cuanto a jake, hacía tiempo que había pasado la edad de aprender nada. Si necesitaba pruebas de eHo, allí estaba aquella mujer ofreciéndole los brazos, diciéndole que se atreviera a ponerse en sus brazos.

Capítulo 8

Una vez, en un rodeo cerca de Amarillo, a Jake le había tocado un potro al que llamaban Goldie del Infierno. Antes de salir a la arena supo por qué.

Aguantó cuatro segundos sobre el caballo cuando el mínimo eran diez. Su récord no pasaba de los seis.

Jake se esperaba batir aquel récord y no pisar a Priss antes de siete segundos.

-:,Pon la mano derecha aquí –decía Priss, agarrándole la mano derecha y poniéndola sobre su espalda, justo encima de la cintura. Jake apretó los dedos sobre la espina y respiró profundamente, inhalando su perfume y empezó a sudar.

-Ahora, toma esta mano, así -dijo Priss haciéndole una demostración. Estaba seria y endiabladamente dulce-. Ahora, cuando cuente tres, desliza el pie izquierdo hacia la izquierda. Uno, dos... así.

Separados por la distancia que un brazo, se deslizaron hacia la izquierda, luego hacia la derecha Y

Jake se deslizó, poco a poco, por una pendiente que conocía pero a la que no se atrevía a nombrar. Tropezó con sus propios pies un par de veces, pero a Priss no la pisó ni una sola vez.

Priss se preguntaba si l(i lección de baile habría sido una buena idea. Siempre le había gustado la música. Había recibido lecciones de piano durante muchos años antes de que su profesor la diera por perdida. Por lo visto, su talento musical se reducía a un buen oído de aficionada.

Pero, por una vez, la música no atrapó su imaginación. Las letras resonaban en su cabeza. Estaba sorda a la melodía, los sentidos saciados con el hombre que la sostenía.

De algún modo, la distancia entre ellos disminuyó hasta reducirse a unos centímetros. Con su sentido del tacto, Priss registraba el hombro Jake, duro como una roca, donde apoyaba la mano Y el tacto, firme de la mano que agarraba su otra mano. Su sentido de la vista absorbía cada detalle de su rostro, desde su ancha y fina boca, con el labio inferior más grueso, hasta los hoyitos debajo de los pómulos o las ligeras arrugas junto a sus ojos grises.

Se había puesto una colonia penetrante y Priss la olía, mezclado su aroma con el de la camisa limpia y una exótica esencia que no era más que el olor corporal inconfundible y delicioso de Jake. En la mejilla izquierda, aunque casi imperceptible, tenía una cicatriz, y otra en el borde de la mandíbula. Pete le había contado que cuando era más joven había sido jinete de rodeo. Tal vez no hubiera sido demasiado bueno.

Aunque el cinturón que siempre llevaba...

Lo había ganado en un concurso de captura de toros, decía Pete. ¿O fue en doma de caballos?

-Priss.

Pero la verdad era que Priss no podía imaginarlo fallando en cualquier cosa que intentara. Era demasiado duro, demasiado decidido, demasiado...

-Priss, nena.

Era demasiado...

-¿Qué? -dijo Priss y se sobresaltó al ver que Jake la apretaba contra sí con ambos brazos y que... estaba palpablemente excitado.

«Oh, Dios mío,» se dijo tragando saliva. Se atragantó, respiró profundamente, pero se ahogó.

- Jake le dio unas palmadas en la espalda, pero las palmadas se convirtieron en caricias, lo que no la ayudó en absoluto.

-Nena, la música se ha acabado -dijo-. Estás bien? ¿Quieres que le dé la vuelta a la cinta?

¿La música?,

Ah, claro, estaban bailando.

Cuidadosamente, Priss se soltó y esbozó una alegre sonrisa.

-Sí. Quiero decir, no... creo',que por ahora ya está bien. Empiezas a hacerte con ello, de todas formas, ¿no te parece? Lo único que tienes que recordar es dar un paso, deslizarte, dar un paso, deslizarte... uno, dos, tres, cuatro.

-Sí, señora. Dar un paso, deslizarse.

Los ojos de Jake, ¿había pensado que eran de plata? Jake estaba ligeramente sonrojado, como si empezara a tener fiebre.

-Jake, ¿has estado al sol sin ponerte el sombrero?

-¿Sombrero? -dijo él con voz grave.

Jake la miró de, un modo que le hizo preguntarse si tenía demasiado maquillaje. Ya no la tocaba, pero de poco servía, su propio cuerpo no olvidaba su tacto.

-El sombrero-espetó-. Oh, y a propósito, las manchas se quitan con sifón. Me acuerdo de haberlo leído en una revista, o puede que sea manzanilla.

No sé, nunca lo he probado, no sé si quita el maquillaje.

Jake seguía mirándola como si estuviera hablando en suajili.

A Priss, aquella, mirada le ponía nerviosa, y cuando estaba nerviosa, empezaba a Hablar como una cotorra, y cuando hablaba como una cotorra, no se sabía lo que podía suceder.

Entonces, Con toda claridad, Jake empezó a maldecir. Priss no sabía si era por algo que ella había hecho o dicho. Normalmente lo

era. Pero cuando la agarró por los hombros y la estrechó entre sus brazos y empezó a besarla, tuvo la certeza de que no era sólo para hacerla callar, porque...

«Oh, Dios mío.» Jake la besó con los labios, los dientes, la lengua, y con los brazos y Con las manos, y Con su cuerpo.

Estrechándose Contra ella, apretándose Contra ella y notó la dura hebilla- del cinturón Contra el estómago... o era...

Eran sus manos. y sus labios. Priss echó la cabeza hacia atrás para que Jake pudiera besarle el cuello, y luego le besó el lóbulo, jugueteando Con sus pendientes, lamiéndole la oreja...

Jake buscó a tientas el sofá. Sus piernas, tan castigadas a lo largo de los años, las sentía como espagueti. Si iban a fallarle en aquel momento, necesitaba saberlo, porque, mientras, no quería otra Cosa que yacer a su lado, o sobre ella, no quería hacerlo en el suelo.

-No nos precipitemos -dijo, cuando lo único que quería era precipitarse.

La música había terminado y Jake seguía sin saber bailar, pero de alguna manera, se las arregló para Conducirla hasta el sofá, dejó que se sentara y se sentó a su lado. Sin embargo, tuvo mucho cuidado para no hacerse daño y le rodeó los hombros Con Un brazo.

Maldita sea. Estaba tan nervioso como Un colegial en su primera cita. Jake Spencer, el hombre que una Vez se jactara de haberse metido en más peleas, bebido más cerveza y acostado Con más mujeres a la edad de dieciséis años que cualquier otro muchacho de Texas.

Por supuesto, no hacía falta decir que también era uno de los más mentirosos.

Dios, era un milagro que hubiera sobrevivido a la juventud. Y tal vez no merecía haberlo hecho.

«Retrocede, muchacho. No estás tratando con una de las mujeres de Bent Street.»

Había pasado mucho tiempo desde que no trataba con una mujer como Priss que no sabía qué hacer:

Bueno; en realidad, nunca había tratado con una mujer como Priss.

Le pitaban los oídos y pensó que, finalmente, le estaba dando un ataque. Su pasado empezaba a pasarle factura.

Luego se dio cuenta de que Priss estaba tarareando una canción.

-¿Tarareando?

Retrocedió y la miró con el ceño fruncido.

-¿Estás bien? -le preguntó algo preocupado.

Priss se echó a reír.

-Estaba tratando de recordar la canción, ¿te acuerdas? «Mamá, no

dejes que tu hijo se convierta en cowboy...»

Cantaba tan mal como él, pero era tan...

Sí, bueno, no estaba interesado en su corazón, se recordó Jake, y se separó algo más de ella. Menos mal que lo recordó a tiempo. Aquel asunto del baile, con la música y aquel vestido. Si un hombre no tenía cuidado, podía llegar a olvidar sus prioridades. Si había algo que Jake corría el peligro de no hacer, era mantenerse fiel a su propio código de valores.

Se aclaró la garganta.

-Te agradezco mucho la lección, nena, pero me temo que nunca llegaré a ser una amenaza para .el viejo como se llame, ese tipo que sale con un esmoquin blanco en aquellas viejas películas.

-Fred Astaire -aclaró Priss.

En realidad, Priss se alegraba de que la música hubiera terminado, porque empezaba a perder la noción de lo que estaba haciendo. Podría haberse quedado allí toda la semana, segura entre los brazos de Jake, moviéndose al ritmo de la música, sintiéndose cálida, querida y atractiva. Hasta tal punto que le parecía imposible poder estar a su lado sin echarle los brazos al cuello y entonces Jake la besó y habría sido lo más natural del mundo si las viejas dudas no la hubieran asaltado. ¿Podía su padre tener razón después de todo? ¿Lo que atraía a Jake era la famosa cuenta secreta de Barrington?

Si era así, el pobre Jake no tenía mucha suerte.

La única parte de la propiedad de su padre que había heredado era una pequeña anualidad, y ya había gastado la renta que correspondía a aquel trimestre enviando a Rosalie a Dallas con regalos para todas sus sobrinas y sobrinos, además de la provisión de medicina para et corazón que le hacía falta.

Si, por otro lado, estaba interesado en su virtud, todavía peor. Porque aunque le avergonzaba admitirlo, todavía era virgen. A la avanzada edad de veintinueve años todavía no se había acostado con ningún hombre.

-Priss. P.J., nena, ¿estás dormida?

-¿Qué? Claro que no -dijo Priss. Estaba más rígida que Un palo, con los puños apretados sobre su regazo, pero apoyó la cabeza sobre el hombro de Jake.

-Jake, lo siento. Algunas veces me olvido de que ahí alrededor hay otras personas y me pierdo en mis pensamientos.

Obligándose a relajarse, se arrellanó sobre el sillón, dejándose invadir por la reconfortante sensación del del brazo de jake sobre sus hombros. y volvió a perderse en sus pensamientos.

Pensó en la palabra virgen. No era una palabra que se oyera a

menudo en la conversación corriente pero la había oído en el banco de esperma. Le había hecho todo tipo de preguntas acerca del periodo, el tipo sanguíneo, sus ingresos y su vida amorosa, cosas que no eran asunto de nadie más que de ella, y luego había rellenado un cuestionario, dándole la vuelta al terminar, esperando que lo recogieran.

Entonces oyó a la mujer de la bata blanca hablando con alguien en el despacho y la señorita Agnes apareció al cabo de un instante y las cosas fueron de mal en peor.

Se puso furiosa, pero reconoció que no podían dar esperma a la primera mujer que pasara por la calle. Al menos, parte del proceso ya había terminado. Tal vez muy pronto le dieran uno de aquellos kits de fertilidad y le dijeran cuando podía volver.

De hecho ya había leído en una revista el modo de empleo.

-Salir de aquí Con el pensamiento, ¿eh? Me parece bien -dijo Jake y sonrió.

Los dos guardaron silencio y durante los siguientes minutos lo único que se oyó en aquella habitación cuadrada y fea era el ocasional crujido de la madera, quebrándose al enfriarse después de un día de sol y el sonido de su respiración, que se había calmado poco a poco.

Cuando era niña, Priss aprendió a desvanecerse en su propio mundo cuando el mundo real se abalanzaba sobre ella demasiado deprisa. Como adulta lo seguía haciendo algunas veces. En el colegio una profesora la había llamado, una vez, chica solitaria.

Con nueve años, Priss disfrutaba dramatizando su situación. Se consideraba, a veces, una niña abandonada a la puerta de una casa equivocada: la princesa Priscilla, robada por los gitanos y rescatada por un hombre enmascarado una pequeña Elizabeth Taylor. Las fantasías no requerían ningún sentido.

En algún lugar a lo largo del camino, la niña solitaria se había convertido en una mujer solitaria, pero para entonces poco podía hacer para remediarlo:

Cuanto más se esforzaba por ser como los demás, peores resu1tado_, obtenía. Por lo menos, Faith, Rosalíe y Sue Ellen la aceptaron tal como era. Y, por supuesto, tenía a los niños del hospital.

-Un penique por tus pensamientos -dijo Jake.

Ambos tenían las piernas estiradas delante de ellos, cruzadas por los tobillos Jake llevaba unas botas caras, aunque no nuevas. Priss que tenía tres pares de la misma marca, reconocía su gran calidad.

-Bonitas botas -dijo.

-Estabas pensando en mis botas?

-Tengo unas parecidas. No tan grandes, claro, pero con un diseño

casi igual.

Jake trazó' con el dedo una línea sobre la falda de Priss, por encima de su muslo.

-Nunca te había visto con vestido -dijo.

-Nos conocimos antes de ayer, ¿o el día anterior?

En el campo es fácil perder la noción del tiempo.

-Fue el jueves, pero antes de eso te había visto en la ciudad algunas veces. Y siempre llevabas vaqueros.

-Todo el mundo lleva vaqueros. No me gusta ir llamando la atención y que me miren los hombres.

Al no obtener respuesta, Priss miró a Jake y le sorprendió sonriendo.

-¿Qué? -preguntó-. Jake, ¿de qué te ríes?

De que una mujer sólo puede dejar de llamar la atención con vestidos de premamá? Qué epidemia.

No era eso lo que Jake estaba pensando, pero no dijo nada. Si tenía idea de lo atractiva que estaba con vaqueros, se sentiría incómoda, y él también. Por no decir cómo se sentirían si le decía que, aunque no le había visto la cara hasta el jueves, la habría reconocido en cualquier parte.

-Creo que debería irme a la cama. Estoy pensando en ir a mi casa mañana a primera hora. Supongo que a estas alturas ya estará lista, ¿tú qué piensas? Jake no tenía que pensar. Reaccionó instintivamente.

-Yo esperaría unos días, me aseguraría de que todo estuviera arreglado antes de trasladarme, pero eres tú la que tiene que decidir.

Priss frunció el ceño y se mordió el labio. Jake lo observó y siguió atacando.

-¿Te he hablado de las yeguas que traje el otro día? Me gustaría enseñarte una de ellas, saber qué piensas de ella. Es algo mayor, pero todavía tiene mucha clase. Pensaba que a lo mejor te apetecía que diéramos un paseo a caballo mañana por la mañana. Quiero llevarte al arroyo más bonito que has visto en tu vida y tú puedes decirme-si la yegua es buena. Estoy pensando en venderla a un rancho cerca del cañón del río Frío.

Hablaba tranquilamente, pero le brillaban los ojos, de modo que Priss pensó que era hora de decir buenas noches.

-Sí, bueno... me parece muy bonito. Hum, no soy una experta, ¿entiendes? Pero supongo que podría...Jake, ¿el ojo izquierdo te parpadea un poco?

Jake se encogió de hombros.

-Supongo que de cansancio.

-¿Estás cansado tú o tienes la vista cansada? -Las dos cosas.

Últimamente he estado leyendo demasiada letra pequeña. Priss...

-Tienes que ir al oculista.

_Yo? Pero si sólo tengo treinta y cinco años. -Sí, pero...

-Priss.

No era sólo su imaginación, pensó Priss, Jake estaba más cerca. Tan cerca que podía ver en sus ojos su propio reflejo y entonces la besó. Otra vez podría haberse apartado, y probablemente lo habría hecho de saber que era lo mejor que podía hacer, pero no lo sabía. En aquellos momentos lo único que quería por encima de todas las cosas era besarlo. Sentir el calor de su cuerpo contra ella. La suavidad de su pelo en sus dedos, la textura de su piel, su sabor... aquel sabor dulce, húmedo, envenenado.

Fue ella la que se giró para tenderse sobre su regazo. Fue Jake quien encontró los botones que abrían su vestido por ambos hombros. Antes de saber lo que ocurría, Priss sintió que le agarraba los pechos, sobre la tela, y al instante se 'los besaba, atravesando valles y montañas. Luego le acarició los muslos, levantándole la falda hasta dejar al descubierto el borde de las medias.

Priss se dio cuenta de que a Jake se le cortó el aliento al ver su piel desnuda, lo cual,. si lo pensaba, era sorprendente, porque la visión de la piel desnuda era algo corriente. Muchas mujeres enseñaban por la calle más de lo que ella enseñaba en aquellos momentos.

Aunque, pensándolo bien, lo mismo le sucedía a ella. Había visto el torso desnudo de muchos hombres, pero la visión del de Jake, con sus cicatrices, su mata de vello rizado y sus pezones oscuros, le hacían temblar las rodillas.

Jake respiraba agitadamente y ella también. Priss sabía que estaba excitado, porque podía sentir la presión de su sexo bajo su cadera, apretándose contra el borde de sus medias, y quería, por encima de todo, tocado, explorado tal como él la exploraba a ella, seguir su ardiente deseo allá donde la condujera y dejar que el mañana se ocupara del mañana.

Jake había metido los dedos bajo sus braguitas y los muslos de Priss se separaron, como siguiendo una voluntad propia. ‚Estaba caliente y húmeda.'

Metió la mano entre sus piernas y descendió sobre el pantalón de Jake, sintiendo cómo reaccionaba ante su caricia. Era lo más excitante que había experimentado en su vida.

Pero no era suficiente.

-Jake, ¿podemos...?

Jake le agarró la mano y la separó un poco.

_Cariño, aquí no. Soy muy viejo para un catre como éste -gruñó

Jake y echó la cabeza hacia atrás.

Priss lo miró, algo dolida y también asombrada.

Lo deseaba más de lo que hubiera querido.

-Tiempo muerto-dijo Jake-. Ahí viene Pete y Pete llegó. Acababan de volver a recuperar una posición respetable cuando el viejo entró en el salón con una bandeja en la que llevaba tazas -de diverso tipo, una jarrita de leche y el azucarero.

-Estáis muy callados. ¿Queréis que ponga más música?

Pocas horas después, con los rulos puestos, una capa de crema revitalizante en la cara y aceite de castor en las manos, Priss yacía despierta haciéndose muchas preguntas. Tales como cuándo sabe una mujer que está enamorada de un hombre, cómo se sabe que un hombre está realmente interesado en algo más que el sexo, o si, en caso de que no lo estuviera, el sexo era suficiente.

Con los ojos abiertos en la oscuridad, sus pensamientos se dirigieron hacia un asunto algo más práctico y se preguntó si montar a caballo sería tan difícil. La última vez que había montado tenía cinco años. Ella quería un pony, pero su padre la subió a su propia montura, un gran caballo bayo con una alzada de casi la altura de un hombre con los ojos pequeños y los dientes muy grandes. Se sentía tan alta que suplicó que la bajaran.

Su padre se disgustó tanto con ella, que casi la tiró de la silla, diciéndole que tenía que ser mayor y luego abandonó el corral y la dejó allí con el caballo y el mozo.

El mozo, que olía a paja Y a establo, era muy amable y la sacó del corral y le dijo que fuera corriendo a casa y le pidiera un helado a Rosalie, pero el daño estaba hecho. Desde aquel día le tenía miedo a los caballos. Más que un miedo paralizante, un temor respetuoso.

Por otro lado, también había tenido respeto a los ordenadores, pero una vez que lo superó logró aprender a utilizados. También había aprendido a esquiar, y a plantar una huerta. Una vez, en un campamento de verano, aprendió a pescar lanzando la caña, aun que en New Hope no había sitio para seguir practicando.

Tenía que aprender a montar a caballo. Además, pensó, ahuecando la almohada y tendiéndose de lado, era una excusa para estar con Jake.

Pero para alguien que parecía tener capacidad de aprendizaje, era un azote cuando se trataba de aprender a proteger su corazón. Pasar de Eddie a Jake era como pasar de una avioneta a un F-16.

De modo que salió a montar. .

Jake se daba cuenta de que estaba nerviosa y trató de darle confianza. y Priss fingió que estaba perfectamente, pero Jake sabía

que estaba tensa al agarrarla, del brazo para ayudarla a pasar una cerca.

Priss admitió que hacía mucho tiempo que no montaba y Jake pensó: «Sí, parece que no has montado nunca.»

Pero no dijo nada. Pensó que le debía algo por la lección de baile y fue todo lo amable que pudo.

Priss estaba más tiesa que un palo y no parecía en condiciones de poner objeciones. Sin darle importancia, para que no se sintiera ofendida, le dio unas cuantas instrucciones básicas mientras ensillaba los caballos.

-Yo iré a tu lado, por si te pones nerviosa o pasa cualquier cosa, ¿de acuerdo?

-Estoy bien. Tendrías que haber visto el primer caballo en el que monté, que también fue el último.

Era como un elefante y tenía los ojos pequeños, ojos de malo.

-¿SÍ? ¿Cuándo fue eso?

-Tenía cinco años -dijo Priss y miró a Jake para observar su reacción.

Jake sacudió la cabeza.

-Los estribos están bien?¿ Puedo subirlos un poco más.

-No estoy bien -dijo Priss con una sonrisa tensa y chispas en la mirada. A Jake le dieron ganas de besarla.

Pero no era buena idea.

-Se llama Rebecca's Baby Duckling.

-Dios mío, es un trabalenguas. ¿Puedo llamada Becky?

-O Duck. O Baby. Como tú quieras.

Priss respiró profundamente y miró a Jake. Luego dijo, con una voz sólo una octava más aguda de lo normal:

-Entonces, vamos allá, Baby.

Jake tuvo que hacer esfuerzos por no abrazarla y bajarla de la silla, para que desapareciera toda la tensión y luego depositarla sobre la bala de paja más cercana y enseñarle otra clase de lección.

Salieron a un paso tranquilo por un camino que conducía hacia el sureste, hacia el arroyo, un arroyo artificial, pero lo bastante antiguo como para ser bonito, con árboles y hierba, algunas rocas y flores silvestres. Jake pensó que a Priss le gustaría, viendo en lo mucho que se fijaba en algunos arbustos que había alrededor de la casa.

Jake se prometió que no dejaría que las cosas volvieran a Írsele de las manos. No debía olvidar que aquella mujer no era de su clase.

Por otro lado, pensaba que le debía algo por aquellas malditas salchichas. y por su mejor y único traje, y por sus camisas, por no mencionar todas aquellas noches en que volvía a casa después de

haberla visto en la ciudad y permanecía horas en el porche, acompañado de su solitaria cerveza, mientras pensaba en un modo de llegar a conocerla, de seducirla, en el modo de satisfacer su deseo por ella.

Sin detenerse, Jake señaló hacia las casitas donde Rico y loe vivían con sus familias. Le enseñó a Priss el nuevo establo, la cerca de entrenamiento y el campo donde el resto de su yeguada pastaba tranquilamente.

-Ya tengo un comprador interesado -le confió modestamente-. Pero no viene mal detener un poco una venta para que crezca el interés del comprador.

Le habló del potro rebelde y le explicó someramente en qué consistía el negocio de compra venta de caballos. Priss parecía genuinamente interesada, lo que le condujo a hablar acerca de sus planes para ampliar el negocio.

-De todas formas, lo que quiero, sobre todo, es mejorar la calidad. No necesito más espacio del que tengo, pero hay un considerable trabajo que hacer antes de que pueda sentarme a descansar.

-Todos necesitamos un objetivo -dijo Priss, y] ale pensó en el objetivo a corto plazo que había satisfecho cuando la llevó a su casa.

Al menos, se suponía que lo había satisfecho. Aunque su cuerpo no parecía muy convencido.

-Jake, ¿has pensado en casarte?

Jake se atragantó.

-No, señora, no lo he pensado. Al menos, no desde que soy lo bastante mayor como para saber lo queme conviene.

Era la verdad. Y si lo hubiera pensado antes, no se habría casado con Tammi.

-Oh.

Jake la miró con curiosidad. ¿Le habría dicho algo Faith? Suponía que la mayoría de los habitantes de aquellos lugares sabían que había estado casado con Tammi, pero hacía tanto tiempo que le parecía que había sido en otra vida.

-Bueno. Me apetecía preguntártelo -dijo Priss.

Cabalgaron en silencio el resto del camino .Jake no dejaba de sudar y se preguntaba si se había dejado el cerebro en el otro sombrero.

Llegaron al arroyo y se detuvieron. Priss se detuvo cambiando el peso del cuerpo y aflojando las riendas, tal como Jake le había enseñado. No tenía un talento innato, pensó Jake, pero aprendía muy deprisa, lo que le sorprendió. Empezaban a interesarlo un montón de cosas de aquella mujer.

-Jake, es maravilloso -dijo Priss con entusiasmo. Era sólo un canal de irrigación que el viejo Holloman había excavado hacía cuarenta años. A Jake nunca le pareció un lugar maravilloso, pero sí era bonito.

Se bajó de su montura y fue a ayudar a Priss, sabiendo que todavía estaría nerviosa. Pero estaba orgulloso de ella, tan orgulloso que se le henchía el pecho.

Pero al agarrarla por la cintura empezaron los problemas, porque, más o menos, Priss cayó en sus brazos y sus brazos se negaron a soltarla.

-Tranquila -dijo Jake y ella se rió. El sonido de su risa disipó el último atisbo de sentido común que le quedaba.

-Ah, Prissy, no se lo pones nada fácil a los chicos, ¿eh?

-Se me doblan las piernas -le dijo Priss, como si él pudiera explicar lo que le pasaba -y esta noche te dolerán.

No sólo las piernas se iban a resistir aquella noche. Priss tenía que darse cuenta de lo que le estaba ocurriendo a Jake, porque no podía ocultarlo.

Maldita sea, se dijo Jake, si ella no estaba tan excitada como él, sabía fingir muy bien, con aquella respiración agitada y sus risitas.

Pero una parte de su cerebro le susurró una señal de alerta.

Otra parte, sin embargo, le decía que si la dejaba marchar lo lamentaría el resto de su vida.

En cuanto a Priss, nunca se le había pasado por la cabeza fingir. Con Eddie no hubo ningún problema. El quería sexo, ella quería a alguien con quien salir, con quien hablar, con quien bailar. Al principio, quería a alguien de quien enamorarse, pero no tardó tIempo en averiguar que para ella sería muy difícil.

Con Jake, quería llegar hasta el final. Quería lo que todas las mujeres embarazadas de New Hope habían tenido, y lo quería con Jake. y no sólo por un tiempo, sino para siempre.

Capítulo 9

Los dos caballos, Baby y Oda Job, pastaban en la hierba alta y suave que había junto al arroyo. Los insectos revoloteaban y había margaritas por todas partes.

Pero Priss era ciega a todo. Su mundo comenzaba y terminaba en brazos de Jake. Lo miró llena de confianza y esbozó una" sonrisa, porque se sentía tan bien que no podía dejar de hacerlo. Había sido Jake quien la había invitado a montar a caballo. Después de todo, no era ella quien había insistido. Había sido Jake el que la había convencido para que fuera a su casa, no fue idea suya. Lo que significaba que, aunque llegara a decir lo contrario, quería estar con ella tanto como ella estar con él. .

Ya la había besado tres veces y no había duda de lo que sentía por ella. A los veintinueve años, había ciertas cosas que una mujer sabía bien.

Sabía que la deseaba. Y suponía que él sabía que sería suya en cuanto se lo pidiera" y sin embargo no se había aprovechado de la situación, de su vulnerabilidad. Lo que significaba que...

Lo que significaba que, a pesar de lo que pudiera decir, sus intenciones eran serias. No sabía mucho de los hombres, pero sabía que a la mayoría de ellos no les gustaba la idea del matrimonio. A las mujeres les gustaba el nido del matrimonio. A los hombres, en cambio...

Pero Dios los había hecho así, y los quería. .

Por primera vez en su vida, Priss se sentía sola.

Jake podía ser bueno en muchas cosas, pero sólo una mujer sabía como sacar todo el partido de un hombre, lograr que sentara la cabeza y tuviera una familia. Siempre había sido así, desde Adán y Eva.

Apoyando la cabeza sobre el pecho de Jake, sólido como una roca, se estrechó contra él Y trató de concentrar sus pensamientos en una seria consideración del futuro. Del futuro de ambos. Lo que no era fácil cuando el corazón de Jake latía bajo su oído.

Jake le acarició el cuello y luego apoyó la mano sobre sus caderas, apretándola contra él, hasta que Priss pudo sentir cada músculo de su cuerpo. Priss se estremeció, corría peligro de verse arrastrada por una oleada de pasión, y se aferró a lo único sólido que conocía en todo el universo.

Cuando Jake la dejó en el suelo, no profirió ni una palabra de protesta. Jake se quitó el sombrero, lo dejó en una planta de algodón y se arrodilló junto a Priss.

Sin un segundo de vacilación, Priss le echó los brazos al cuello y Jake aceptó su silenciosa invitación.

-Supongo que necesitas descansar unos minutos antes de volver -dijo Jake, y Priss sonrió. Sabía lo que necesitaba y no era descanso.

Jake se apartó el pelo de la frente húmeda, luego quitó, cuidadosamente, las horquillas del peinado de Priss y las metió en el bolsillo de su camisa.

-Llevo años queriendo hacer esto -dijo, y volvió a sonreír.

Por supuesto, no se refería a años, porque tan sólo se conocían desde hada pocos días. Pero una sensación maravillosa estaba naciendo entre ellos, casi como si ya se hubieran amado antes, en otra vida. Tal vez no se hubieran simplemente conocido aquel día en la tienda de Faith. Tal vez se hubieran reconocido.

La mente de Priss se llenaba de nuevas ideas y su cuerpo de nuevas sensaciones. Jake jugaba con su pelo, haciendo bucles con un dedo, alisándolo con otro.

-Nena, tienes que entender algo antes de que vayamos más lejos. No sé cómo decirlo... .

No tenía que decirlo. Priss lo sabía.

-El caso es que hay mucho trabajo que hacer en un sitio como éste. Hace mucho tiempo me hice una promesa a mí mismo, después... bueno, digamos que no he hecho muchas promesas en mi, vida, pero las que he hecho estoy obligado a cumplirlas.

-Jake, no tienes que explicar nada, lo entiendo -murmuró Priss.. .

Eran iguales. Ella tampoco hacía promesas a la ligera. Se alegraba de haberle demostrado la gran voluntad que ponía a la hora de trabajar, lo deprisa que podía aprender.

-Yo siento lo mismo.

Jake frunció el ceño y Priss pensó que todavía no estaba convencido, pero no importaba. Tenía el resto de su vida para convencerlo de que cuando el destino se interponía, tarde o temprano acababa por cumplirse.

Apoyó la mano en el cuello de Jake y notó su pulso. Con la nueva confianza recién encontrada se irguió y le mordió en la barbilla, le lamió el mordisco.

Jake se estremeció violentamente, con los ojos ligeramente cerrados.

-Tranquila, cariño -dijo.

«Cariño.» Priss adoraba el sonido de aquella palabra.

Jake trazó con un dedo una línea desde el cuello hasta la abertura del escote de Priss. A ella le palpitó el corazón.

-De la mañana a la noche -murmuró Jake con voz grave-. No queda mucho tiempo entre medias.

Algunas veces no me acuesto hasta que casi es la hora de

levantarse. Es una vida muy dura para un hombre soltero. Para una...

-Chisto Ya te he dicho que lo comprendo -dijo Priss, y le besó la palma de la mano Jake le acarició la mejilla, sacudió la cabeza y suspiró.

Priss notó que una brisa fresca le acariciaba los pechos y se sintió vulnerable y al mismo tiempo inexplicablemente feliz.

-Pero si estás tan ocupado, odiaría pensar que yo te impido hacer algo importante -dijo.

Jake se agachó y Priss sintió su aliento en el cuello, en sus pechos Jake le había desabrochado la camisa y la tenía abierta. Quería sentir sus manos sobre su cuerpo.

Y sus labios sobre su piel y el peso de su cuerpo sobre el suyo.

Jake dijo algo acerca de unos planes a largo plazo, pero ella no escuchó porque en aquel momento estaba más interesada en lo que estaba haciendo que en lo que decía.

Luego, con un quejido profundo y urgente, Jake la besó en la boca con una intensidad que le arrebataba a Priss cualquier traza de pensamiento. Se apretó contra él, sosteniéndole con ambos brazos, mientras se tendía sobre ella. Estaba excitado y Priss sintió un arrebato de temor que se disipó al instante.

La hebilla de su cinturón presionaba contra su estómago y quiso decide que se lo quitara, que se quitara todo, pero continuaba besándola y no quería que parase.

Cuando Jake metió una mano por su espalda, Priss se incorporó un poco para dejar que alcanzara el sujetador. Y se lo quitó.

-Perfectos -murmuró Jake-. Hechos para mí -dijo y los besó.

-Lo sé -susurró Priss.

Estaban hechos el uno para el otro. Jake, lo sabía de un modo subconsciente, por mucho que conscientemente se negara a admitido. Ésa es una diferencia entre los hombres y las mujeres. Una de las muchas y maravillosas diferencias...

Priss le agarró de las caderas y le acarició las nalgas.

Jake se estremeció y dejó de besada el pecho por un instante. Luego se apretó contra ella y Priss se preguntó

cuánto tiempo podrían resistir sin desnudarse por completo e hicieran lo que los dos deseaban.

Priss sabía lo que era el deseo. Tal vez no tuviera mucha experiencia, pero lo había sentido, y, además, había leído artículos sobre ello.

Jake se detuvo antes de desabrocharse los pantalones para decir algo.

--;¡Sí! Jake, por favor, date prisa, por favor.

Era Priss Barrington quien hacía aquellas demandas? Priss ni siquiera se reconocía a sí misma.

A Jake le costaba mucho quitarse el cinturón por el que ella habría sido capaz de pagar una fortuna, y le dieron ganas de llorar.'«¡Córtalo, rómpelo! date prisa, date prisa, que me derrito!»

Frenéticamente, tiró de su camisa. Jake se incorporó un poco y se la quitó de un tirón, descosiendo dos botones.

Qué hermoso era, se dijo, Priss, y sonrió. Pero Jake no parecía feliz, tenía aspecto de que le dolía algo.

Priss se levantó y le quitó la camisa de los hombros.

Jake se apoyó en una mano y luego en otra para ayudarla. Viendo sus cicatrices una vez más, Priss hizo una mueca. No eran bonitas, pero eran parte de él, así que las besó, deseando haber estado con él para aliviarle el dolor.

Empezó besándole las cicatrices y acabó besándole los pezones, saboreando el sabor limpio y salado de su piel. Al ver que se estremecía, Priss estuvo a punto de explotar con la alegría del amor.

Jake levantó la cabeza y la miró a los ojos, y ella pensó: «Qué serio parece, con esa cara tan angulosa.»

Su Jake, su hombre. Lo había visto de buen humor, enfadado, preocupado; y en aquellos momentos lo veía poseído de deseo.

-Priss, nena, sabes lo que siento, ¿verdad? Te he explicado... .'

Priss asintió, tan llena de amor y felicidad que no podría haber hablado aunque se lo hubiera propuesto. Sabía lo que sentía Jake porque ella sentía lo mismo. Estaban enamorados y él le había avisado de que a partir de aquel momento la vida no sería igual que cuando vivía en casa dé su padre, con criados y sin otra cosa que hacer que ir de compras y hacerse la cera, las uñas y el peinado según el calendario previsto.

Le había visto amable y, a pesar de su ropa raída, tenía una arraigada integridad que había reconocido desde el principio.

-Lo sé, cariño, yo siento lo mismo. Ahora soy una mujer y sé lo que... -dijo y se interrumpió para respirar profundamente-. Hazme eso otra vez, me hace sentir como si fuera miel caliente y blanda.

y él se lo hizo otra vez y luego le alzó las caderas y le quitó los pantalones y la miel se derritió todavía más y ella se ahogó en una alegría oscura y dulce.

Jake tenía preservativos, pero los había llevado en su cartera durante tanto tiempo que no podía garantizar su eficacia.

-Priss, ¿tomas la píldora?

Priss negó con la cabeza.

-Y es una buena fecha para ti? Quiero decir, puede que volver a

atrás en el último momento no sea mala idea.

Priss tardó unos momentos en darse cuenta de a qué se refería y como parecía tan preocupado estaba segura de que se detendría si le decía que estaba en la época fértil, así que decidió mentir. En cualquier caso no había muchas posibilidades de que se quedara embarazada. Además, se casarían en cuanto Jake encontrara tiempo libre en su trabajo.

-No hay problema -dijo y se quedó muy sorprendida del sentimiento de culpa que la invadió. A pesar de que decía mentiras de vez en cuando, como todo el mundo, era de naturaleza sincera. Pero, ¿no 'era aquella una de esas ocasiones. en que era mejor mentir?

y entonces, el sentimiento de culpa se vio tragado por la presencia de otro sentimiento más intenso.

Jake contó lentamente hasta diez. Pero podría haber contado hasta mil y de nada habría servido.

Se había jurado no precipitar las cosas, porque tal vez no volviera a tener más oportunidades. Tal vez pudieran llegar a alguna clase de entendimiento, pero en caso de que no, estaba decidido a que fuera para ella lo mejor posible. De modo que pudiera recordarle-una vez que volviera a su confortable piso y a pasear por la ciudad en su coche descapotable. Con otro.

Otro que la llevara a un club de lujo y la invitara a cenar, y bailara con ella y bebieran vino, y luego se fueran a casa con ella y le hiciera el amor y despertara al día siguiente en su cama, invadida por el olor de su cuerpo...

-Jake.

Jake tragó saliva.

-Sí, Priss, nena, ¿estás segura?

-Sí. Pero si no quieres...

Jake se echó a reír, con asombro. Con dedos temblorosos, siguió desnudándose y desnudando a Priss y luego se tendió sobre la cuna de sus muslos. Una parte de él quería estar separado de ella para mirada, para observar su cuerpo entero, sus firmes senos, la curva de su cintura, y el ligero promontorio de su vientre. La primera visión del dorado vello entre sus muslos casi le hizo llorar. Era tan perfecta. y tan real.

Merecía que le diera todo el placer de que era capaz y, si no podía ofrecerle nada más,'eso sí podía dárselo.

Lenta, cuidadosamente, Jake la llevó a la cima del deseo, utilizando toda su sabiduría. La amó con las manos, con los labios, con la lengua.

Cuando la penetró estaba ya a punto de perder la cabeza.

Cuando se dio cuenta de que era virgen era demasiado tarde.

Incapaz de retroceder, empujó violentamente, una y otra vez. Finalmente se estremeció, apoyando la cabeza sobre sus hombros, mientras luchaba por recobrarse de lo que había sido la experiencia más intensa de su vida.

-¿Por qué no me lo has dicho? -susurró cuando volvió a tener control sobre sí mismo.

Priss no fingió no saber de qué hablaba. Debía haber oído su quejido. En alguna parte había leído que los hombres siempre se daban cuenta de cuando hacen el amor con una virgen, pero también había leído que no podían. Pero ¿qué importaba?

-Pensé que no importaba.

Jake rodó a un lado y se tendió boca abajo, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados. No habló. Priss le tapó con una camisa. Una rana croó y una bandada de cuervos se posó sobre el campo de algodón y volvió a emprender el vuelo. Priss no oyó nada.

Buscando alguna pista que le permitiera averiguar qué ocurría, Priss observó a Jake, tendido a su lado. De cintura para arriba estaba moreno y tenía la espalda suave, excepto en aquellas cicatrices. De cintura para abajo era pálido y estaba cubierto de vello.

Jake, ¿ocurre algo?

Priss sabía, que probablemente, no había hecho el amor correctamente, pero' estaba segura de que Jake sabía que con la práctica mejoraría. Y estaba deseando practicar para alcanzar el grado de maestra en aquel arte.

Jake se dio la vuelta y la miró.

-Exacto, ocurre algo. ¡Me has mentido!

Priss se incorporó y lo miró fijamente.

-Yo no... Bueno, puede que sí, pero no ha sido una gran mentira y de todas formas, ¿cómo sabía que le había mentido? Sin uno de los kits que le habían dado en el banco de esperma no podía saber si era fértil, e incluso si lo era, las posibilidades de quedarse embarazada eran remotas. Jake, además, se había puesto uno de aquellos preservativos.

-¿Qué quieres decir con eso de que no es una gran mentira? Nena, si has mantenido la virginidad hasta ahora, es que perderla era una asunto importante para ti. ¿Lo que quiero saber es por qué? ¿Qué esperabas obtener?

Priss se había equivocado al juzgar qué le había molestado, pero no se equivocó a la hora de juzgar aquel «nena». No, lo había dicho con un desprecio inconfundible.

-No creo que sea asunto tuyo. Y, de todas formas, no puedes estar

seguro de que sea virgen. Una vez leí un artículo que decía que, excepto en ciertas ocasiones, los hombres no...

-¿Ah, sí? Bueno, pues yo sí puedo. Y en el caso de que te hayas hecho alguna idea extraña en la cabeza, puedes irte olvidando de ella, porque como te he dicho, no me interesan los tratos a largo plazo.

-Estupendo. Bien. Porque a mí .tampoco. Y aun que me interesaran, no... no...

Priss gateó buscando su ropa y empezó a vestirse, sin atreverse a mirar a Jake y esperando que él no la estuviera mirando, esperando que se hubiera tirado al arroyo Y se hubiera ahogado.

«Oh, qué equivocación. Se suponía que no era así como tenía que ocurrir.»

Después de ponerse las botas descalza y meterlos calcetines entre el cinturón y la camisa se dirigió a los caballos.

-Ven aquí, caballito -dijo, esperando que el maldito animal acudiera a su llamada.

Tomó las riendaS y trat6 de recordar por qué lado tenía que montar. Izquierda, derecha, izquierda, derecha.

No sabía. Daba igual.

Evidentemente lo hizo bien, porque Baby no se quejó. Moviéndose hacia detrás y adelante, logró que la paciente yegua empezara a andár.

Jake la observó marchar. Probablemente los dos habían sido devorados por los mosquitos, pero ése era el menor de sus problemas.

Y el menor de los problemas de Priss. Pero si pensaba que sólo porque le hubiera dado su virginidad estaba dispuesto a casarse con él... mado su virginidad?

Ni mucho menos, le había forzado a tomarla.

Tenía veintinueve años,Ninguna mujer la Conservaba tanto tiempo. No, a no ser que estuviera mal de la cabeza.

Y Priss estaba mal de la cabeza, de eso no había duda, sólo que era preciosa. Y tenía que reconocer que tenía carácter y se atrevía con todo, desde cocinar a planchar, aunque al final fuera un desastre.

Pero, maldita sea, el sexo era distinto, sobre todo si la virginidad de una mujer andaba de por medio.

No podía haber creído que se casaría con ella, porque él se lo había dejado claro desde el principio.

Habían hecho el amor porque los dos querían hacerlo, así de sencillo. Y por que los dos eran libres, y no había una sola razón en el universo que les impidiera seguir siéndolo.

Lentamente, Jake se vistió. Silbó para llamar a OddJob, montó y se marchó. Antes de ver a Priss, tenía muchas cosas en qué pensar, y él

siempre pensaba bien las cosas antes de hacer algo importante.

Volviendo a la casa, Priss repasó todo lo que se habían dicho. No lo que habían hecho, porque era algo que no olvidaría nunca, pero en aquellos momentos necesitaba recordar lo que habían dicho.

En las palabras que habían dicho, en algún lugar, tenía que estar la clave de lo que ocurría.

Pete había vuelto de donde quiera que hubiera ido aquella mañana y la saludó desde la puerta de la cocina, cuando ella trataba de escabullirse y dirigirse a su habitación.

-Tendrías que haberte puesto un sombrero.

-Estaba secando una cacerola con un trapo de cocina bastante sucio.

-No suelo ponerme sombrero -dijo Priss, tratando de sonreír. El viejo la trataba como si fuera una mezcla de sobrina y aprendiz de asistenta. .

-Pues deberías. Así no se te ensucia el pelo.

-Tengo que subir y… hacer las maletas –dijo apresuradamente.

Pete salió al vestíbulo. Ella llegó a lo alto de la escalera.

-Parece que has estado revol…

Priss se sonrojó; y respondió sin darse la vuelta.

-Lo sé, lo sé, revolcándome por el suelo -dijo, y se sonrojó todavía más.

Capítulo 10

Cerrando la puerta de la habitación tras ella, Priss cerró los ojos y se apoyó contra la puerta. Durante unos momentos se permitió reflexionar sobre lo que había pasado.

Siempre se había preguntado cómo sería. ¿Qué mujer en sus circunstancias .no se lo preguntaría? Había sido tentada una o dos veces, pero nunca lo suficiente como para romper con las advertencias de sus padres.

De modo que, finalmente, había ocurrido. Y había sido...

No quería usar la palabra «destino», pero sí pensó en la palabra «inevitable». Y muy excitante, por supuesto, y también incontrolable, e incómodo, y un poco... descarado. Pero en conjunto había sido... maravilloso, decidió. Hasta que Jake dijo aquellas cosas horribles.

Recordó que la última vez que había llegado tan alto, había acabado por caerse y romperse un brazo.

Aquella vez, temía haberse roto algo peor que un brazo. Pero si había algo que se le daba bien, era ocultar sus sentimientos y comportarse como si nada sucediera.

Sacó las maletas de debajo de la cama y las puso sobre ella. Empezó a vaciar la cómoda. Era asombroso lo poco que le había costado acomodarse en aquel lugar en tan sólo unos pocos días. No era extraño que Jake pensara que estaba tratando de hacerse un sitio en su vida.

Después de dar unas cuantas vueltas se dirigió al rellano de la escalera.

-¡Pete! ¿Puedes llevarme a la ciudad esta tarde?

El viejo emergió desde la cocina. Seguía secando la sartén. Priss sospechaba que estaba viendo la televisión y usaba la sartén para parecer ocupado cada vez que entraba alguien.

-¿No te puede llevar Jake?

-Está ocupado, eso me ha dicho.

Le había dicho eso y mucho más.

Se le hizo un nudo en la garganta, pero; sin prestarle atención, volvió a hacer el equipaje. Pensó en llamar a los bomberos para asegurarse de que su piso estaba listo, pero decidió no hacerlo. No importaba lo que le dijeran, volvía a su casa. Si no la dejaban entrar, buscaría otro lugar donde ir, tal vez le sirviera como excusa para buscar otra casa donde vivir.

Una casita, con un jardín bastante grande y columpios.

Una casa cerca de un colegio.

Al diablo con Jake Spencer, quién lo necesitaba.

Justo cuando terminó de hacer el equipaje, oyó que llegaba Jake. y

subía las escaleras.

No quería hablar con él, no en aquellos momentos. Probablemente, nunca más. Podía hacer con sus promesas a largo plazo lo que le diera la gana, porque no se casaría con él aunque se lo pidiera de rodillas.

Si es que podía ponerse de rodillas. Después de ver las cicatrices de su cuerpo, incluida una en la pierna izquierda, señal de una rotura muy .seria, se preguntó cómo era capaz de andar y montar a caballo.

Había tenido dificultades para tenderse en el suelo, al lado del arroyo... y estaba subiendo las escaleras.

Siguiendo un impulso, cruzó el pasillo y se metió en el baño, cerrando de un portazo.

Los firmes pasos de Jake se detuvieron al otro lado de la puerta.

-Priss, abre la puerta, por favor.

A Priss, el nudo de la garganta descendió hasta el pecho, donde empezó a dolerle.

-Estoy ocupada -gruñó.

-Maldita sea, mujer, tenemos que hablar.

-Pues habla -dijo Priss, y suspiró y se limpió los ojos húmedos con el dorso de la mano. No quería llorar y no pensaba hacerlo. Lo que estaba hecho estaba hecho y llorar no iba a cambiar nada.

Por una décima de segundo, Priss pensó que Jake rompería la puerta. Vio que temblaba la puerta y que el picaporte, de porcelana, viejísimo, se movía a un lado y a otro.

-Por Judas Iscariote -le oyó decir a Jake entre dientes y luego oyó que se alejaba por el pasillo.

Enterró el rostro entre las manos y se sentó en el inodoro para gritar en silencio, lo que aligeró el dolor de su pecho, pero no sirvió de gran cosa a su corazón.

Ni siquiera podía culpar a Jake. Ella tenía la culpa de casi todo. Cada vez que la besaba, ella le devolvía el beso. Jake debía saber cómo se sentía, porque no había tratado de ocultarlo, al pensar que él sentía lo mismo por ella.

Bueno, empezando a partir de aquel momento, todo iba a cambiar. Si podía querer a un hombre, también podía dejar de quererlo.

¿Que él tenía planes a largo plazo? Pues ella también, y en ellos no entraba tener relaciones con un vaquero que llamaba «nena» a toda mujer con quien se topaba y «cariño». Oh, cómo le encantó oír aquella palabra.

Pero en aquellos momentos, probablemente estaba esperando al pie de las escaleras, para hacerle firmar una renuncia, liberándole de toda responsabilidad por haberla desflorado.

Desflorar, qué palabra tan estúpida. No sabía a quién se lo había

oído: A Rosalie, probablemente, estaba bastante segura de que no lo había leído en el Cosmopolitan.

De todas formas, a su edad, la virginidad era un chiste Jake no le había quitado nada ella se lo había dado por propia voluntad, pero antes se apagaría el fuego del infierno que dejar que la tocara otra vez.

Jake no estaba al pie de las escaleras cuando Priss bajó todo el equipaje, seguía sin haber señales de él.

No sabía si sentir alivio o decepción. Fue a la cocina y se asomó al despacho.

-Pete. Estoy lista. Si traes la camioneta, voy sacando las cosas.

El viejo se dirigió al vestíbulo con ella y sacó la maleta más pesada. .

-Toma ésa otra, yo sacaré el resto -dijo-. Jake me ha dado las llaves "de su camioneta así que no se mancharán las maletas, porque Con lo sucio que está mi cacharro.

Tres días después, el jueves, Rosalie regresó de Dallas, con muchas fotografías y un pastel de su familia para Priss. No perdió el tiempo preguntando a Priss por las razones de sus ojeras y su triste mirada.

-No has comido bien¡-le dijo.

Priss le aseguró que sólo eran las señales de una infección que había sufrido en el hospital, la última vez que fue a ver a los niños.

Seis días después, cuando el intendente de bomberos obligó a que quitara un arbusto que acababa de plantar en la entrada de servicio al jardín, decidió empezar a buscar una casa por un precio moderado y con amplio jardín. , Afortunadamente, le devolvieron el coche como nuevo. Fue al hospital de New Hope tres veces en aquella semana, a leer cuentos a los niños, aunque algunas veces, querían hablar, así que ella se limitaba a escucharlos.

Rosalie, seguía tan activa como siempre, más, si cabe, después de andar enredando en las vidas de sus sobrinos. Priss no dormía lo suficiente y no comía lo suficiente. Siempre estaba triste.

El viernes, desayunando, justo dos semanas después de haber conocido a Jake, Priss dijo que no tenía hambre y Rosalie le dijo que la culpa de todo la tenía su obsesión por los niños.

-La señorita Agnes me lo ha contado todo. Si tu padre viviera, metería algo de sentido común en esa cabeza. Ahora, siéntate ahí, tómate el desayuno y déjate de tonterías.

Priss se sentó y llegó a tragar algunas cucharadas de cereales, pero le recordó el lío que había armado al intentar hacerle la cena a Jake yeso le recordó otras muchas cosas, de modo que se tapó la cara con la servilleta y se levantó en cuando Rosalie se sentó a ver la televisión.

Lamentaba dos cosas. Una era haber conocido a Jake Spencer, pero la otra era, ya que lo había hecho, no haber discutido con él, de un modo tranquilo y racional, la posibilidad de que fuera el padre de un hijo que luego le dejara criar a ella. Eso habría sido mejor que nada.

De hecho, era la solución perfecta. No tenían tanto en común como para casarse, excepto por aquella atracción que sentían en momentos de debilidad.

Oh, durante algún tiempo pensó que estaban destinados a estar juntos. Pensó en lo mucho que se habrían divertido, creando un nuevo hogar en aquella horrible casa. Durante algún tiempo pensó que el corazón de Jake ocultaba una secreta soledad y había respondido a ella instintivamente.

Pero estaba equivocada. Jake no estaba solo. Era demasiado terco como para necesitar a nadie, excepto, tal vez, a Pete, e incluso en ese caso, sospechaba, era porque Pete necesitaba que lo necesitaran.

Si alguna vez se casaba, no, sería con una mujer que no sabía cocinar, ni lavarle la ropa sin echar a perder sus pantalones, que ni siquiera sabía montar a caballo sin balancearse sobre la silla como un saco de patatas.

Pero le habría gustado pedirle que tuviera un hijo con ella y lo cierto era que había una posibilidad, remota, pero real.

Bueno, el tiempo lo diría. Mientras tanto, por si acaso, concertó otra cita con el banco de esperma, asegurándose de hacerlo el día que no trabajaba la señorita Agnes.

Era uno de los meses de julio más calurosos de la historia. Priss fue a Dallas, decidida a hacer serios cambios en su vida.

Se le pasó por la cabeza la idea de cortarse el pelo y peinárselo con aquellos peinados discretos que tanto gustaban a su madre. «En New Hope, Priscilla Joan, hay chicas con el pelo largo y chicas que saben peinarse,» le dijo su madre más de una vez.

A los veintinueve, Priss se dio cuenta, por fin, de quién era.

De modo que se olvidó de cambiar de peinado y de comprar ropa clásica y se compró un collar de lapislázuli, y un chaleco de muchos colores hecho a mano en Guatemala, Y un precioso sombrero de paja rosa.

Dos semanas después volvió a ver a Jake. Habían pasado seis semanas desde el día en que hicieran el amor a orillas del río y ella hiciera el equipaje y abandonara Bar Nothing para siempre. En el fondo, siempre supo que, tarde o temprano, volvería a verlo.

En New Hope, todo el mundo acababa por verse. Pero de todos los días posibles, el destino les reservó uno especial.

Acababa de averiguar que estaba embarazada Y corrió a la tienda

de Faith para comprobar COn ella las primeras etapas del embarazo, cuando apareció Jake, entrando por la puerta con aquel andar descuidado, igual que John Wayne, acompañado del sonido de la campanilla de la puerta.

A Priss le palpitó el corazón, mientras esperaba que saludara a Faith, que estaba hablando con un par de clientes. Luego observó que se acercaba a ella y trató de adoptar una actitud indiferente.

Lo saludó como si se tratara de cualquier viejo amigo, sin pensar que era el primer y único hombre con el que había hecho el amor.

El único hombre al que había querido lo suficiente como para pensar en el matrimonio, aunque tratara de olvidar aquella idea por todos los medios.

El sonido de la campanilla anunció la entrada de otro hombre Priss lo ignoró, aunque trató de no mirar a Jake. ¿Pensaba que era guapo? En realidad no lo era. Era parecido a Clint Black sólo que más alto.

Llevaba los mismos vaqueros viejos de siempre y botas camperas y tenía el mismo gesto duro con la cejas oscuras Y los ojos grises.

En aquel momento se agolpó en su mente todo lo que había tratado de olvidar. El modo en que había estado a punto de romperse el cuello tratando de agarrada cuando ella tropezó en la tienda, aquel primer día. Cómo se presentó en su casa porque había oído que se había incendiado.

Pensó en el modo en que cuidó de no herir sus sentimientos después de aquella primera cena juntos, y en lo encantador que estaba la noche que bailaron, concentrado en no pisarla... aunque pensó que no tenía tan poca experiencia como pretendía. Sí, sabía que ella le importaba, pero no lo suficiente.

Jake pasó junto a una mujer embarazada y Priss pensó en dar media vuelta y salir por la puerta trasera.

De todos modos, Faith estaba tan ocuparía, que aquel día no podría compartir con ella la buena nueva,

Pero entonces Faith vio al hombre que había entrado detrás de Jake.

-¿Mitch? Mitch McCord. Hace años que no te veo -dijo.

Al oír aquel nombre,Jake se dio la vuelta, estrechó la mano de Mitch, diciéndole que se alegraba de verlo y lo pequeño que era el mundo, y los dos se abrazaron dándose palmaditas en la espalda.

Priss' se 'quedó donde estaba, sintiéndose fuera de lugar, lo que no era una sentimiento particular mente nuevo. No conocía a aquel hombre, pero lamentaba que distrajera la atención de Jake.

Faith hizo las presentaciones.

-Priss, ven que te presente a Mitch McCord.

Mitch, ésta es Priss Barrington. Mitch tiene fama de haber robado tantos corazones en sus tiempos de instituto como Jake. Te acuerdas de Jake, ¿verdad, Priss? Te tropezaste con él aquí mismo el cuatro de julio.

-Fue el uno de julio -dijeron los dos a la vez.

Luego Jake añadió:

-Sí, lo recuerda. Mitch, me alegro de verte. Priss, ¿quieres salir a dar un paseo?

Antes de que Priss pudiera encontrar una excusa, Faith se dirigió a Mitch.

-¿Qué diablos haces en una tienda de niños? ¿No me digas que estás pensando en casarte y empezar una familia? Jake y tú sois los últimos solterones de New Hope, aunque supongo que, estrictamente hablando, ya no podemos llamar solterón a Jake.

¿No? A Priss se le hizo un nudo en el pecho y se preguntó qué podía haber cambiado en las últimas 'seis semanas.

Sin duda, no se había casado. El periódico local habría anunciado la noticia.

Luego habló Mitch.

-Mira, necesito ayuda, Faith. ¿Puedes decirme qué hace falta saber para cuidar a un niño?

-¿Qué niño? ¿Cuántos años tiene? ¿Es niño o niña? ¿Cuánto tiempo lo vas a tener? Mitch, compra de cosas a un niño no es lo mismo que comprar unos neumáticos.

Jake se mordió el labio.

-Para empezar, es mucho más caro.

Mitch McCord se mesó los cabellos.

-Lo único que sé es que alguien ha dejado un bebé, metido en una cesta, a la puerta de mi casa, con una nota que decía que cuidara de mi hijo. ¡Mi hijo! ¿Qué os parece?

Jake trató de contener una sonrisa, lo que a Priss le pareció una falta de sensibilidad, considerando que Mitch era su amigo y parecía hundido.

-¿Es tuyo? -preguntó Faith.

Mitch se encogió de hombros.

-Puede ser.

-En ese caso será mejor que empecemos por el principio. _

-Al final todo el mundo paga sus deudas –dijo Jake sonriendo abiertamente.

Mitch lo miró fríamente.

-Tú espera. Te llegará el turno uno de estos días y veremos quién se ríe entonces.

Faith, ¿y uno de esos cochecitos? ¿Tienes alguna revista para padres?

Priss le dio un libro que había estado ojeando. -Supongo que es tarde para esto.

-Nutrición prenatal. Sí, parece bastante sana.

-¿Tienes una niña? -preguntó Jake, y a Priss le sorprendió comprobar que parecía casi envidioso-. Será mejor que te lleves esto -dijo y puso un buzo sobre el mostrador.

-y esto -dijo Priss poniendo una caja de pañales.

-¿Qué tiempo tiene? -preguntó Faith, siempre tan práctica.

-¿Cuánto tiempo? -dijo Mitch, y sus ojos se cubrieron de pánico. A Jake le parecía muy divertido, a Priss, conmovedor.

-Jake, deja de reírte -dijo Priss-. Mitch, ¿puede sentarse ella sola? ¿Habla?

-Oh, no lo sé, se pasa el día ensuciando pañales. Acabo de dejarla con Jenny, mi vecina, y me he venido corriendo a preguntar a Faith.

- Priss, que estaba seleccionando algunas prendas para la niña de Mitch, pero con su. propio hijo en mente, dijo:

-¿Jenny Stevens? La conozco. Nos vimos en la fiesta de compromiso que Faith les dio a Mike y Michelle en febrero Jenny me dijo que tenía algunas semillas de mora, pero los bomberos no me dejan plantar nada en el jardín de mi casa. Te acuerdas de Jenny, ¿verdad?

Los cristales saltaron por todas partes. Faith había dejado caer una lámpara en forma de dinosaurio y estaba de pie, quieta como un témpano.

Después de un instante de desconcierto, Mitch se agachó a recoger los trozos de la lámpara Jake tomó, del brazo a Faith y la llevó a la mecedora. Priss fue a buscar una escoba y . un recogedor al almacén y Faith se sentó, con la cara roja como un tomate.

Tardaron poco en restablecer el orden y Faith se recuperó del sobresalto, fuere cual fuere su causa.

Priss suponía que tenía algo que ver con el embarazo de su amiga.

-Eso me recuerda -dijo con sorpresa-. Que la boda de Russo es en noviembre, el mismo mes que sales de cuentas, Faith. Dos acontecimientos felices el mismo mes, ¿no es maravilloso?

Faith palideció, luego se levantó y corrió hacia la puerta trasera.

-Si me perdonáis un momento. Mitch, piensa lo que quieres llevarte y ahora vuelvo.

Jake tomó la mano de Priss.

-¿Vamos a dar un paseo? -dijo, como si se hubieran separado el día anterior y en los mejores términos.

Nada había cambiado. Su tacto seguía provocando en ella fuegos artificiales. Aún así trató de soltarse sin conseguido. .

-Creo que será mejor que me quede -murmuró-.

Puede que Faith me necesite.

Faith volvió al instante y la disuadió.

-Beth viene a la una, vete tranquila. Ya hablaremos.

-Ya has oído a la dama -dijo Jake sonriendo, pero sus ojos tenían aquella mirada acerada que Priss había aprendido a temer.

-Ya nos veremos, McCord. Buena suerte con la pequeña -dijo Jake.

En el exterior el calor era agobiante. No había rastro de nubes.

-Tal vez -dijo Priss-, a tu amiga no le habría venido nada mal un poco de apoyo.

Jake le dio' una palmada en la mano' y la soltó.

-Puede que yo no esté de humor para apoyar a nadie.

-En ese caso, ¿por qué no te vas a tu casa? No hace falta que me acompañes al coche.

-No pensaba hacerla. Ya te he dicho' que tenemos que hablar.

-Si tienes algo que decir, pondrías haberlo' dicho' antes de que me fuera.

-Estabas encerrada en el baño', ¿no te acuerdas? Priss lo miró a los ojos y aquella mirada bastó para estremecerla. Una palabra, y se veía obligada a recordarse la multitud de razones por las cuales no amaba a aquel hombre.

Una caricia y todo volvió a precipitarse en ella.

Recordó el tacto de su piel, sus cicatrices, la mata de vello de su pecho, la de su vientre, su hermoso cuerpo.

Y el modo en que le hizo sentir aquella mañana.

La camioneta de]ake estaba bajo el sol. Ella había aparcado un poco más abajo, en la única sombra que se podía encontrar a aquella hora, junto al banco.

El director del banco siempre le 'permitía aparcar allí los viernes. Era una de las pequeñas cortesías de las que disfrutaba por ser quien era.

Se sentaron en la camioneta con el motor encendido y el aire acondicionado puesto, pero pasaron algunos minutos antes de que alguno hablara.

Priss podría haber esperado todo el día. No tenía ni idea de qué quería]ake, pero sospechaba que se trataba de algo que a ella no le gustaría. Si tuviera algo importante que decirle, se lo habría dicho aquel día junto al arroyo.

-En esta ciudad hay más lenguas sueltas que en una jauría de perros -dijo]ake, apoyándose en la ventanilla.

-De eso querías hablar? del último boletín de noticias de la señorita Agnes?

-Exacto. Supongo que fue la señorita Agnes la que empezó, pero ahora lo sabe toda la ciudad. La mujer de Rico fue al dentista y volvió diciendo que te has quedado embarazada gracias al banco de esperma.

Como mera recepcionista, la señorita Agnes no tenía acceso a todos los datos del banco de esperma.

A pesar de ello, Priss debería haber imaginado que ocurriría algo así. En aquella ciudad, nadie podía cambiar de marca de dentífrico sin que todos se enterasen, aunque equivocaran el nombre de las marcas.

Priss había asumido desde el principio que]ake acabaría por enterarse, pero no esperaba que fuera tan pronto. Tan cerca en el tiempo a lo que había pasado entre ellos, y además, no era tan inmune a él como esperaba.

Aquellas cosas llevaban su tiempo.

-¿y? -dijo]ake, secamente. Aquella palabra escueta sirvió para que Priss se diera cuenta de que estaba muy enfadado y, al mismo tiempo, conteniéndose.

Tuvo la tentación de repetir la réplica, pero no se atrevió. Habría sido como una pareja de niños paleándose a ver quién aguantaba más.

Con un sólo movimiento,]ake se quitó el sombrero y lo dejó en el asiento de atrás. Miró a Priss a los ojos y dijo:

-Por qué diablos no dejaste que yo te diera un hijo si tanto lo deseabas?

Capítulo 11

Jake, hablando todavía de habladurías, salió del aparcamiento y se detuvo en Little Joe's a comprar unos perritos calientes, una cerveza y leche. La leche era para Priss. Por alguna razón había pedido leche en vez de coca-cola light.

Priss quería decirle que no estaba de humor para un picnic y mucho menos para lecciones, pero el olor de la comida le recordó que no había desayunado, y que el día anterior se había limitado a cenar galletas con mantequilla de cacahuete.

Se estaba debatiendo con qué mentira podría contarle, cuando Jake giró en redondo en medio de Burros Boulevard y salió de la ciudad a gran velocidad.

-¿Qué haces?

-Ojalá lo supiera.

Era el calor, pensaba Priss. O eso o Jake estaba pasando por una crisis. Sí, una crisis podía explicarlo todo, porque ella también estaba pasando por una.

Hasta que no pasaron por Buck's Texaco y Barbecue no supo hacia dónde se dirigían. Y se preguntó por qué.

-¿Pete está bien?

Fue lo primero que se le ocurrió, que Pete estaba enfermo y que necesitaba a alguien que lo cuidara, y recurría a ella porque había oído que atendía a los niños del hospital.

-Porque si está enfermo, yo soy muy buena con los niños, pero no creo que lo sea con los adultos.

Jake la miró a los ojos: ..

-Pete está bien. Está en Denton, volverá mañana. Unos kilómetros más adelante, Priss dijo:

-Creía que habías dicho que querías hablar conmigo.

-Si.

Medio kilómetro después, Priss añadió:

-¿Y?

-Supongo que Faith te habrá dicho que soy hijo ilegítimo.

Priss se quedó boquiabierta.

-Claro que no, cree que eres muy simpático.

Jake se rió y aunque Priss no sabía por qué, su risa le pareció el sonido más reconfortante que había oído en toda su vida.

-Ya no voy por ahí tirando del pelo a las jovencitas, si por simpático te refieres a eso. Lo que quiero decir es que mi padre no se casó ton mi madre.

Ni siquiera se le pasó por la cabeza.

Jake llevaba el brazo izquierdo apoyado en la ventanilla abierta y

el derecho en el volante. Priss tenía que tocarlo, no podía evitarlo, y como tenía las manos ocupadas, apoyó la suya en el muslo de Jake.

-iOh, Jake! Lo siento mucho -dijo apretando con fuerza-. Los padres pueden estar muy bien, pero, para decirte la verdad, no siempre son como se supone que deben ser.

Mi padre quería un hijo, pero sólo me tuvo a 'mí y mi madre dijo que no estaba dispuesta a pasar- por aquella experiencia de nuevo.

Tener un niño, quiero decir, y el embarazo. Creo que enfermaba a menudo, y mi padre nunca fue muy paciente con la enfermedad.

De alguna forma, sin darse cuenta de cómo sucedió, Priss le habló de los problemas que había tenido con sus padres.

Jake le habló de su breve matrimonio, y de que desde que tenía quince años tenía deudas y había tenido que abandonar el colegio para cuidar de su madre y de la cuenta que pagaba en flores todos los meses para que sobre la tumba de su madre siempre hubiera flores frescas.

-Siempre le gustaron mucho las rosas, sobre todo las amarillas y rosas.

-Rosas de la paz -dijo Priss, y Jake la miró con asombro.

-Es el nombre de ese tipo de rosas. Una vez vi unas en el jardín botánico de Dallas. ¿Iba allí alguna vez?

-No lo sé -dijo Jake, y por su voz hueca, Priss sospechó que estaba pensando en todas lo que ya nunca sabría sobre su madre. Priss había sentido lo mismo muchas veces, desde que murieran sus padres yeso que ella no los quiso tanto como Jake a su madre.

-Siempre ocurre eso cuando es demasiado tarde, ¿verdad? Yo deseaba tener buen tipo y ser elegante -dijo Priss para que Jake se sintiera mejor-. Y todo por mi madre. En la familia de mi madre eran muy guapos. Yo creía que en Virginia todos eran guapos, pero mi madre decía que yo había salido a mi padre, que no era muy guapo.

Jake agarró el volante con fuerza, con tanta fuerza que le dolieron las manos. Estaba furioso con los padres de Priss porque no apreciaron a su hija y furioso con Priss porque se preocupara tanto por él.

Le sorprendía darse cuenta de' que en algunos sentidos no eran tan distintos. Los dos eran rebeldes, aunque él siempre habría pensado en sí mismo como en un solitario.

Lo primero que Priss notó al salir de la carretera principal era que el cartel de entrada a Bar Nothing tenía una mano de pintura, verde oscuro sobre amarillo. El nombre le seguía pareciendo un poco tonto, pero el cartel tenía un aspecto estupendo.

-¡Has puesto grava en la entrada! -exclamó.

Se dirigían a Ir casa a buena velocidad, lo bastante rápido como

para que la grava saltara contra los guardabarros. Jake siempre conducía deprisa, como ella y entonces lo vio. Y se quedó boquiabierta. Se le puso colorada la nariz y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Jake, que la observaba con impaciencia para comprobar su reacción, empezó a maldecir.

-Dios, no me digas. Bandas de música, aviones, autobuses y casas amarillas, ¿no?

-Es muy bonita -dijo Priss agarrándole el brazo, y lo miró como si fuera Santa Claus y Clint Black al mismo tiempo-. Jake, ¿cómo lo sabías? ¿Por qué?

Y el cartel, y todo...

- Priss pensó que Jake se sonrojaba, pero debía estar confundida, porque los hombres no se sonrojan, y menos los hombres como Jake Spencer. Parpadeó, suspiró y derramó unas lágrimas. Luego se sonó la nariz con un pañuelo desechable.

-¿Te gusta? ¿No te parece demasiado llamativa?

Priss se echó a reír, derramando más lágrimas.

-Sinceramente, Jake, ¿crees que puede haber algo demasiado llamativo para mí? Me gustan las cosas llamativas, adoro las cosas llamativas.

La casa estaba pintada de amarillo huevo, con las contraventanas en verde oscuro. La puerta de entrada, el columpio y la mesa del porche estaban pintados de rojo.

-Creo que le hacen falta unas cuantas plantas, pero me han dicho que ahora no es buena época, así que las pondremos en invierno.

Jake aparcó bajo un tejado, para proteger la camioneta del sol. Permanecieron allí unos instantes, admirando la casa durante algunos minutos. Priss pensó que era digna de aparecer en una revista de decoración. .

¿De verdad te gusta? -le preguntó Jake con vacilación.

-Me gusta mucho.

-En el interior no he hecho mucho todavía -dijo Jake, abriendo la puerta de la camioneta y bajándose

Últimamente no le había dedicado mucho tiempo al potro rebelde, pero había trabajado mucho para terminar la casa. Y trabajar sobre una escalera era duro para unas, piernas tan castigadas como las suyas. Casi tan duro como montar en un rodeo.

En el interior se estaba muy fresco, gracias al aire acondicionado. El suelo seguía siendo gris y el mobiliario igual de triste, pero la sensación al entrar era completamente distinta, a Priss le transmitía optimismo. Por cada habitación que pasaba imaginaba muebles

nuevos, la pintura de las paredes, trasladar esto, restaurar aquello. Imaginó una decoración en color salmón, pero luego, al pensar en Jake, le pareció mejor el verde manzana.

-Esa chimenea... -decía, cuando Jake la agarró del brazo y la llevó al vestíbulo.

-Luego, primero dime qué te parece el piso de arriba.

A Priss se le cortó la respiración y, a pesar del aire acondicionado, sintió calor.

El rellano de la escalera y los pasillos estaban tan desangelados como siempre, con los mismos suelos grises, sin cortinas. Jake, en vez de enseñarle la primera habitación, se dirigió a la última de la esquina, su dormitorio.

Apoyó la mano grande y callosa en el picaporte, pero vaciló un instante.

-Priss, nena. Puede que vaya demasiado deprisa, pero... yo... lo que quiero decir es que... si no quieres, lo único que tienes que hacer es decirlo y ahora mismo te llevo a la ciudad.

Estaba sudando. Se quitó el sombrero y lo apoyó sobre el pecho. Se había despeinado Y la marca del sombrero era visible en su frente. Tenía la mandíbula algo tensa, pero fue el brillo de sus ojos el que hizo que a Priss le palpitara el corazón.

-Jake, ¿quieres acostarte conmigo otra vez?

Mientras lo miraba, sus ojos grises se volvieron negros como la noche. Bajó el sombrero desde el pecho hasta ponerlo sobre el vaquero, el mejor que tenía, sólo algo menos gastado que el resto.

-Eso espero.

-De eso querías hablar conmigo?

-En parte, pero no es lo más importante.

Priss abrió mucho los ojos. Estaban el uno frente al otro, pero sin tocarse. Priss podía sentir el calor de su cuerpo, oler el fino aroma de su jabón y a heno y a caballo. .

-¿No?

-,-No. Escucha. He pensado todo lo que quería decirte, pero si sigues interrumpiéndome, me voy a liar -dijo Jake e hizo una mueca, como si la invitara a hablar por última vez antes de su declaración.

Priss tenía que hablar. Si Jake iba a decirle lo que sospechaba, tenía que decírselo, era lo más justo.

-Jake, antes de que digas algo más, tengo que decirte algo.

Una sombra de tristeza cruzó el rostro de Jake, pero desapareció tan rápidamente, que Priss pensó que tal vez era imaginación suya.

-Supongo que me he precipitado. Lo siento, te llevaré a la ciudad.

-No, espera. No te hago responsable, al menos no enteramente,

pero Jake, voy a tener un niño.

Jake se quedó pálido.

-Un niño. ¿Vas a...? ¿Tú y ese maldito banco de esperma? -dijo de un modo casi incoherente.

Priss tomó su mano y la acarició entre las suyas, para que no se desmayara.

-No, no yo y el banco de esperma. Lo tenía pensado, pero resultó que no me hizo falta, porque...

-Porque...? -dijo Jake con una mirada penetrante.

-Bueno, porque 'ya lo estaba. Embarazada, quiero decir. Así que no tenía que... '

-Es mío -dijo Jake, tímidamente-. Vas a tener un hijo mío. . Priss asintió en silencio.

No podría haber dicho nada aunque su vida dependiera de ello.

-Por Judas Iscariote, voy a ser padre -dijo Jake sonriendo de oreja a oreja, pero su voz era grave, casi reverente-. Bueno, está bien, allá va -dijo después de un suspiro-: Antes de nada, quiero decirte que no ando mal de dinero, y menos después de las últimas ventas. Tenía pensado emplear parte en la ampliación del establo, pero si se te ocurre otra cosa, como, tal vez, una habitación para el niño, me parece muy bien. Lo segundo es que ya no bebo mucho, pero sí me gusta hacerlo de vez en cuando. Nunca he pegado a una mujer y nunca lo haré, y no creo en ir por ahí mariposeando una vez que has encontrado a la mujer de tu vida. Algunos piensan que es algo atrasado, pero para mí tiene mucho sentido.

Jake tenía un aspecto tímido y magnífico al mismo tiempo. Priss se derretía al verlo.

-¿Por dónde iba? Ah, sí. No voy a la iglesia, pero no me importaría ir si tú quieres.

-Jake...

-En cuanto a los niños. Nunca pensé en tener uno, así que no sé mucho de cómo ser padre, pero puedo aprender.

-Jake...

-Lo que intento decir es que, si vas a tener un niño, voy a ser el mejor maldito padre que ningún niño ha tenido. Lo que es más, aunque no puedas tenerlo o no vayas a tenerlo, me quiero casar contigo y podemos tener más.

-Jake.

Jake se aclaró la garganta Y volvió a ponerse el sombrero. .

-Bueno -dijo-, creo que ya he terminado.

-Oh, Jake -dijo Priss con un suspiro. Ella, que nunca lloraba, estaba llorando otra vez. Jake no había dicho una palabra de amor, pero no

tenía por qué, Priss sabía reconocerlo en cuanto lo veía.

Jake abrió la puerta del dormitorio, y Priss se echó a reír, pero, incluso en esos momentos, no pudo evitar derramar unas lágrimas, que no eran más que una demostración de alegría.

-Supongo que debería haberte consultado antes de empezar -dijo Jake, y Priss sacudió la cabeza.

-Es maravilloso, maravilloso. Jake, es la habitación más bonita que he visto nunca, pero, ¿cómo sabías que iba a gustarme?

-Faith dijo rosa, Sue Ellen dijo que te gustaban las camas con dosel y que te gustaría 'tener un diván para tumbarte a leer por las tardes.

Las paredes eran de color fresa, el suelo estaba enmoquetado en un color rosado más oscuro. El diván era de terciopelo azul oscuro, haciendo juego con las cortinas y los muebles. Las ventanas tenían visillos de gasa y la enorme cama tenía dosel y estaba adornada con tela de encaje.

Era maravillosamente vistoso. Era la peor pesadilla de Nora Barrington y el sueño de Priss hecho realidad, sobre todo por el hombre alto y fuerte que estaba de pie en medio de la habitación, mirándola con incertidumbre.

-Si no te gusta, podemos devolverlo y elegir otro. Es precioso -dijo Priss con un suspiro-. Jake, me encanta. Cuánto te quiero.

No supieron quién de los dos hizo el primer movimiento. Priss dijo que le gustaban los colchones blandos, Jake que los de plumas, pero cuando se metieron en la cama, estaban desnudos y ninguno de los dos pensaba en la decoración.

-Dios, te he echado de menos -dijo Jake con un gruñido-. He ido a la ciudad una docena de veces, pero no me decidía a acercarme a tu casa.

-He tratado de olvidarte con todas mis fuerzas, pero cuanto más lo intentaba, más pensaba en ti.

-Tienes el cuerpo más hermoso del mundo –dijo Jake con reverencia, acariciándole los senos, algo más hinchados que antes por el embarazo. Luego le acarició el vientre, todavía liso del todo.

Ya seguirían hablando del niño, pensó Priss, pero no en aquellos momentos. Oh, Dios, no cuando Jake la acariciaba de aquel modo, haciéndole todas aquellas cosas con la lengua y las manos.

Cuando se arrodilló para devolverle las caricias, Jake la abrazó, agarrando las sábanas rosas con ambas manos. Y a partir de aquel momento, se perdió en un mundo, de sensaciones, incapaz de reconocerse a sí misma.

Jake la deseaba tanto que no podía esperar. Sosteniéndola con delicadeza la tumbó sobre la cama.

-Si te hago daño, dímelo -dijo Jake con voz grave. El fuego que ardía en sus ojos, se reflejaba en los de Priss.

-Jake, voy a tener un niño, pero no estoy inválida. Por fayor... -dijo Priss y 'se interrumpió al sentir que Jake la penetraba. Fue como si un rayo iluminara la habitación, luego cerró los ojos y dejó que todo transcurriera.

Y así fue. Y si la primera vez fue maravilloso, aquella no podía describirse con palabras. No había palabras para describir su sensación al sentir el empuje de Jake, con los dientes apretados, con los ojos cerrados y una expresión de exquisita agonía.

Con un agudo suspiro, Jake se estremeció. Luego, sin dejar de abrazarla, rodó sobre su espalda y se quedó dormido.

Priss permaneció despierta largo tiempo, pensando en lo que habían compartido. Si Jake no hubiera entrado aquel día en la boutique infantil, si ella no hubiera estado allí, o si él hubiera encontrado lo que estaba buscando y se hubiera marchado antes de tropezar con ella...

No. Dios no podía ser tan cruel.

Durmió un rato, sintiéndose segura en brazos de su amor. Era de noche cuando despertó. Jake ya estaba despierto.

-Supongo que nos hemos quedado dormidos -murmuró.

-Supongo -dijo Priss.

-Supongo que es mejor que no hagamos el amor otra vez. Contigo en ese estado, probablemente está bien con una vez al día, ¿no crees?

-Tomo vitaminas,

-Ah.

Con ánimo juguetón, Priss puso una pierna sobre las caderas de Jake.

-Creo que tú también, deberías tomar -dijo Priss. Se daba cuenta de que, por su respiración agitada y el aliento entrecortado, Jake no estaba tan relajado como pretendía.

¿Sabes? He estado pensando en Pete y Rosalie -dijo Priss.

El hecho de que fuera capaz de pensar en aquellos momentos, desconcertó a Jake.

-¿Sí? -dijo incorporándose, con la respiración todavía agitada.

-Quiero decir, ¿qué vamos a hacer si no se llevan bien?

Jake profirió un gruñido. Se daba cuenta de que la noche iba a ser muy larga.

-Supongo que podrán dividirse el territorio y no traspasar los límites -dijo-. Yo, por mi parte, ya he traspasado el mío.

Priss miró hacia los pies de la cama y comprobó el significado de aquellas palabras.

-No te he preguntado si te importa que yo... hum, me quede donde estoy -dijo, y se rió, colocándose sobre él-. Leí una vez un artículo que decía que...

Jake cerró los ojos y pidió al cielo paciencia.

-Tengo que enterarme de dónde has sacado todo ese material de lectura.

Priss se echó a reír y Jake también.

Luego, durante largo rato,- ninguno de los dos tuvo mucho que decir.

Dixie Browning - Al modo tradicional (Harlequín by Mariquiña)